

**El papel del Frente Cultural en la dinamización y elevación de la conciencia  
de lucha del campesinado de la ANUC en Córdoba y Sucre. Una aproximación a  
las prácticas de educación popular.**

Trabajo de grado para optar por el título de Magíster en Educación.

Por: Carlos Mario Rivas

Directora.

Piedad Cecilia Ortega Valencia.

Grupo De Investigación Educación y Cultura Política.

Universidad Pedagógica Nacional

Facultad de Posgrados

Maestría en Educación

Bogotá D.C

2023

Un tributo a mi dekadísimo costeño, que no es una fatalidad incomprensible o elemento cultural descaradamente subjetivo, sino que es una estrategia de alargar la resistencia frente a lo aburrido de las exigencias académicas.

## Tabla de contenido

1.	Capítulo I	4
1.1	Introducción	4
1.2	Consideraciones generales de la investigación	16
1.3	Establecimiento de las preguntas de investigación	17
1.4	Establecimiento de los objetivos	18
1.5	En forma de justificación	19
1.6	Lo subjetivo	23
1.7	Lo objetivo	29
1.8	Lo Metodológico	31
1.9	Los criterios metodológicos	42
2.	Capítulo II.	56
2.1	La Rosca de Investigación y Acción Social en la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos.	56
2.2	La Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC). Un contexto de tensiones.	57
2.3	El saber científico en un clima de tensiones políticas.	72
2.4	La Rosca inserta en el movimiento campesino.	80
2.5	La Fundación del Caribe y los procesos de IAP.	88
2.6	El Frente Cultural	96
2.7	El Frente Cultural: "el Arma Cultural"	107
3.	Capítulo III	131
3.1	Frente Cultural. Entre la IAP y la Educación Popular.	131
	El sujeto y la subjetividad: La razón de ser de la IAP y la Educación Popular.	131
3.2	El Frente Cultural. De la devolución sistemática a una apuesta práctica de educación popular.	148
4.	Capítulo IV	163
4.1	Conclusiones. El Frente Cultural: una práctica pedagógica intencionalmente emancipatoria.	163
5.	Bibliografía	184

## **1. Capítulo I**

### **1.1 Introducción**

El presente trabajo investigativo se centró en desarrollar una serie de abordajes analíticos del papel que jugó el Frente Cultural en los procesos de formación política de las bases campesinas de la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC)–Línea Sincelejo, durante el periodo de mayor intensificación de las acciones colectivas y organizativas del movimiento campesino en los departamentos de Córdoba y Sucre, de 1972 a 1974.

Dichos abordajes se desarrollaron a partir de los marcos y elementos propios de la Educación Popular, desde la reflexión sobre las prácticas pedagógicas y alrededor de la consideración que la experiencia de trabajo popular desarrollado por el Frente Cultural, así como todas sus prácticas artísticas y/o repertorios culturales pensados y empleados con el propósito de divulgar los resultados de las investigaciones que desarrolló la Rosca de Investigación Acción y la Fundación del Caribe a partir de la metodología de la Investigación–Acción–Participativa (IAP) con las comunidades campesinas organizadas en la ANUC, se fueron convirtiendo en determinantes de los procesos de formación política de los campesinos de base y por tanto, de la dinamización de las acciones colectivas y organizativas de la ANUC.

Hay que señalar que las prácticas artísticas y/o repertorios culturales del Frente Cultural se desarrollaron bajo la necesidad primaria de llevar a cabo uno de los preceptos metodológicos de la IAP, el de restitución y difusión sistemática de los conocimientos recuperados históricamente al lugar donde emergieron, es decir, a las bases populares; de forma organizada, sintetizada, sistematizada y sin arrogancia

intelectual, para que puedan ser comprendidos o asimilados, así como utilizados por las bases para develar situaciones, contextos y estructuras de opresión, marginalidad e injusticia; es decir, una restitución sistemática de conocimientos orientados al análisis crítico de la realidad y, por tanto, en favor de la transformación de prácticas y procesos sociales.

El principio de la restitución sistemática de los conocimientos, también llamado como *devolución sistemática*, parte del reconocimiento que todo saber rescatado y reconstruido del pasado o todo aquel hallazgo nuevo aprendido y recuperado histórica y participativamente con las bases, debe ser divulgado o socializado a nivel popular bajo las reglas específicas de una técnica emancipadora contraria al supuesto de neutralidad de las ciencias sociales positivistas, así como de estar adecuado y adaptado (adopción de estilos y formas de comunicación) conforme a los intereses, necesidades y al nivel de desenvolvimiento político y educacional (nivel de lenguaje y alfabetismo) de las bases populares.

Este principio de restitución o devolución sistemática del conocimiento lo va a señalar Mota Neto (2016) como una estrategia de “socialización pedagógica” porque su propósito de aplicación está en función de la necesidad de resolver el problema de la restitución (devolución) de los saberes o de los resultados de investigación por parte de los grupos de bases y su simultánea reapropiación, lo cual implica descartar el lenguaje academicista y letrado, o en su caso, buscar un equilibrio comunicativo o estructura comunicativa cuyo núcleo esté situado en matrices culturales y en estilos simultáneos de comunicación que permita una constancia informativa y por tanto, ganar efectividad en la presentación del mensaje (Fals Borda, 2009).

Lo anterior nos llevó a señalar que las prácticas artísticas y/o repertorios culturales del Frente Cultural, pensados y llevados a cabo a partir de la necesidad de

difusión investigativa y de búsqueda de espacios para la asimilación o reappropriación crítica de los conocimientos por parte de las bases populares, tuvieron en consideración valorativa, lo formativo o lo educativo, es decir que hubo una preocupación por lo pedagógico, ya que en esencia la Investigación Acción Participativa es un trabajo profundamente educativo, puesto que su orientación no solamente está demarcada por la necesidad imperiosa de producción o construcción de conocimiento socialmente transgresor sino que está ubicada y vinculada en función de las preocupaciones por la asimilación o comprensión de dichos conocimientos objetivamente necesarios para la transformación de las condiciones de opresión (Salazar, 1992).

Es importante señalar que la experiencia de trabajo popular del Frente Cultural, producto de la puesta en marcha del principio de la Devolución Sistemática, buscó acoplar en un sistema articulado de difusión comunicativa o socialización pedagógica, los saberes y conocimientos producidos, al contexto y al sistema social, así como al complejo cultural de las bases campesinas para que estos logaran, sin fragmentación de lenguajes e interpretaciones, comprender mejor los problemas históricos de su realidad.

De ahí que lo que se buscó en esta experiencia investigativa fue comprender el cómo y de qué manera estas prácticas artísticas y/o repertorios culturales –portadores de sentidos enunciativos– se fueron convirtiendo en un elemento clave para los procesos de reflexión política dentro del movimiento campesino y posibilitantes para la construcción de un nuevo sujeto histórico con una alta capacidad transgresora del orden social, es decir, con conciencia de clase. Así que el centro de reflexión de esta investigación estuvo ubicado sobre el interés de reconocer el papel trascendental que tuvo el trabajo popular del Frente Cultural en la configuración de un nuevo sujeto político campesino.

Dicho interés, se fue determinando a partir de una serie de necesidades por establecer una lectura pedagógica sobre la experiencia de trabajo popular del Frente

Cultural en el movimiento campesino, especialmente una lectura situada sobre los procesos de formación política que se desarrollaron entre las bases campesinas de la ANUC a partir de las prácticas artísticas y/o repertorios culturales del Frente Cultural; ya que consideramos que dicha experiencia de trabajo popular contiene los elementos estructurantemente pedagógicos de la educación popular como la de inducir a relaciones simétricas en los procesos de construcción de saberes, del abandono de lo erudito o lo docto, de búsquedas y aprendizaje de otros discursos o modos o formas dialogantes, de la búsqueda de lo local, lo modesto y lo sencillo, o lo que llama Fals Borda como, “simplicidad de la comunicación”, etc. y que vienen a contenerse en los elementos propios de los principios de la IAP, así como de la Educación Popular, como los de asumir un compromiso orgánico con las clases populares, de respeto, de su protagonismo en los procesos de aprendizaje y conocimiento de la realidad; del rechazo de las verdades absolutas, de comprensión de los condicionantes geopolíticos, históricos y socioculturales de los conocimientos, de la concientización como mecanismo de develamiento crítico de la realidad; así como de la búsqueda y uso de un lenguaje apropiado para representar y comprender colectivamente la realidad, con el objetivo puesto en proporcionar un diálogo y una comunicación respetuosa entre investigadores/educadores y las comunidades de base y así llegar a esa ruptura necesaria entre sujeto/objeto en la investigación/educación, la cual sólo es posible a partir de la participación horizontal y dialógica, de un aprendizaje mutuo, de una ejercicio puro de humildad y respeto por la sabiduría popular y de la adopción de una praxis como elemento orientador de la reflexión y la acción (Mota Neto, 2016).

Por lo anterior, tomamos en este ejercicio investigativo y como eje de reflexión analítica, las dimensiones epistémicas, pedagógicas y políticas que nos proporciona el paradigmático campo de acción de la Educación Popular, particularmente en lo

relacionado con los abordajes teóricos y reflexivos sobre los procesos de constitución de sujetos y subjetividades, así como de las reflexiones sobre las acciones educativas y las formas de socialización que se llevan a cabo en los espacios y escenarios de movilización social y política, con el propósito de ir ubicando los elementos constitutivos de los procesos de formación política que se desarrollaron en el corazón del movimiento campesino en Córdoba y Sucre, y así abordar reflexivamente las dimensiones pedagógicas que adquirieron las prácticas artísticas del Frente Cultural – con sus apuestas, lenguajes y repertorios– en los procesos de formación política del campesinado de esta zona del caribe colombiano durante el accionar organizativo de la ANUC.

Para llevar a cabo estas pretensiones se hizo necesario hacer un reconocimiento de las situaciones desde las cuales emerge la experiencia de trabajo popular del Frente Cultural, es decir, los distintos factores que determinaron o posibilitaron su emergencia, así como del marco contextual –social, cultural, histórico y político– en el que se emplazó la experiencia y que está relacionado a un contexto de auge y radicalización de las organizaciones campesinas y movimientos cívicos de tendencias agraristas que nacieron en respuesta a la incapacidad institucional del Estado para cumplir con los retos y promesas de modernización y transformación del aparato productivo agrario del país y su colonial estructura; así como de su falta de capacidad para enfrentar la crisis social que se venía desarrollando en el campo colombiano y que se expresaba en situaciones de violencia y criminalidad política, agresión para-institucional, desplazamiento y despojo de la propiedad rural etc. ejercidas sobre la población campesina. Es importante ubicar en este contexto singular donde se lleva a cabo la experiencia del Frente Cultural, un factor coyuntural clave, y tiene que ver con la radicalización de la intelectualidad universitaria y del estudiantado como consecuencia



de los procesos revolucionarios en Cuba y del ejemplo de Camilo Torres Restrepo y su mensaje a la acción inmediata por los cambios revolucionarios necesarios para el país (Parra, 1983).

En este orden, es importante remarcar dos cosas, la primera es que esta coyuntura donde hace emergencia el Frente Cultural representó para muchas organizaciones y movimientos sociales, el estado ideal de condiciones objetivas para llevar a cabo un proceso de lucha de clases en el país, y lo segundo que hay que subrayar es la importancia que tuvo la revolución cubana y la influencia de Camilo Torres en el cambio de los fundamentos epistémicos y de trabajo teórico-práctico en la producción científica del campo de las ciencias sociales en el país. Este factor de influencia representó un importante sobresalto del orden interno de los modos en que se había venido desarrollando las ciencias sociales en la academia colombiana, determinando la instauración de unas nuevas tensiones epistémicas y políticas en este campo científico y sobre todo en lo relacionado con la búsqueda de esquemas teóricos y prácticos que lleven a nuevas formulaciones y saberes científicos en favor de las transformaciones de la sociedad. Dichas situaciones llevaron a muchos estudiantes universitarios e intelectuales a desarrollar rupturas con la ciencia social tradicional, invocando de manera decidida por proyectos científicos teóricos-prácticos de acción directa, es decir, de praxis, con los sectores sociales más invisibilizados de la sociedad (Fals Borda, 1997)

Estas situaciones determinaron que se diera la emergencia del Frente Cultural previa aparición de la Rosca de Investigación Acción Social y la creación de la Fundación del Caribe en el departamento de Córdoba por gestión del maestro Orlando Fals Borda en el año de 1972, cuyos propósitos de trabajo estaban orientados a estimular la investigación social a nivel regional de acuerdo con la metodología de la

Rosca, con el fin de apoyar y asesorar técnica e ideológicamente al mismo movimiento campesino organizado en la ANUC a través de grupos y *frentes de trabajo* direccionados a cumplir dichos propósitos y de manera sostenida apoyar las acciones de lucha por la tierra del campesinado despojado de la misma.

Estos frentes de trabajo buscaban dotar de mayor capacidad organizativa, administrativa y de planeación a la asociación campesina, con el fin de corregir las fallas organizativas que se venían presentando en el seno del movimiento, especialmente las fallas formativas, las cuales limitaban la articulación efectiva entre bases campesinas, cuadros políticos, intelectuales y población civil, que coartaban el nacimiento o fortalecimiento de un movimiento social más amplio y con una sólida organización política de masas, que pudiera aprovechar la coyuntura política y social del país y provocar así un cambio radical de las condiciones de vida del campesinado y todos los sectores sociales marginados.

Frente a esas fallas en lo formativo o de educación política, el Frente Cultural, orienta su función, que no es más que buscar espacios de socialización de saberes y de formación política con las herramientas propias del contexto social y cultural del campesinado y a partir o en determinación de los resultados de las investigaciones que por necesidad metodológica han de ser socializados. Dicha socialización se efectuó a través de la construcción de una serie de materiales/repertorios artísticos –herramientas mediadoras de socialización– producidos por la Fundación y surgidas de la necesidad de divulgación y búsqueda de medios adecuados para la comunicación efectiva de los resultados de investigación que se venían desarrollando con las bases campesinas de la ANUC a mediados de 1972 en los Baluartes de Autogestión Campesina en Córdoba y Sucre.

La socialización de saberes –devolución sistemática– llevadas a cabo por el Frente Cultural y nutridas por una combinación de prácticas artísticas culturales utilizadas como estrategias de divulgación ampliada –en el sentido de una transmisión didáctica– de los conocimientos, se fue constituyendo en un instrumento efectivo con los que contaba La Rosca y la Fundación del Caribe para llevar a cabo los procesos de formación política al interior del campesinado, ya que entre los preceptos ontológicos de la propuesta de la IAP se comprende que todo ejercicio investigativo debe llevar en su esencia una acción intencionada de formación o concientización, con el fin de que los involucrados logren acoplar o en su efecto reconocer la realidad sociohistórica en la que se circunscriben, que no es más que una realidad de opresión, marginalidad e injusticias que ha de ser transformada a partir de la concientización política y las acciones colectivas organizadas.

Es importante señalar que esta búsqueda por el reconocimiento de la realidad pasa por un proceso de agenciamiento, comprensión e interiorización de saberes – concientización política– por parte de los sujetos involucrados sobre dicha realidad y solo es posible a partir de un proceso sistemático de recepción consentida y de asimilación reflexiva de saberes que se amalgaman a las necesidades, contextos y visiones de vida de los mismos sujetos, lo cual lleva a procesos de concientización que permiten el agenciamiento de prácticas y acciones colectivas entre los sujetos.

Estas actividades de socialización de saberes del Frente Cultural, a través de la combinación de prácticas artísticas y repertorios culturales, se convirtieron a nuestro modo de ver en un elemento clave para que se desarrollaran mayores agencias políticas y procesos organizativos entre las bases campesinas que, consecuentemente conllevaron a la dinamización y aumento de las acciones colectivas del campesinado durante los primeros años de la década de 1970.

De ahí que señalemos que las actividades del Frente Cultural, con sus prácticas y repertorios artísticos, fueron amalgamando una serie de caracteres y dimensiones formativas a partir de los intereses por la divulgación de los conocimientos, así como fueron adquiriendo nuevas funciones en la promoción cultural –formación de la identidad y la cultura campesina– necesarios para el esfuerzo simultáneo de construcción de saber, cambio ideológico y reforzamiento de la cultura.

Podemos decir de manera introductoria y según el abordaje reflexivo de esta experiencia de trabajo popular, que el Frente Cultural constituyó un escenario fructífero de prácticas educativas de tipo popular bajo el objetivo de la formación y educación política de las bases campesinas con marcadas necesidades educativas y políticas; de ahí que abordaremos en el núcleo de este ejercicio, una serie de reflexiones sobre lo educativo y sobre los significados que se desprenden de dichas prácticas artísticas cuando estas están enmarcadas en una perspectiva de formación política.

Es importante señalar que la constitución o transformación en prácticas educativas de tipo popular de las prácticas artísticas del Frente Cultural fue posible gracias al uso adecuado y adaptado de los repertorios culturales –vallenatos, folletos ilustrados en forma de comics y los cuentos en casetes– y al uso combinado del lenguaje no verbal, sonoro y visual que fueron ajustados al mundo cultural campesino bajo la condición de que pudieran “dejarse entender” y ser aceptados genuinamente por los campesinos. Según Ernesto Parra (1983) y Víctor Negrete (2017), dichos repertorios a partir del lenguaje de las artes y la oralidad, llevaban a los campesinos a sentirse identificados porque los sentían como propios, convirtiéndose estos a su vez en un motivo de animación y estímulo cultural que conllevó a generar confianza (identidad) entre las bases campesinas y a cohesionar a las mismas y, por tanto, posibilitando la

constitución de escenarios de reflexión política que aparte de dinamizar las luchas del campesinado, impulsó a acrecentarlas.

Frente a lo anterior, dice Parra (1983), que dichas prácticas artísticas partieron de la necesidad de estimular la expresión y la cultura campesina auténtica como base ideológica para la consolidación de un movimiento revolucionario agrarista y autóctono en Colombia. Además, respondían de algún modo al llamado a educar y concientizar a las bases populares haciéndolo bajo sus propios términos o estableciendo otros medios, lenguajes y formas mucho más claras y honestas (Parra, 1983).

Hay que decir que estas prácticas artísticas también estuvieron orientadas desde los planes de acción rural de La Rosca de Investigación Acción bajo el objetivo de reducir las situaciones ambiguas que se presentaban en los procesos de asimilación y aprehensión de las posturas, planes y líneas de acción política de la plataforma organizativa de la ANUC entre las bases campesinas y que en su gran mayoría eran iletradas; lo cual respondía a la necesidad de contribuir a la solución de las críticas referentes al distanciamiento de comunicación –vacío comunicacional– entre la plataforma de la ANUC y sus posturas políticas con los grupos de base.

El Frente Cultural, así como todas sus herramientas de trabajo práctico-artístico, hacía parte de los *frentes de trabajo tácticos* y grupos diversos de trabajo popular en los que concurrían maestros, artistas e intelectuales de todos los sectores sociales, los cuales se involucraron de manera activa, por el contexto de época, en los procesos de investigación y de trabajo popular promovidos por la Rosca.

Este frente de trabajo tomaba como base fundamental de acción, la hipótesis del “arma cultural” del Maoísmo, como elemento movilizador y estratégico para la dinamización y concientización ideológica de las bases campesinas. Dicha hipótesis buscaba asegurar que el arte y la cultura funcionaran como armas poderosas para elevar

el nivel cultural, así como de educar a las masas y a su vez despertar su conciencia revolucionaria, útil para atacar y destruir al enemigo de clase (Mao Tse-tung, 1972).

De forma que el Frente Cultural a partir de sus prácticas artísticas convertidas en prácticas educativas de tipo popular, guiados por los intereses organizativos de la ANUC e investigativos de la Rosca, así como de estar fundamentado por el principio de la utilización de la cultura popular para fines revolucionarios y del precepto político-epistémico de “quien no ha investigado no tiene derecho a opinar” que acierta la línea de acción ideológica maoísta: “de las masas, a las masas”, se fue convirtiendo en un grupo de “trabajadores de la cultura” clave entre el movimiento campesino de la ANUC, debido a que estuvieron centrados sobre la necesidad elevar el nivel cultural y de conciencia del pueblo, es decir, de alfabetizarlo, así como de popularizar las ideas de cambio y transformación social entre las masas campesinas a partir de la utilización de los elementos ideológicos del arte y la literatura, así como de la toma en cuenta de la esencia cultural y espiritual que sostienen la vida del campesinado. Estos elementos fueron tomados como materia prima para desarrollar el objetivo de estos “trabajadores de la cultura” que era sin duda la de servir al pueblo.

Podemos decir que el Frente Cultural toma de la cultura popular campesina las herramientas para llevar a cabo el trabajo simultáneo de difusión y formación política y hablando desde del rico y vivaz lenguaje de las masas, realizaron producciones y creaciones artísticas y literarias cercanas a las esencias culturales del pueblo; haciendo de estas producciones y creaciones, herramientas útiles para desarrollar las diferentes prácticas y concepciones de trabajo popular y cultural revolucionario.

Analizar estas prácticas artísticas que se expresan como prácticas pedagógicas populares contextualizadas e intencionadas (Freire, 1985), con unas finalidades política-formativas claramente definidas y gestadas en un contexto de lucha popular, nos

conllevó necesariamente a tensionar todas las dimensiones de la acción educativa, la producción misma de saberes y la formación de subjetividades en los escenarios de movilización y organización campesinas.

Es importante comprender que pensar en las prácticas pedagógicas es comprender que estas tienen una intención formativa que “trasciende todos los escenarios socioculturales, donde se generan procesos de transformación tanto de los propios sujetos como de sus realidades” (Ortega, 2009, pág. 30). Esta intención claramente formativa se anida en el hecho de que la acción pedagógica busca edificar procesos formativos que lleven a la transformación de las realidades a través de la configuración de sujetos conscientes de la misma, así como a partir del reconocimiento de la cultura y el devenir histórico de las comunidades donde se emplazan los sujetos.

Comprender esto significó entender que las prácticas pedagógicas situadas en escenarios que potencializan a su vez la misma acción educativa como son los escenarios de movilización social, acunan una serie de posibilidades y emergencias de saberes transgresores que trascienden el acto mismo del aprendizaje y la asimilación de los saberes e ideas políticas.

Reflexionar sobre estas prácticas pedagógicas, consideradas como acciones culturales y políticas, implicó comprender que sus preocupaciones centrales aparte de su instancia formadora, buscaban intrínsecamente incidir en los procesos de construcción de subjetividades y ser generadora de saberes emancipatorios, conllevando a que los sujetos desarrollaran prácticas de resistencias y relaciones solidarias que amalgaman diálogos, historicidades, agendas comunes y ánimos colectivos en posibilidad de producir sentidos compartidos nuevos (Torres Carrillo, 2011).

A partir de estas asimilaciones se desarrolla un conjunto de reflexiones sobre estas prácticas pedagógicas populares, entramadas y enmarcadas en los condicionantes

culturales de las realidades en la que los sujetos campesinos se encontraban inmersos, así como de llegar a reflexiones sobre las condiciones pedagógicas que se dieron para organizar, dinamizar y politizar a las bases populares campesinas y configurar en ellos, los principios ideológicos para la acción colectiva. Al mismo tiempo se llegó a reflexiones sobre la importancia que tienen los saberes populares (historias orales, tradiciones culturales etc.) como elementos claves para la politización y la creación de conciencia de clase entre las bases campesinas, puesto que uno de los objetivos de estas prácticas ancladas a los procesos de IAP, era la de entrar en los saberes populares de los campesinos, es decir, en el sistema de creencias, y articularlos a los propósitos políticos de la organización campesina, lo que llamaríamos como una “suma de saberes”.

De modo que el propósito implícito de este trabajo investigativo se sustenta en la necesidad de aportar a las reflexiones de experiencias pedagógicas no institucionalizadas en la producción de conocimiento y cultura política para y desde la acción colectiva (Barragán & Torres, 2018).

## **1.2 Consideraciones generales de la investigación**

Esta sección tiene como propósito de ir encasillando las ideas y axiomas que sostuvo e hizo posible este ejercicio de investigación, a partir del abordaje de las consideraciones generales de la misma, las cuales están sujetas a la presentación de los objetivos, las preguntas que orientó a la investigación, así como de las justificaciones objetivas y subjetivas que dan las bases para desarrollarla.



## 1.1 Establecimiento de las preguntas de investigación

En la parte introductoria de este escrito señalábamos de manera general que este ejercicio de investigación tuvo como propósito llegar a una serie de reflexiones sobre el papel jugado por el Frente Cultural en los escenarios de organización y formación política de las bases campesina de la ANUC en Córdoba y Sucre. Este ejercicio toma como eje de análisis, las consideraciones teóricas y reflexivas que nos proporciona el campo de la Educación Popular, específicamente en lo relacionado con las reflexiones epistémicas y pedagógicas sobre los procesos de constitución de sujetos y subjetividades, así como de las reflexiones sobre las acciones educativas y las formas de socialización que se llevan a cabo en los espacios y escenarios de movilización social.

De igual manera señalábamos que se buscó construir estas reflexiones y comprensiones analíticas a partir del análisis de las prácticas artísticas vistas como prácticas intencionadas de formación, las cuales, a nuestro modo de ver, fueron prácticas posibilitantes de formación y de configuración de sujetos, así como de determinantes para los propósitos de movilización popular.

A través de la puesta en diálogo de la experiencia del Frente Cultural con los elementos de discusión que nos provee la Educación Popular, buscamos subrayar que las actividades del Frente Cultural y sus apuestas prácticas, artísticas y literarias, fueron prácticas de educación popular que se desarrollaron bajo unas preocupaciones pedagógicas en el marco de los procesos de organización campesina de la ANUC. Bajo estos intereses colocamos en tensión las siguientes preguntas de orientación de nuestro ejercicio de indagación:

- ¿Cómo las prácticas artísticas y los repertorios culturales del Frente Cultural se fueron constituyendo en mecanismos para la construcción de

una conciencia colectiva movilizadora de las bases campesinas de la ANUC durante los años setenta?

- ¿Cómo y por qué las prácticas artísticas se convirtieron en motivo de reflexión política y cultural entre las bases campesinas, así como en un elemento clave en la configuración de sus subjetividades?
- ¿Qué diálogos desde la Educación Popular podemos abordar para reflexionar sobre la formación política de los campesinos de la ANUC a partir de las prácticas artísticas y literarias (música, literatura y folletos ilustrados) desarrolladas por el Frente Cultural?
- ¿Cómo y de qué manera las prácticas artísticas del Frente Cultural se fueron constituyendo en prácticas pedagógicas populares en el marco de la organización campesina de la ANUC?
- ¿Qué significados se desprenden cuando las prácticas artísticas están pensadas como pedagógicas y enmarcadas en una perspectiva intencionada de formación política?

## **1.2 Establecimiento de los objetivos**

En razón a los intereses de indagación señalados previamente y de forma general vamos a ubicar de manera específica en este apartado lo que creemos que nos permitió llevar a término este ejercicio de reflexión sobre las prácticas artísticas del Frente Cultural y es el desarrollo de una serie de análisis sobre la influencia de las prácticas artísticas llevadas a cabo por el Frente Cultural en la formación política del campesinado de la ANUC y cómo estas contribuyeron en los procesos de dinamización y elevación de la conciencia campesina. En virtud de esto, nuestro lugar de reflexión se acentúa en esos sentidos y está orientado a partir de los siguientes objetivos.

### **Objetivo general**

- Analizar cómo las prácticas culturales del Frente Cultural se fueron constituyendo en prácticas pedagógicas populares y determinantes en los

procesos de formación política y de dinamización y elevación del nivel de la lucha del campesinado de la ANUC.

### **Objetivos específicos.**

- Develar los sentidos pedagógicos de las prácticas artísticas (música, literatura y folletos ilustrados) del Frente Cultural en el proceso organizativo de la ANUC.
- Reflexionar sobre la importancia de los saberes populares en la configuración misma de escenarios de formación política.
- Aportar a las reflexiones desde la Educación Popular sobre las experiencias pedagógicas no institucionalizadas en la producción de conocimiento y cultura política para y desde la acción colectiva.
- Identificar el contexto histórico, político y académico donde se da emergencia a la experiencia del Frente Cultural.

### **1.3 En forma de justificación**

El ejercicio de investigación toma su pertinencia a partir de unos intereses necesariamente objetivos y otros propiamente subjetivos, es decir, desde una pertinencia dada por el lugar del saber académico y lo que en esencia exige, y desde el lugar de la experiencia vital propia.

Esencialmente, el ejercicio investigativo nace de las necesidades por reconocer, comprender y analizar el papel de los movimientos sociales en Colombia, desde sus particularidades y cuestionamientos, sus campos de conflicto, los sectores y las distintas tensiones que en ellos se han generado; y ponerlos en discusión con las dinámicas históricas de nuestro pasado reciente y contexto político actual; de ubicarlos en su importancia social, que está basada en el fortalecimiento de los derechos democráticos y

la constitución misma de sujetos/ciudadanos protagonistas en y para la construcción de escenarios de participación.

Particularmente nos interesó analizar al movimiento campesino de la segunda mitad del siglo XX en el caribe colombiano, y las esencias políticas que lo han constituido, en el sentido de ubicar los modos y formas en que han ejecutado sus apuestas y acciones colectivas, para así comprender cómo se llevaron a estos escenarios de acción política; ubicando obligadamente las formas y aquellos espacios en donde se han producido procesos de formación política y transformación de subjetividades, que en últimas es la base de la participación activa de los sujetos en las acciones colectivas y la permanencia en el tiempo de estas.

Es importante señalar que el desarrollo de estos análisis sobre el movimiento campesino se anuda a las reflexiones históricas y políticas coyunturales del país, y que están asociadas particularmente con la firma de los acuerdos de paz y la posibilidad de construcción de una paz estable y duradera. Hoy sabemos en Colombia que, para poder consolidar la paz deseada, es necesario ampliar todos los marcos de reflexión sobre las causas del conflicto social, político y armado en el país; y el análisis del problema de la democratización de la sociedad y las garantías democráticas de participación, así como los problemas agrarios que hacen parte indispensable de esta tarea.

Bajo estas razones, comprender las históricas luchas del campesinado por la tierra, así como el problema agrario asociado a esta y todas las comprensiones sobre las limitaciones democrática para la participación en el país son importantes en la labor de académicos y ciudadanos críticos de la realidad, puesto que estas problemáticas sociales, propias de nuestra realidad histórica, están obviamente articuladas a las raíces históricas del conflicto social, político y armado en Colombia y, analizarlas y comprenderlas bajo nuestra mirada es supremamente clave, ya que también hoy, se

constituyen en unas de las banderas políticas que han de potenciar la participación ciudadana de muchos sectores marginados.

Basado en estos intereses de abordaje, tomamos como punto específico de análisis, el contexto sociohistórico donde se emplazó y se desarrolló las acciones colectivas del movimiento campesino en el caribe colombiano y, desde nuestra mirada de indagación, basada en intereses y posiciones políticas y pedagógicas alternativas, queremos tensionar cómo se desarrollaron experiencias de formación política en el seno del movimiento campesino, a partir de la experiencia de la praxis socio-artística del Frente Cultural, para así llevar a cabo una serie de reflexiones sobre la importancia que tuvo las experiencias artísticas de este frente de trabajo popular de educación, así como de la utilización de los elementos (recursos) artísticos y literarios en la formación política de las masas explotadas y marginadas de contextos de participación democrática.

De igual manera, el abordaje de estos objetivos nos llevó a reflexiones tensionantes sobre las formas de ocultamiento intencionados de *saberes otros* que se han llevado a cabo cuando se han desarrollado investigaciones de corte social, cultural o educativas, que responden solamente a determinaciones “ve-dadas” por las mismas estructuras academicistas de las universidades y centros de pensamientos y en donde amparan la gran mayoría de las investigaciones sociales del país. Creemos que estos ocultamientos no son sólo producto de las preferencias u objetivos de las mismas disciplinas, sino que son el resultado de las escogencias “objetivas” de los investigadores sociales. Escogencias que del mismo modo son también maniatadas por la misma visión academicistas de la ciencia y búsqueda de “la pertinencia investigativa” a la hora de abordar el pasado o el mundo de las complejas relaciones sociales e históricas. Y en el caso de la educación, las escogencias y preferencias que están

circunscritas y centradas específicamente en abordajes de lugares comunes de investigación, por ejemplo, los análisis o reflexiones sobre los procesos de enseñanza y de aprendizajes en la escuela y no fuera de estas, como los que se pueden dar en lugares de cobijo y de pensares como es el barrio marginado y la organización social comunal. Frente a esta situación, pensamos que esto tiene que ver más con una limitada postura ética y política sobre la realidad histórica del país, particularmente de los lugares de reflexión como el nuestro. Ya que consideramos que muchos de los problemas educativos que se presentan en el país están íntimamente relacionado con las dinámicas históricas del conflicto social, político y armado de Colombia.

Hoy como nunca se hace necesario articular todos los procedimientos, formas de investigación, así como todos los intereses de orden “objetivos”, para hacer visibles esos otros lugares no comunes y esos *saberes otros* que se pueden construir y así ampliar mucho más nuestro aspecto de reflexión educativa, la cual debe partir de una actitud práctica transgresora frente a la realidad social e histórica de nuestro país. En este sentido señala el maestro Orlando Fals Borda (2002) que hay que romper con

“La tradición académica colombiana que ha estado encaminada hacia la justificación y mantenimiento del orden de las cosas ya sea ocultando, resaltando o ignorando problemas, situaciones o preguntas. Sin duda, no es responsabilidad absoluta de los intelectuales, pero tampoco se ha hecho sin su participación. Valga aclarar que la participación no quiere decir consentimiento ni aprobación, ya que en muchos casos se ha sido presa de la alienación o de la repetición vacía de modelos, metodologías, teorías y paradigmas importados acríticamente en una clara evidencia de colonialismo intelectual; y en otros, presa del terror, la persecución, la coacción o la cooptación. Por fortuna, en Colombia han existido honrosas excepciones a esta regla” (Fals Borda, 1971, pág. 45)

## 1.4 Lo subjetivo

La condición de posibilidad de un proceso de construcción social de conocimientos está determinada por la voluntad de acción, emocionalidad e interés propiamente subjetivos del investigador y con respecto a su contexto y realidad social que desea comprender, que no se precisan desde la teoría o el funcional obrar instrumental, sino desde la misma auto-reflexión de la realidad del sujeto social que investiga, lo que favorece innegablemente el acto crítico y de conciencia sobre el proceso investigativo (Habermas, 1996). De modo que no se puede hacer conocimiento sin que no haya un interés subjetivo, porque es el interés el que le da sentido a la producción de conocimiento que, en últimas, se constituye en el motor que le da impulso al proceso.

De manera que el interés por este proceso de investigación parte de una serie de reconfiguraciones subjetivas que se han enraizado en horizontes políticos y pedagógicos de enunciación, entrecruzados en constructos y experiencias emanadas de disposiciones auto-reflexivas y críticas sobre la realidad social e histórica que nos circunscribe; además de estar determinados por nuestra misma labor profesional y el saber acumulado y puestos en tensión en los diferentes escenarios académicos y políticos.

En atención a lo anterior, se precisa que el interés emana de las confluencias de saberes y aprehensiones de orden sociológicos e históricos sobre la realidad social de Colombia que se han venido nutriendo a partir de los acercamientos al pensamiento crítico social latinoamericano, a los paradigmas marxistas de conocimiento, así como de la articulación con las experiencias investigativas sobre memoria social e histórica, así como de ejercicios de sistematización de experiencias de formación en determinados procesos comunitarios, de prácticas organizativas militantes y de procesos de

acompañamientos a organizaciones campesinas y comunitarias desde las apuestas propias de la Educación Popular.

Es importante resaltar que estas confluencias se han amalgamado fuertemente desde el proceso de formación como maestro en la Universidad Pedagógica Nacional, la cual ha sido determinante en la apertura de caminos para la comprensión de los problemas sociohistóricos en Colombia, divisados y ubicados a partir de los análisis potenciales y posibilitantes que proporciona las reflexiones pedagógicas.

Con base en estas confluencias de índole subjetivo, se propone unas búsquedas intencionadas de reflexiones, análisis y producción de saberes, situados y contextualizados en consonancia con los sujetos y comunidades que han estado en condiciones de exclusión y marginalidad, pero que han desarrollado prácticas de resistencias, proyectos colectivos y procesos comunitarios instituyentes bajo los planos morales de búsqueda de la justicia social, la defensa del derecho de existir y el saber.

De acuerdo con esto queremos señalar que el interés subjetivo, en correlación con esas confluencias están en avenencia con una serie de apuestas éticas y políticas que se articulan alrededor de posturas pedagógicas que considera a la educación como un posibilitante de construcción de escenarios de reflexión y transformación de la realidad social que, en el caso colombiano, ha estado caracterizada por la violencia, desigualdad y marginalidad de todo tipo. La visión es la de una educación liberadora y humanista que cuestione la realidad existente, que promueva su problematización y que permita el desarrollo de transformaciones sociales en favor de una nueva clase de sociedad (Freire, 1985).

De igual manera estos entrecruzamientos subjetivos y experienciales están cimentados en la comprensión esperanzadora de pensar al maestro como sujeto político, con capacidad de construir escenarios mediados por el intercambio de saberes



necesarios para agenciar acciones políticas que permitan la configuración de otras realidades, lo que sin duda nos lleva a entender que la investigación social y la educación entendida como “acto político” deben estar al servicio de la comprensión y transformación de nuestra realidad (Freire, 2005). Creemos que la educación es un acto decidido hacia la libertad, una experiencia con alma y emociones que no es muda, ni silenciosa; que permite hacer lecturas críticas del mundo, de nuestras problemáticas históricas y por tanto, a edificar unos horizontes subjetivos, políticos –de toma de posición– e interpretativos frente a los profundos e históricos problemas sociales que no se han podido resolver por más de medio siglo de historia en Colombia, lo cual es muestra que hay un pasado que no termina y que sigue habitado por un sinnúmero de interrogantes, contrastes, tensiones y significaciones complejas, pero que hasta el día de hoy siguen generando muchos ruidos en nuestras cabezas.

Es importante señalar que la necesidad por comprender nuestra compleja y densa realidad histórica, así como de nuestros deseos por su transformación, tienen un importante lugar de apertura desde la *praxis política-educativa*, es decir, desde las prácticas cotidianas de enseñanza y aprendizaje en los espacios escolares y comunitarios que hemos agenciado, esperanzados siempre en constituir de ellos el lugar donde se articulen tensiones sobre la realidad, para así edificar nuevas aperturas democráticas y que orienten a los sujetos a volverse en protagonistas en pensamiento y acción de los procesos edificantes de nuevas ciudadanías propositivas visionadas hacia la transformación social de la realidad (Freire, 2005).

De manera que creemos que las prácticas educativas deben ser configuradas para desarrollar aperturas hacia nuevas apuestas subjetivas que den respuestas ante tales necesidades y propender que estas no se alejen de los escenarios de movilización social y política, que sean un posibilitante de la construcción de procesos de visibilización de

experiencias de las comunidades que han estado en lucha constante por no dejarse avasallar frente a los vaivenes hegemónicos de la construcción históricas de la realidad, y de las estructuras de sumisión y exclusión que ella ampara. De modo que dichas construcciones

deben ser leídas desde una política del lugar y una posición del sujeto, posibilitando implicar-se, comprometer-se, responsabilizar-se y solidarizar-se con un “otro” que reclama una praxis sobre el mundo para transformarlo; un mundo fundado en el diálogo existencial, como lo propone Freire (1982), desde el reconocimiento del otro y de sí en el otro, como decisión y compromiso de colaborar en la construcción del mundo común. No hay conciencias vacías; por esto los hombres no se humanizan, sino humanizando el mundo. (Ortega, 2010)

Llegar a comprender la realidad histórica de nuestro contexto con los elementos propios de la pedagogía y la educación, conlleva a posicionarnos en unos horizontes de lucha y militancia comprometida por el saber y la verdad, es decir, desde horizontes utópicos posibilitantes, que permitan comprender las realidades desde el saber y el actuar pedagógico. Frente a esto, estamos convencidos que los elementos pedagógicos nos dotan de herramientas interpelativas para confrontar esas mismas realidades y sus vastos caminos desconocidos y nos transfiere capacidad de agenciamiento, ya que el saber y el acto pedagógico se asienta en el plano del reconocimiento del otro como sujeto, del diálogo fraterno, de la protección y la solidaridad, es decir, desde el vínculo humano, del saber-sentir, como diría Freire (1998). De igual forma esto nos posibilita asentarnos pedagógicamente en el marco de las implicaciones y los compromisos, en otras palabras, en el plano del reconocimiento de la dimensión política y ética que caracteriza a toda práctica o acto educativo e investigativo que se emplaza en realidades como la nuestra.

Ahora bien, con los escenarios políticos de discusión sobre la paz en Colombia, las sentencias de las cortes internacionales contra el Estado colombiano frente a los actos de vulneración de los Derechos Humanos: genocidios, desapariciones, desplazamientos, masacres, ejecuciones extrajudiciales etc. Así como lo relacionado con los actos de reconocimiento de responsabilidades de los hechos acaecidos durante el conflicto armado, social y político; y la conformación de grupos de memoria histórica y los informes subyacentes sobre el esclarecimiento histórico de las causas del conflicto armado, político y social en Colombia, así como de todos los ejercicios de conmemoración con la diversidad de víctimas y toda una serie de proyectos de investigaciones que han puesto como nunca antes en debate y tensión, las densidades de nuestra realidad histórica y de nuestro pasado, específicamente a raíz de las innumerables iniciativas de organizaciones sociales y populares, víctimas, organizaciones académicas, gente de la sociedad civil comprometidos con la verdad, la justicia y la búsqueda de escenarios para la no repetición, que pugnan y ponen en tensiones a las políticas estatales de memoria y sus pretensiones de *verdad/legitimidad* que buscan promover en los imaginarios de la sociedad colombiana, invisibilizaciones. Estamos seguros de que desde la investigación educativa y desde el marco propio de la Educación, tienen algo que decir, ya que estamos seguros esta nos permite leer la realidad y sus matices, y a problematizarla para transformarla.

Bajo estos supuestos, que son más que intereses, podemos señalar entonces que las razones subjetivas de este trabajo de investigación es producto de esas asimilaciones y confluencias, de apuestas políticas que se la juega por extraer de unas temporalidades históricas recientes e inserta en las dinámicas del conflicto, aquellas experiencias organizativas ocultadas intencionalmente, pero que a luz de nuestras reflexiones iniciales, han posibilitado escenarios de resistencia, de concientización y de

construcción de subjetividades políticas en unos sujetos marginados como nuestros campesinos.

Retomando entonces el peso que tiene el **interés subjetivo**, es decir, la emergencia de los motivos a partir de las reconfiguraciones políticas, simbólicas e identitaria en el proceso de indagación, queremos decir que la decisión de tomar como tema de reflexión pedagógica unas experiencias artísticas y culturales vista como prácticas pedagógicas populares, llevadas a cabo en el proceso organizativo campesino de la ANUC en Córdoba, sin duda alguna está en el plano íntimamente subjetivo y es una decisión que resulta chocante con lo puramente objetivo, ya que están sujetas a las confluencias que hemos venido señalando y en apuestas personales por la reafirmación tanto culturales como políticas de esas experiencias. Esto nos lleva asumirnos como parte de ellas, es decir, como sujetos contruidos e implicados sociohistóricamente por esas experiencias de resistencia, es decir, producto determinado por dichas experiencias organizativas, y de todas esas ecologías sociales y culturales que se han y se expresan en el caribe colombiano, en donde el proceso de organización y de acción colectiva campesina más grande del país, tomó vuelo.

Con esto queremos señalar que también hacemos parte de esa historia, que pertenecemos a esos mismos contextos geográficos e históricos de resistencia, y no solo porque estamos unidos al universo social y cultural del caribe colombiano, por nacimiento y vivencia familiar, sino porque asumimos la vida y el pensar desde los elementos propios que nos provee el *modo de ser caribe*, con sus propias simbologías y maderámenes identitarios; que nos aprovisiona de elementos subjetivos para afrontar las complejidades de la vida, a través de la disposición de un espíritu que se incomoda y es incompatibles con la sujeción o el sometimiento, o como diría Fals Borda: “un espíritu con un afán libertario”, que está fundamentado en la especial visión de mundo o filosofía de

la vida que caracteriza a los grupos populares regionales más incontaminados, especialmente los que se articulan aún con la praxis original, como los campesinos, o los que han defendido el ancestral contacto con la naturaleza y el ambiente regional específico.(Fals Borda, 1984, p. 167 B)

Un *modo de ser* que se habitúa a pensar según las singularidades de los contextos, pero que no se acomoda, que es indiferente a la norma y al acecho de la cultura dominante. Un *modo de ser* que es herencia del mundo natural, que da sentido a la vida frente al tedio de las cosas aburridas de los sistemas que homogenizan.

“No sé si uno puede sentir tal compromiso por la vida o por sí mismo o sentirse emocionado cuando escribe sobre uno mismo o sobre lo que lo ha construido”.

### **1.5 Lo objetivo**

En el centro de la cuestión de esta indagación se establece la necesidad de darle un lugar de reflexión a las prácticas artísticas y culturales del Frente Cultural en la experiencia organizativa del movimiento campesino de la ANUC en Córdoba, desde el marco de reflexión de la Educación Popular; con el fin de analizarlas y procurando ubicarlas en su relación de importancia, con la importancia de los movimientos sociales en Colombia, y los procesos de formación política al interior de ellos y ante todo en su relevancia actual, frente a los intereses por la consolidación de los movimientos sociales populares en un escenario de posconflicto en el país, ya que con la trascendencia que ha tenido la firma de los Acuerdo de Paz de La Habana en el año 2016, especialmente con los acuerdos alcanzados en el punto de *Participación Política y Víctimas*, se pone de relieve que como posibilitante para construir una paz estable y duradera en el país, se hace necesario fortalecer los procesos de participación política y organización de los

movimientos sociales en Colombia; y un factor que consideramos clave en esta necesidad son los procesos de formación o concientización política a partir de las apuestas alternativas de educación popular y desde las mismas prácticas pedagógicas que lleven a procesos de transformación social a través de iniciativas de organización popular, como el caso que estamos analizando.

Ahora bien, con el alcance y resonancia que ha tenido los acuerdos de paz en el país y a razón de los deseos de construcción de escenarios de reconciliación, justicia y verdad, estamos convencidos que se hace necesario desarrollar ejercicios de indagación y análisis, desde los marcos de reflexión histórica y desde los propios elementos de reflexión de la Educación Popular, de la trascendencia que ha tenido el conflicto armado, político y social del país en el devenir histórico y organizativo de las comunidades de base popular en Colombia, ya que a la luz de todas las reflexiones históricas y vivenciales sabemos que el movimiento social, y ante todo el movimiento campesino, ha sido víctima sistemática de toda clase de violencia a lo largo del conflicto armado en Colombia. De modo que creemos que este trabajo investigativo implícitamente aboga por esos ejercicios de reflexión.

De igual manera al poner en reflexión estas necesidades de comprensión señaladas, tenemos que colocar en proyección de debate y en relevancia analítica, todo lo relacionado con los complejos problemas agrarios en Colombia (acceso, apropiación, tenencia y uso de la tierra), ya que estos han sido la causa hasta hoy, de la misma persistencia del conflicto social y armado en el país, así como de todos los objetivos de la lucha del movimiento campesino.

Bajo estos intereses globales, abordaremos desde unas apuestas interpretativa y analíticas y desde el lugar que nos confiere nuestro núcleo de saberes y reflexión pedagógicas, aquellos *procesos y experiencias de formación que se han constituido bajo*

*los objetivos de fortalecer las acciones colectivas y organizativas* de los procesos de organización social campesina, como el de ANUC. Como hemos señalado, estos procesos y experiencias de formación estuvieron trazados bajo la utilización de prácticas artísticas y culturales pensadas bajo el objetivo de contribuir en los procesos de asimilación y recepción de la información –por parte de las bases campesinas– de todo el materiales históricos y políticos (saberes) recopilado y sistematizados a través de los ejercicios de la IAP, con el fin de fortalecer el carácter organizativo y político de lucha del campesinado de la costa caribe colombiana, puntualmente del campesinado de Córdoba y Sucre.

### **1.6 Lo Metodológico**

La opción metodológica que se propuso se ajusta a los objetivos del grupo de *Educación y Cultura Política*, cuyos propósitos se orientan a comprender los fenómenos sociales contemporáneos en Colombia, desde una perspectiva educativa y pedagógica, centrando los análisis sobre la formación de subjetividades a partir de las experiencias comunicativas, la cultura política, los movimientos sociales, entre otros lugares de aproximación.

En este caso nos direccionamos en desarrollar unos momentos de análisis pedagógicos en torno a la formación política y de subjetividades desde las prácticas artísticas y culturales que ya hemos venido señalado, las cuales sin lugar a duda potencializaron y llevaron a constituir procesos de *acción colectivas* entre el campesinado. Este ejercicio tuvo la intención de ampliar los lugares de reflexión sobre la importancia del uso del arte y los elementos culturales populares en los procesos de concientización política en los mismos escenarios de organización campesina. De igual manera nuestro análisis iba girando en torno a la reflexión sobre la construcción de

escenarios de formación y socialización en unas poblaciones con niveles de formación educativa precarios.

De esta forma, lo que buscamos es aportar, desde las reflexiones pedagógicas, a las comprensiones sobre los fenómenos sociales en la historia reciente de Colombia, especialmente aquellos fenómenos donde se han dado configuraciones de cultura política, como es en el marco del auge y consolidación del movimiento campesino en Colombia durante los años setenta. De modo que los análisis se fueron situando a partir de la puesta en diálogo de las reflexiones propias venidas de la Educación Popular, con la misma experiencia organizativa de dicho movimiento, así como de los procesos de formación política o de cultura política que se llevaron a cabo en esas experiencias organizativas, que, a nuestro modo de ver, fue crucial en estas experiencias populares de organización campesina, el trabajo popular desarrollado por Frente Cultural a partir de sus prácticas artísticas, ya que posibilitaron configuraciones de subjetividades políticas y procesos de concientización sociohistórica en los mismos escenarios de acción colectiva.

Estas conjeturas se irán defendiendo en la medida que vayamos aportando reflexiones a partir del abordaje sociohistórico de la experiencia y seguidamente desde lo pedagógico, puesto que la intención como se ha señalado es llevar a cabo reflexiones acerca del trabajo popular del Frente Cultural en la configuración de escenarios de formación política en el movimiento campesino y por último, señalar la importancia que han tenido y tienen los ejercicios de educación popular en la consolidación de los movimientos sociales en Colombia.

Bajo estos intereses, fundamentamos el trabajo investigativo desde un enfoque cualitativo y desde el carácter hermenéutico y crítico-social. De esta forma y teniendo en cuenta los planteamientos del problema de investigación, los objetivos y por último



las preguntas que direcciona la propuesta, acudimos a la fundamentación hermenéutica para abordar cómo las prácticas y repertorios culturales del Frente Cultural se constituyeron en mecanismos para la construcción de una conciencia colectiva movilizadora del campesinado de la ANUC durante los años setenta. Esta fundamentación epistémica y su conexión con el horizonte de interpretación desde la Educación Popular nos permitió una construcción de diálogos y de nuevas aperturas de saberes pedagógicos que de alguna forma nos llevaron a resignificar a los sujetos y a las experiencias de práctica pedagógica popular que permitieron dar aliento y significancias a las acciones colectivas (Torres Carrillo, 1999). Asimismo, se buscó señalar las esencias significantes que contiene un proceso de movilización social cuando se les articulan elementos de la Educación Popular y apuesta artísticas como herramientas didácticas de formación.

El proceso partió de unas comprensiones históricas basada en la revisión documental y literaria del trabajo realizado por la Rosca y el Frente Cultural en el accionar organizativo de la ANUC, con el fin de hilvanar vías interpretativas sobre dichas prácticas y repertorios culturales desde la reflexión pedagógica.

Tomamos los aportes de Gadamer (1993) sobre la fundamentación hermenéutica, la cual nos permitió tener acceso a la comprensión de fenómenos históricos y a las formas metodológicas para relacionarse con los datos –en el proceso de recolección/interpretación– con el fin de desarrollar el ejercicio de reconocimiento de los rasgos de aquellas realidades sociohistóricas que nos ubicaron en el lugar sobre qué es lo revelador de las fuentes.

Utilizamos este enfoque reconociendo que hay análisis y comprensiones otras, otras en tanto al acercamiento a otros sentidos y significados de los fenómenos sociales e históricos, en las que interactúan sujetos, contextos y procesos. Por ende, hacer una

aproximación hermenéutica nos llevó a comprender algunas realidades pedagógicas expresadas en esas interacciones y que han de ser develadas.

Los presupuestos hermenéuticos nos permitió acercarnos al texto y a los autores para comprender aquello que nos dicen y lo que no; pero también nos llevó a ubicar nuestra subjetividad en juego, y en el lugar de *dar sentidos* a lo que se expresa, es decir, nos llevó a interacciones, comprensiones e interpretaciones de un problema social o hecho histórico desde un posicionamiento –apuesta analítica– subjetiva que nace de nuestras propias pretensiones y sujeciones, con la intención de dar a conocer otros tipos de miradas sobre una realidad sociohistórica. Así que desde el enfoque hermenéutico lo que se buscó primordialmente fue llegar al estudio del *significado esencial* de los fenómenos, así como por el *sentido* y la importancia que éstos tienen. En el caso, el interés se orientó hacia la determinación del sentido y la importancia pedagógica de las acciones prácticas (Ayala Carabajo, 2008) pero también se buscó comprender y captar el significado del contexto social y los procesos educativos interpretados. La hermenéutica nos permitió entonces, como lo señala Paul Ricoeur (2004):

reconocer una relación de inclusión y pertenencia mutua del sujeto, pretendidamente autónomo, y del objeto que se le opone. De este modo, el sujeto que interroga debe ser considerado como perteneciente a la realidad sobre la que se interroga: porque primero pertenecemos participativamente a un mundo, podemos luego preguntarnos por su sentido (pág. 11).

De esta manera se buscó entonces hallar un momento interpretativo de la reciprocidad de los discursos, los autores, el contexto y el sujeto que investiga.

Por otro lado, las prácticas artísticas y los repertorios culturales que fueron interpretados y analizados desde la hermenéutica, tuvo como manto interpretativo el “reconocimiento del significado objetivo” de los mismos, ya que lo que importa en el momento de la interpretación, son los sentidos de este. Bajo esta condición, lo que exige

ser interpretado en un texto es su sentido y, el acto de su apropiación es más una fusión del mundo del lector y del mundo del texto que una proyección del intérprete sobre el texto (Ricoeur, 2004).

A partir de estas necesidades metodológicas, se dispuso en este proceso la utilización del Análisis de Contenido como herramienta metódica, ya que nos permitió desarrollar lecturas de forma directa y manifiesta, así como detectar a partir de la utilización de algunas categorías y unidades de análisis, los *sentidos* de las prácticas y el contenido de los mensajes comunicativos de los repertorios artísticos y culturales, con el interés de reforzar nuestra apuesta reflexiva. De forma que el Análisis de Contenido nos permitió generar un sistema de codificación e identificación de determinados elementos de contexto y de texto de los documentos que estuvieron sujetos a la interpretación categorial y subjetiva.

Partiendo de esto, el ejercicio de identificación de determinados elementos componentes del *texto* (palabras, frases, figuras literarias, expresiones, metáforas, conceptos e ideas, entre otros) de los cuerpos textuales (cuentos y canciones) e imágenes (folletos ilustrados) nos proveyó identificar y analizar de manera más profunda los procesos comunicativos del contexto (los sentidos sociales) y los mismos intereses discursivos contenidos en el proceso de comunicación, así como los valores subyacentes que se desprenden en él.

Dicho procedimiento se aunó en el análisis de las bases gramaticales (palabras, frases... etc.) y no gramaticales (imágenes y los lenguajes pictóricos), con el propósito de decodificar el discurso de los mensajes contenidos en los documentos analizados y así identificar las probables intenciones formativas explícitas o implícitas de estos discursos.

Desde estos criterios se entró a identificar las formas de presentación de estos discursos, escritos, grabados, pintados, filmados u “otra forma diferente donde pueda haber albergar un contenido que leído e interpretado adecuadamente nos abre las puertas a los conocimientos de diversos aspectos y fenómenos de la vida social.” (Abela, 2002, pág. 2)

Cabe decir que el Análisis de Contenido debe realizarse con base “en el contexto de los datos y justificarse en función de éste... en donde el investigador social pueda reconocer el significado de un acto situándolo dentro del contexto social de la situación en la que ocurrió” (Abela, 2002, pág. 3) bajo esta mirada el procedimiento se fue desarrollando, teniendo en cuenta al contexto social donde se fueron efectuando los mensajes –discursivamente hablando– con el objetivo de efectuar deducciones lógicas respecto a las fuentes –el emisor y su contexto– o eventualmente a sus efectos. Para esto se hacía necesario tener a la

disposición todo un juego de operaciones analíticas, más o menos adaptadas a la naturaleza del material y del problema que se tratará de resolver, pudiendo utilizar una o varias que sean complementarias entre sí para enriquecer los resultados o pretender así una interpretación fundamentada científicamente (Abela, 2002, pág. 10).

De modo que el proceso de investigación se sustentó en una apuesta de investigación cualitativa, ubicada en el paradigma hermenéutico interpretativo y de acuerdo con el método antes señalado, y en relación directa con la naturaleza misma de las indagaciones socioeducativas o con los intereses de reflexión pedagógica, que están sobre la base del desarrollo de ejercicios de análisis e interpretación de las prácticas artísticas o *repertorios culturales* del Frente Cultural, comprendidos estos, como mecanismos de socialización y elementos articuladores para desarrollar procesos de formación y socialización política.

Esta utilización implicó desarrollar una revisión documental de textos guías en los que se identificaron las experiencias y el trabajo llevado a cabo por el Frente Cultural; y, para reforzar nuestros intereses de identificación, análisis e interpretación, se fue abordando seguidamente al marco de análisis los repertorios *gráficos* del ilustrador y pintor Uliánov Chalarca, los *literarios y sonoros –casetes–* del escritor David Sánchez Juliao y *los repertorios sonoros* del músico vallenato, Máximo Jiménez.

Así que el objeto de los análisis fue “los textos” –que no sólo son literarios– que “al correlacionarlo, en su dimensión discursiva, lo definimos como una unidad de signos (homogéneos o heterogéneos), ordenados sintáctica y paradigmáticamente, que tienen la finalidad de contener discursos y producir acciones. Así, un texto se presenta como un complejo tramado (tela) de signos en sistemas de lenguaje: lengua, corporalidad, sonoridad y/o visualidad” (González-Domínguez & Martell-Gámez, 2013, p. 161)

A partir de estos abordajes metodológicos, útiles para acercarnos a procesos y experiencias históricas y a contextos, y necesarios para analizar una serie de contenidos discursivos en dichos procesos y así dar respuesta a un conjunto de preguntas e intuiciones, o en el caso nuestro, develar; nos llevó a tensionar interpretaciones sobre las complejidades de la producción de saberes articulados a los problemas actuales de la sociedad. Estos abordajes, basados en esquemas críticos de investigación ofrecieron la posibilidad de “observar los hechos desde la perspectiva marcada por el momento histórico, cultural y social de nuestro tiempo, los cuales deben ser observados en sus potencialidades y significados para ser comprendidos en el contexto social e histórico en que se produce” (Gamboa Araya, 2011, p. 48)

Este proceso altamente interpretativo en su desarrollo hermenéutico y bajo las variadas estructuras en que se analiza, nos permitió dar sentidos de comprensión a unos

procesos históricos o experiencias sociales que estuvimos abordando. Para nosotros era importante detectar los *sentidos pragmáticos* de los discursos inmersos en los repertorios culturales instrumentalizados como herramientas articuladoras –didácticas– para la formación y socialización política y de los cuales se apoyaron los integrantes del Frente Cultural para llevar a cabo procesos de formación y concientización política del campesinado con bajos niveles de escolaridad.

Desde esta perspectiva y enfoques, nos ayudó a interpretar los múltiples lenguajes y discursos inmersos en esos repertorios y comprender así, el *para qué* fueron utilizados y *cuáles* eran las intencionalidades discursivas implícitas o explícitas en ellos. De igual manera nos permitió comprender e identificar las relaciones entre las estructuras de significados, el contexto social e histórico, el político “o entre lo que se denomina significaciones o estructuras de significación y las realidades sociales, culturales y/o políticas” (Arias Vanegas, 2009, p. 2).

En este sentido lo que se buscó fue comprender las relaciones entre los significados de los enunciados discursivos y los componentes contextuales –políticos, culturales e histórico– y hasta motivacionales de la producción –intencionalidad– de un discurso ideológico (político) desde las herramientas artísticas y la reproducción y recepción consciente de los mismos por los sujetos.

Desde esta forma metodológica y desde la perspectiva centrada en el punto de vista pragmático, es decir, desde

las relaciones entre los signos o expresiones y sus usuarios (productores o intérpretes) aquí las *expresiones* son realidades intrínsecamente intencionales, sirven para hacer determinadas cosas, y lo consiguen en la medida en que provocan efectos en las subjetividades que las producen y/o interpretan... Se busca contemplar el hecho expresivo como una realidad entrañada en la dinámica de la acción humana que lo produce y que le da sentido. (Delgado & Gutiérrez, 2007, p. 625).

Es importante señalar que las dinámicas comunicativas determinadas por las mismas intencionalidades de los sujetos que la enuncian ejercen en los sujetos que la acogen, determinadas acciones afirmativas, ya que estas están íntimamente contextualizadas en los espacios sociales donde se imparten, es decir, en los escenarios campesinos y ubicadas manifiestamente en el universo de la cultura y las tradiciones de las comunidades. De modo que lo que se busca es comprender las estructuras y los significados comunicativos que contienen y expresan los repertorios culturales desarrollados por los integrantes del Frente Cultural; así como de sus elementos extralingüísticos que establecen determinadas acciones o situaciones afirmativas en los sujetos receptores.

Bajo esta mirada percibimos que estos repertorios culturales poseían, y la vez generaban, *relaciones de poder*, y que en los espacios socioculturales y políticos en que se desplegaron, tuvieron en esencia dinámicas de amalgamaje y de sujeción identitaria a los proyectos comunes de organización de los sujetos, que se expresaban en los propios atributos discursivos que tenían dichos repertorios. Es importante entender que las *relaciones de poder* expresas en estos escenarios y siguiendo a Foucault (1979) tienen una esencialidad, ya que el poder ejercido y las relaciones subyacentes de estos repertorios culturales, buscaban producir *saber* y subjetividad mediante un proceso de *normalización* que moldea y crea prácticas y saberes.

A nuestro modo de ver, los sujetos que son receptores de las unidades discursivas que contiene los repertorios culturales no eran ajenos a los mismos, ni de las intenciones comunicativas de los procesos de enunciación, ni de la constitución de esos mismos significados discursivos; ya que los sujetos al estar “dispuesto conscientemente” al discurso, saben que estos posibilitan y favorecen a una mayor

relación de aprehensión de su propio rol y, por tanto, de su papel en la organización y movilización campesina.

Los sujetos receptores al asumir en un ejercicios de recepción de esos discursos, reconocen por igual a los sujetos que los enuncian como parte de su universo, y al asumir todos aquellos procesos comunicativos que engloban los discursos políticos, son conscientemente de los significados emanados, ya que están recibiendo a la vez y en un situación dialéctica, determinantes para un posicionamiento identitario y contextual; que determina a su vez una producción subjetiva que es entrecruzada por una línea de *poder* que lo sujeta y una línea de *saber* qué hace que se enuncie y sea visible desde una voluntariedad (Foucault, 2005).

Lo dicho anteriormente se relaciona directamente con los elementos característicos de la utilización de la IAP en los ejercicio de construcción de saberes, que nacen de los diálogos compartidos y desde las posiciones horizontales en la participación y construcción de los mismos, y donde se toma en cuenta los caracteres culturales y la búsqueda de los elementos de superación de la relación sujeto/objeto, que se anudan a los ejercicios de autoconciencia del proceso; puesto que todo proceso de construcción de conocimiento y concientización que posibilite relaciones intersubjetivas, debe restringir diametralmente las posiciones verticales.

De esta manera se ha desarrollado un ejercicio en el que se analizan las relaciones entre las estructuras del discurso con las estructuras sociales, así como los sistemas de representaciones simbólicas en el orden de la producción ideológica (Van Dijk, 2005). Estos sistemas de representaciones que están inmersos en las estructuras discursivas de los repertorios culturales, fueron analizados en relación con las unidades estructurales incorporadas al contexto histórico, cultural y político, lo cual permitió apreciar no solo las relaciones de poder en tensión, los fines organizativos, grupales o



los roles subjetivos, sino también nos permitirá apreciar las estructuras del discurso y por tanto lugares que ocupa el hombre como sujeto de lenguaje, de acción consciente y de significados (Foucault, 1990). El análisis e interpretación de los discursos, entendiendo que el discurso es

Un acto de lenguaje cuya función es comunicar, fundamentalmente con el objetivo de persuadir. Como acto de habla es decir algo (producir un texto) con sentido y referencia con el fin de influir en pensamientos, sentimientos, creencias y acciones de un interlocutor u oyente (Chomsky, 1984). Todo discurso debe tener un contenido, el cual debe ser construido a partir de las experiencias, ejemplificado con detalles, ilustraciones, personificaciones, dramatismo, pero igualmente, debe ser expresado con un lenguaje comprensible de tal manera que lo que se quiere decir pueda ser comprendido por todo. (Arias Vanegas, 2009, pág.1)

Con base en los elementos anteriores, podemos entonces establecer que el análisis de los textos –los repertorios– nos permitió aproximarnos no solo a los entramados textuales y contextuales sino a los códigos que manifiestan su lectura. De modo que el objeto de análisis serían esos mismos códigos que nos devela la función cultural del texto del discurso que sabemos que transmite un significado, y cuyo fin de análisis sería identificar los componentes ideológico/políticos y retórico/afectivos de esos significados, ya que lo que se busca es llegar a las finalidades sociopolíticas que contiene el discurso o texto como práctica social determinadas en relación latente con las estructuras sociales, políticas y culturales e intrincada en un contexto y en un lugar social, es decir, el lugar de quién habla –emisor que busca persuadir– y desde el dónde. De modo que es importante ubicar los enunciados –en su estructura de significados– que tiene un discurso, así como sus contenidos implícitos.

El ejercicio de interpretación de estos artefactos comunicativos, sus sentidos lingüísticos y sociales, es decir, sus estructuras de sentido, comprendiendo que estos

están fijados a un contexto y situaciones sociales específicas. Esto nos llevará a comprender el uso de un lenguaje y el significado de estos, entendiendo que el lenguaje es una manifestación cultural que representa el mundo de lo simbólico y que de un cabo a otro es discurso (Foucault, 2005). Siguiendo a Foucault (2005) es importante resaltar que el lenguaje también es *acción*, porque tiene el poder de designación y por tanto pasa a tener elementos extralingüísticos, que es lo que nos interesa reflexionar. Por eso dentro de nuestra perspectiva analítica queremos tomar esta relación entre el discurso o *el lenguaje como acción* en su correspondencia con las acciones y las posiciones de los sujetos. Esto sin duda nos abre puertas al conocimiento de aspectos de la significación de un acto de lenguaje o de discurso que está constituida singularmente por lo que se quiere enunciar y lo que implica eso que se dice o enuncia, porque “lo que se dice es mucho más que un conjunto lexical, ya que el enunciado, generalmente, comunica mucho más de cuanto dice. La situación requiere identificar en qué medida lo que no se dice deriva de principios extralingüísticos, de inferencias contextuales o de conocimientos compartidos entre los interlocutores” (Arias Vanegas, 2009)

A modo de conclusión, se buscó hacer preguntas sobre *el texto* –los cuales permanecen físicos y conservados en su contenido– pero hacerlo sobre lo que dice, como una forma de entrevista, no directamente, pero si desde el ejercicio de la interpretación.

## **1.7 Los criterios metodológicos.**

### **El pensar histórico.**

Debemos asumir todos los días el desafío de los espacios inacabados, en cuyos marcos el sujeto refuerza su identidad. Pero tomar conciencia de que ésta puede impedir la posibilidad de asombrarse si el sujeto no asume “pensar la resistencia”, por lo que tenemos que incorporar al problema epistémico–

metodológico lo que es propio de lo histórico-existencial del quehacer científico.” (Zemelman, 2012, p. 93)

Uno de los criterios metodológicos que se propuso se apoya inicialmente en los planteamientos y aportes epistémicos y metodológicos que ha tratado y desarrollado Hugo Zemelman frente a la investigación y construcción de conocimiento social articulado a la realidad social e histórica de nuestros contextos latinoamericanos.

Es importante señalar que los planteamientos de Hugo Zemelman parten de las reflexiones circunscritas en la crítica a los paradigmas hegemónicos *–eurocéntricos–* en las ciencias sociales y a la condición de dominación y subordinación que tienen estas. Sus apuestas reflexivas están ajustadas, por un lado, al reconocimiento de la colonialidad del saber y por el otro, a la necesidad de visualizar áreas de ‘epistemes emergentes’ que puedan hacer frente a esa colonialidad, y así abrir perspectivas de entendimiento y reflexión de nuestra propia realidad.

Sus planteamientos están enlazados a las necesidades de reformular las metodologías de las ciencias sociales para la construcción de conocimiento social pertinentes a nuestras necesidades históricas, es decir, una reformulación metodológica que permita abrir posibilidades investigativas y viabilizar potencialidades prácticas, que estén presentes en esas mismas posibilidades, para poder así llevar a cabo transformaciones de la sociedad y de los sujetos que en ella están. De modo que las aperturas de pensamiento de Zemelman están situados en los debates epistémicos *decoloniales*, los cuales proponen una construcción de saberes fundamentados en la comprensión de la realidad social, para transformarla, en otras palabras, en la construcción de un conocimiento emancipador que implique reformular las construcciones epistémicas en su vínculo político, para ser alternativa al conocimiento normalizador que restringe la acción y las subjetividades en los contextos de nuestra

América latina; es decir, una construcción de ‘saberes otros’ y autónomos coherentes con la realidad sociohistórica, que reconozca las particularidades sociales y las complejas dimensiones culturales.

El llamado de Hugo Zemelman es que, a partir de metodologías alternativas o articuladas con aperturas críticas de conocimiento y tomando en cuenta las miradas proyectivas de los sujetos y sus anclajes subjetivos, se puede llevar a cabo saberes que se direccionen a la comprensión de las complejidades históricas que están latentes en la sociedad y que nos permitan establecer otros horizontes de interpretación de las realidades sociales (Zemelman, 2015). Dicho de otro modo, los planteamientos de Zemelman están fundados en una apuestas políticas y epistémicas que busca la renovación del pensamiento crítico, de apertura a nuevas perspectivas epistemológicas y de un diálogo frente a la creación de sentidos y saberes sobre la realidad social.

Es así que los criterios metodológicos que llevamos a cabo inicialmente están ajustados a la propuesta de Zemelman, de superar el determinismo científicista y las tendencias positivistas predominantes en las ciencias sociales, de entablar lecturas densas y abiertas sobre la realidad histórica social, entendida esta “como un movimiento permanente e indeterminado en el cual se articulan procesos heterogéneos, se imbrican diferentes temporalidades (memorias, futuros) y confluyen y refluyen dinámicas objetivas y subjetivas, materiales y simbólicas” (Torres Carrillo, 2019, pág. 16).

De modo que se hace pertinente llevar a cabo una propuesta investigativa sentada en la realidad social y articulada con el compromiso subjetivo del investigador – *su pensar praxeológica*- y las necesidades mismas de interpretación y comprensión de las problemáticas del contexto, a partir de los interrogantes epistémicos críticos, que

piensen el *para qué* y *para quién* del conocimiento que se construye en los procesos de investigación social en contextos como el de América Latina.

Este ejercicio transita a ser una apuesta por reconocer las formas en que se llevan a cabo construcciones de saberes populares nacidos en las luchas sociales e interrelacionarnos con los saberes que pueden ser elaborados en la academia, con el fin de potenciarlos o lo que llama Boaventura de Sousa Santos, a elaborarlos y situarlos desde una '*Ecología del saber*', que se fundamenten en la idea de que el *conocimiento* es *interconocimiento*; en otras palabras, una construcción que transite en su existencia por ser una apuesta de construcción de *saberes otros*, nacida de la búsqueda del encuentro y el diálogo recíproco entre conocimientos y que a su vez reconozca que la producción misma de saberes esté vinculada a una intervención intersubjetiva e intercultural con la realidad (de Sousa Santos, 2010).

Para Zemelman tiene mucho valor la construcción de saberes desde perspectivas epistemológicas *decoloniales*, que tomen distancia del método científico y que reconozca aquellas limitaciones teóricas y metodológicas que tienen las ciencias sociales, las cuales no han dado cuenta en su 'comprensión objetiva' —o desde la producción misma de conocimiento social de la realidad— aquellas transformaciones que se han desarrollado en los contextos socioculturales de Latinoamérica y mucho menos han dado cuenta del lugar que tienen los sujetos en esas transformaciones.

Es crucial enmarcar en estas reflexiones preliminares que para Zemelman las construcciones investigativas de conocimiento de la realidad social deben partir de la comprensión de estos debates, porque "La realidad que enfrentamos, la realidad socio histórica, tiene múltiples significados. No es una realidad clara, inequívoca, con una significación cristalina y a la cual se le pueda abordar sencillamente construyendo teorías o conceptos" (Zemelman, 2001, pág. 12), frente a esto el autor propone

desarrollar constantes resignificaciones de los cuerpos teóricos y conceptuales que muchas veces se “desajustan” con la realidad, es decir, que este llamado por la resignificación se debe dar porque

el ritmo de la realidad no es el mismo de la construcción. Los conceptos se construyen a un ritmo más lento que los cambios que se dan en la realidad... por eso constantemente se está generando un desajuste. Dicho así parece como un problema menor, pero en verdad, tiene consecuencias profundas porque en la medida en que no resolvemos este problema y podemos incurrir en discursos y enunciados, o manejar ideas, que, pudiendo tener una significación en términos de la bibliografía o, para decirlo de una manera más amplia, en el marco del conocimiento acumulado, no tengan necesariamente un significado real para el momento en que construimos el conocimiento. (Zemelman, 2001, pág. 2)

Por esto es clave que a la hora de construir conocimiento es importante prever la pertinencia conceptual y teórica para el momento histórico, para así poder ampliar los marcos de comprensión que sean propios de esa realidad que se quiere conocer. Todo esto supone plantearse la necesidad de las resignificaciones conceptuales y teóricas que se ajusten a las exigencias de la realidad histórica que emerge de forma dinámica. De todos modos, la idea aquí expresada, es que hay que colocarse frente a las circunstancias y no caer en la tentación de nombrarla, de colocarle títulos y comprenderla ‘manualizada’, bajo conceptos y contenidos que sean de acuño de otros contextos, más bien la idea es ir a choque con esa naturalización de la construcción de conocimiento que encapsula el modo y la forma de llegar al mismo, lo

Significa no atarse, no quedarse atrapado en conceptos con contenidos definidos, sino plantearse el distanciamiento respecto de esos contenidos, o de esas significaciones, para buscar qué significaciones o contenidos pueden tener las cosas que estamos tratando de pensar. Es la problemática de lo que aquí llamo *pensamiento epistémico*. (Zemelman, 2001, pág. 6)

Por otro lado Zemelman enmarca estos planteamientos iniciales en relación a la necesidad de explorar “nuevas formas de pensar y abordar lo social desde los umbrales de la razón y desde las opciones de futuro presentes en el continente (Zemelman, 1996)” en (Torres Carrillo, 2019, pág. 16) porque los modos y formas conceptuales con que hemos abordado lo social escapan de los mismos escenarios cambiantes de nuestros contextos, es decir, no están dando cuenta de la realidad y por tanto hay que redefinirlo.

De manera que lo que se propone es una renovación de la producción de conocimiento sobre nuestra región desde investigaciones sociales situadas y articuladas a la realidad, desde la construcción de otros conceptos que se ajusten a la circunstancia, a discursos emancipadores de todo tipo, es decir, un discurso del distanciamientos de todo lo ajeno, pero sustancialmente articulados a procesos organizativos y a las dinámicas propias de la acción colectiva enraizadas en la lucha social, en otras palabras, unas investigaciones situadas entre lo académico y lo popular, que nos permita reconocer nuevas formas emergentes de realidad socio histórica (Zemelman, 2001).

Esta idea de renovación de la producción de conocimiento social que estén situados y articulados a la realidad social en que vivimos y a los procesos organizativos, se articulan especialmente con lo que plantea Orlando Fals Borda en *Ciencia propia y colonialismo intelectual* (1971) en cuanto a la importancia que tiene la conjugación de la producción de conocimiento y el compromiso social del investigador con las luchas populares y académicas que se están manifestando en nuestra realidad sociohistórica.

Zemelman nos señala que en una investigación social ‘secular’ se debe construir aproximaciones sugerentes a ‘*conceptos otros*’ para el análisis concreto de la realidad histórica, es decir, que una investigación social debe propender por reconocer la realidad histórica bajo miradas e interpretaciones conceptuales alternativas y

localizadas, para que nos permita preguntarnos por las transformaciones necesarias de esa realidad que se construye.

Cabe señalar que para Zemelman es indispensable la comprensión y el abordaje de las subjetividades y los sujetos sociales que desde su capacidad de acción disputan un lugar en esa realidad y se viabilizan en una perspectiva de transformación, y puntualiza que lo importante en una investigación es recurrir a conceptos que nos posibilite la comprensión de las tendencias histórica y las prácticas de los sujetos que direccionan esas mismas realidades (Zemelman, 2011).

Zemelman considera que al momento de realizar una comprensión social de la realidad histórica y desde una ‘perspectiva epistémica otra’, es necesario que esta brote de una problematización –formulación del problema– enraizada en los intereses y posicionamientos subjetivos de nuestra experiencia social previa –la del investigador– y de las demandas sociales del contexto, ya que es en esta conjugación cuando la problematización toma significado y se puede desarrollar una *aprehensión* en vínculo con la *explicación* que da sentido a la constitución de un proceso de producción de conocimiento (Zemelman, 1992). Para reforzar esta idea, creemos que es importante ubicar lo que expone Alfonso Torres (2019) frente a la importancia de la subjetividad del investigador a la hora de emprender un proceso de investigación social:

La racionalidad científica y sus procedimientos, así como las teorías y conceptos sociales, son construcciones subjetivas; las prácticas investigativas fueron configuradas y están impregnadas de subjetividad social, al igual que todo esfuerzo por pensarla. El supuesto de exterioridad entre sujeto y objeto de conocimiento ha sido cuestionado, en primer lugar, por las propias ciencias de la naturaleza. La física contemporánea ha puesto en evidencia que la observación está siempre condicionada por la posición / momento de la observación, y que, en la observación, sujeto y objeto se interpenetran: el sujeto es afectado por el objeto y el objeto es afectado por el sujeto. En



la investigación social, el sujeto investigador forma parte del objeto que investiga: la sociedad; está sujeto a su objeto –ocupa un lugar en la estructura social y es estructurado por la cultura– y su objeto está dentro del investigador como representación y prejuicio. Sólo si reconoce que “el sujeto es sujetado y el objeto objetivado, por el orden simbólico” (Ibáñez, 1994, p. 14) y activa procesos reflexivos sobre su propia mirada, sobre las estrategias que emplea y sobre el objeto que construye, así consideraremos una investigación como cualitativa. (p. 23)

Es importante captar esta reflexión porque esto nos hace cuestionar sobre cómo nos ubicamos como constructores de significados frente aquello que deseamos conocer, de qué forma lo hacemos, cómo lo nombramos y cómo me concibo en nombrarlo y, ante todo, cómo la explico sin arriesgar demasiado el lugar que me confiere el problema y el método que determino utilizar.

Volviendo a la reflexión, Zemelman (2011) nos expone una serie de aportes metodológicos de observación y comprensión de la realidad en un momento: *el presente*, y cuyo propósito es contribuir a reconocer opciones que permitan al individuo la transformación de la realidad y para poder reconocer estas opciones para la transformación de la realidad, es necesario pensar esta, “desde la perspectiva de lo objetivamente posible. Para ello debemos enriquecer nuestra visión de ella, pese a que esto suponga trascender los encuadres teóricos disponibles o las experiencias acumuladas” (p. 37).

De modo que lo que propone es recuperar la imaginación y los sentidos de la realidad sin que esto lleve a que se pierda una idea de construcción objetiva del conocimiento, así que recuperar los sentidos y los significados múltiples de la realidad sociohistórica que enfrentamos, implica también desarrollar “una apertura en las posibilidades de apropiación de esa realidad (no sólo racionales e intelectuales) y de los

lenguajes (narrativos, estéticos, argumentativos, imaginativos)” (Torres Carrillo, 2019, pág. 27)

Frente a lo anterior Zemelman (2011) nos propone una serie de criterios metodológicos

que tratan de propiciar la apertura a la realidad para reconocer el campo de opciones posibles, con base en una exigencia de objetividad, la cual es un requisito epistemológico para captar diferentes modalidades a través de las cuales la realidad objetiva se concreta. De ahí que los criterios estén abiertos a diversas formas de instrumentalización las que, en cada caso, deberán ser resueltas por el usuario de la propuesta de diagnóstico. (pág. 69)

Estos criterios metodológicos parten de la problematización, en donde los conceptos y categorías de comprensión son dispuestos para organizar la relación de conocimiento del problema eje con la situación histórica, es decir, que establecer categorías y conceptos articulados y sus posibilidades de contenidos con la situación histórica nos permitirá transmutar y contemplar lugares otros para la comprensión y reconstrucción de los fenómenos sociales de la realidad, que están determinados por supuesto, por la experiencia social del que está produciendo conocimiento, como por la determinación históricas y los conceptos y categorías utilizados de ordenación y articulación (Zemelman, 1992).

Es importante señalar que esta idea sobre la problematización que se da por el constante diálogo y articulación de relaciones conceptuales, subjetivas e históricas, está en relación con los elementos explicativos de un concepto central que desarrolla Boaventura de Sousa Santos (2010): *la hermenéutica diatópica*, hermenéutica que permite interpretar los fenómenos sociales desde un diálogo de conceptos y de articulación relacional con el fin de superar la distancia temporal de los lugares comunes teóricos y hacer posibles un ejercicio de reciprocidad conceptual para

establecer diversas relaciones para conocer y expandir los ángulos de comprensión de la realidad como presente dinámico.

De modo que los criterios metodológicos que queremos adecuar en este ejercicio y ajustados a los planteamientos de Zemelman, van organizados bajo el interés de ubicar el problema de investigación y los contenidos que de él emerge, en las exigencias del contexto en que se inserta y estamos adherido, es decir, desde el *contexto político e histórico* del país en este presente, y articulado obviamente con ese pasado continuo que no termina, y a la misma exigencia investigativa que nos proponemos en términos de las reflexiones pedagógicas sobre aquellos anclajes de la Educación Popular en los procesos organizativos en Colombia como se plantean en los objetivos y en los tejidos de reflexión que se quieren abordar sobre las experiencias de Educación Popular en los procesos de formación política en los escenarios históricos de lucha popular campesina.

Tomando de estos presupuestos previos, los componentes críticos, autónomos y emancipadores frente a lo teóricamente establecido y la idea de aventurarse a aperturas de conocimientos frente a la realidad histórica del presente y coherente con los desafíos políticos de nuestra misma realidad, creemos que es indispensable acercarnos a un nudo de intimación que se ajusta a una categoría sustancial que para nuestros intereses es importante comprender como es el del *pensar histórico* que formula Zemelman, categoría que nos ha por determinar el reconocimiento de aquellos espacios de comprensión de ‘lo históricamente necesario’, de colocarnos ante las circunstancias, “frente a las realidades políticas, económicas, culturales, lo cual significa que estamos construyendo una relación de conocimiento sin que ésta quede encerrada en un conjunto de atribuciones, porque eso sería una afirmación teórica (Zemelman, 2005, p. 65)

Pensar históricamente nos permite comprender la realidad socio histórica, con sus múltiples significados, a utilizar conceptos pertinentes para comprenderla y, ante todo, ubicarnos frente a los procesos históricos, entendiendo a estos, como fenómenos complejos y dinámicos como la misma realidad. Pensar históricamente es comprender que tenemos fenómenos históricos de múltiples vectores y temporalidades, y que no se pueden reducir a una cuestión de causa/efecto, porque sencillamente los fenómenos pueden estar expresos en contextos múltiples y enmarcados en significaciones diversas, ya que en ellos existen sujetos, que a la vez son complejos, y según Zemelman (2001) unos de los grandes desafíos que nos hereda el siglo XX es:

precisamente la complejidad de los sujetos que construyen la historia, que están detrás de los fenómenos que queremos estudiar y que son complejíssimos; sujetos múltiples que tienen distintas características, variados espacios, tiempos diversos, y visiones diferentes del futuro desde las cuales construyen sus realidades. (pág. 16).

El pensar histórico nos lleva a preguntarnos por aquellos proyectos sociales que han quedado sin continuidad o quizás estancados a razón de las profundas complejidades históricas que se enraízan en nuestros contextos convulsos. Para Zemelman es importante en la construcción de conocimiento histórico, comprender las experiencias sociales y políticas de esos proyectos sociales para visualizar por qué se han desarrollado esas discontinuidades, interrupciones e imposibilidades para la reinención (Zemelman, 2012). De modo que el *pensar histórico* es un reconocer para hacer emerger otras posibilidades y a la vez de servir de apoyo a las emergencias de nuevos universos de comprensión y, por tanto, de sentidos. Es hacer del pasado— presente algo inteligible, para reubicarlo en situación de emergencias de posibilidades del ahora, lo que permite dotar de vitalidad al pasado mismo y aquellos proyectos que son hoy experiencias sociales y políticas, para que de nuevo se constituyan como horizontes.

Para Zemelman pensar históricamente implica reconocer que es una construcción política y ante todo cultural, que comprende por lógica, el contexto donde se desenvuelven los sujetos, que son los contextos culturales (Zemelman, 2012). Pensar lo histórico es también pensar lo cultural y que es importante saber que estamos determinados por una mediación cultural, ya que la cultura nos da lo que llamamos: pertinencia de la realidad, por eso es clave inducir la comprensión del contexto histórico desde las dimensiones culturales.

Comprender las dimensiones culturales es pensar el momento histórico, con sus múltiples relaciones de temporalidad, significados y expresiones. De forma que pensar desde lo histórico exige procesar ese momento histórico, lo que significa desarrollar un ejercicio de ampliación de las sensibilidades de nuestra subjetividad y sus modos de enunciación o desarrollar un proceso de autoafirmación frente a la realidad, es decir, de toma de conciencia. Esta toma de conciencia histórica determina necesariamente la inclusión de posibilidades o la búsqueda de estas, de la inserción de la existencia autorreflexiva y del reconocimiento del rol como posibilidad de construcción de la realidad, es decir, de la problematización del ser y su actitud frente a la realidad como horizonte.

Zemelman (2011) señala que “el pensar histórico busca reconocer los espacios en los que se distingue la presencia de lo históricamente necesario, aunque al mismo tiempo es una construcción desde la toma de conciencia de la disconformidad respecto de las circunstancias” (pág. 34) y agrega que el pensar histórico equivale a interpretar la disconformidad, es decir, colocarse en las circunstancias o en otras palabras, colocarse en el momento histórico o concebir el momento histórico como una articulación dinámica (Zemelman, 2011).

El pensar histórico nos ayuda a leer a los sujetos históricamente situados, sus acciones y el universo cultural de sus contextos. También nos denota aproximaciones a lugares de construcción de conocimientos de lo no dado o lo no nombrado y de lo que necesita ser significado. El pensar histórico nos posibilita hacer una lectura de la realidad como una necesidad, y reconocer opciones que nos permita dar cuenta de la historia como necesidad compartida (Zemelman, 1992). De igual forma nos permite romper con los artificios de los racionamientos que se apegan a los horizontes tradicionalistas de la ciencias sociales que han subordinado al sujeto a sus horizontes objetivizantes y la idea es precisamente lo contrario, es ubicarlo y potenciarlo a partir de la necesidad de aperturas a lo no dado, desde la “tensión entre lo advenido y lo que puede devenir” (Zemelman, 2011, pág. 37) es decir, que el pensar histórico nos permite situar a los sujetos en el mundo de las posibilidades históricas, “en un tiempo–espacio determinado y en el marco de un proyecto de sociedad a construir que exige comprender que el sujeto es producido socialmente y que su autoconstitución pugna entre dos campos: lo instituido y lo instituyente” (Martínez Pineda & Cubides , 2012, p. 70). En términos generales resulta atrayente estas reflexiones porque nos permite comprender que el pensamiento resulta de la colocación en un momento, a las circunstancias, pero asumiendo la incompletud de lo dado.

El pensar histórico posibilita el traspaso de lo teórico para comprender los campos de la realidad a estudiar. Torres Carrillo (2019) señala que el pensar histórico nos implica “reconocer el carácter fluido y cambiante de las subjetividades sociales y de las realidades sociales donde se estructuran, y a su vez instituyen” (pág. 25), de modo que para poder reconocer este carácter es necesario “una plasticidad y dinamicidad del pensamiento investigativo” (Torres Carrillo, 2019, pág. 27). Esta idea nos involucra a desarrollar como investigadores sociales “una apertura a la complejidad de lo social, de

colocación frente a dicha realidad como sujetos, su problematización desde el reconocimiento articulado de las diferentes determinaciones y potencialidades presentes y el uso crítico de las teorías y repertorios metodológicos disponibles” (Torres Carrillo, 2019, pág. 26).

Tomando de referencia al profesor Alfonso Torres (2019), nos señala que para Zemelman una de sus preocupaciones fue:

definir un ángulo de construcción de conocimiento que refleje la colocación ante las circunstancias por parte del sujeto en su condición histórica (2002, p. 9). Por eso insistía que el punto de partida de toda investigación era este posicionamiento del investigador con respecto a su presente y sus relaciones con el campo problemático a investigar. (p. 27).

En consecuencia, el pensar histórico está determinado por la colocación ante las circunstancias y desde un esfuerzo problematizador de esas mismas circunstancias y desde el reconocimiento consciente de la historicidad de la realidad y de lo social para que esta nos interpele. De este modo, elaborar reflexiones sobre una realidad histórica nos permite comprender las formas y los modos de percepción del momento y de los sujetos, nos posibilita priorizar la historicidad de los problemas sociales que pretendemos estudiar, por encima de aplicar teorías y supuestos, lo que nos permite ubicarnos en el contexto y en la realidad histórica a la que se está leyendo (Torres Carrillo, 2019)

Asimismo nos faculta a desarrollar aperturas y lecturas permanentes de los contextos históricos, reelaborar o reafirmar apreciaciones, categorías y conceptos, y ante todo, ubicarnos desde la necesidad de actuar sobre el contexto, pensar cambios y transformaciones de todo índole, de tener claro el momento histórico de donde se piensa y se lee la realidad, en otras palabras, nos faculta a comprender la realidad desde la

conciencia histórica como “visión del propio ser social” (León & Zemelman, 1997, pág. 26). Por último, debemos comprender que al recuperar la historia es recuperar la idea que la historia es el espacio de construcción de sujetos históricos.

## **2. Capítulo II.**

### **2.1 La Rosca de Investigación y Acción Social en la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos.**

En este capítulo queremos abordar históricamente la experiencia de trabajo popular del Frente Cultural a partir de la aparición y participación de la Rosca de Investigación y Acción Social en la ANUC entre 1972 y 1974, y lo abordaremos con la intención de reconocer los espacios en los que se distingue la presencia de lo históricamente necesario, con el fin de poder llevar a cabo una contextualización de los procesos históricos a partir del criterio metodológico de explicación de un hecho histórico tratado en el aparte anterior, el cual nos señala que pensar lo históricamente necesario implica reconocer que es una construcción política, es decir, una apuesta no solo por el reconocimiento de los hechos y del contexto donde se desenvuelven las experiencias, sino una apuesta política por los sujetos.

A partir de esto nos dedicaremos a exponer el escenario histórico donde aparece el Frente Cultural a través de la contextualización histórica donde irrumpe la ANUC, así como de la aparición y vinculación de la Rosca en el movimiento campesino en Córdoba y Sucre.



## **2.2 La Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC). Un contexto de tensiones.**

El contexto donde irrumpe se despliega y se radicaliza la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC), es decir entre el año de 1968 y 1972, estuvo marcado por una serie de situaciones políticas, económicas y sociales de época que demarcaron e impactaron de manera significativa la constitución organizativa de la organización popular campesina.

El desarrollo o desenvolvimiento del movimiento campesino se caracterizó por el entremezclamiento de situaciones políticas y sociales específicas durante la primera mitad del siglo XX, tales como el descontento generalizado en los escenarios rurales campesinos por los lentos avances que presentaba la Reforma Agraria desde su promulgación con la Ley 135 de 1961. Dicha situación de descontento propició una acumulación de tensiones entre las bases campesinas y estas a su vez fueron generando situaciones de tensión entre las instituciones del Estado encargadas de llevar a cabo la Reforma Agraria como lo fue el INCORA, así como con los intereses económicos de muchos de los sectores políticos y productivos que tenían objetivos privados con el desarrollo de la Reforma y otros muy al contrario, en contra de los avances llevados a cabo con dichas políticas reformistas, como fueron los terratenientes hacendatarios y los viejos dirigentes conservadores.

Cabe resaltar que esta situación de tensión se profundizó gracias a las crecientes acciones de invasiones de tierras, tanto de terratenientes como de campesinos y sin ninguna regulación por parte del INCORA. Dicha falta de regulación estatal fue generando preocupaciones en el campo colombiano, llevando agudizar aún más el clima de tensión y de controversias políticas y jurídicas sobre la propiedad, tenencia y uso de la tierra en Colombia que se venía debatiendo desde el periodo republicano y que de

alguna manera conllevó a una dilatación de la implementación de una reforma agraria, sumándole a esto, los sectores terratenientes estaban comenzando a conformar y a organizar sociedades gremiales que tenían grupos de presión política organizados en las instancias de gobierno y por tanto colocando en contra balanza a los sectores campesinos.

Hemos señalado que los lentos avances de la reforma agraria, así como las acciones de expropiación sin regulación institucional y el aumento de las presiones políticas de los terratenientes frente a estas acciones, se fueron configurando como factores que hicieron emerger a la ANUC, la cual oficialmente nace producto de los balances y las medidas tomadas por el Comité Evaluador de la Reforma Agraria en el año de 1968. Este comité señaló que la reforma agraria presentaba evidentemente un alto grado de lentitud e ineficiencia de algunas de las políticas reformistas centrales que contenía, debido a que la misma Reforma estaba orientada hacia un enfoque exageradamente desarrollista, es decir, hacia un enfoque basado en el fomento de la producción y la productividad –en lo relacionado con obras de adecuación, distritos de riego y demás obras de desarrollo físico y tecnológico– antes que en los procesos de expropiación y distribución de tierras indebidamente explotadas y en el desarrollo social del campesinado (Parra, 1983).

Estos balances conllevan a la promulgación de la Ley 1 de 1968, interpretada como el segundo impulso hacia la Reforma Agraria en Colombia, la cual dotaba de herramientas más efectivas al Instituto Colombiano de Reforma Agraria, INCORA, para agilizar los procedimientos técnicos y legales que permitieran las expropiaciones de tierras cultivadas y arrendadas por aparceros y que estaban en poder de los terratenientes. La Ley 1 de 1968 buscaba generar los escenarios para llevar a cabo el real desarrollo social de los campesinos y así dar solución al desentendimiento de lo

social que contenía el enfoque desarrollista de la reforma y uno de esos escenarios objetivos estaba situado hacia la promoción, apoyo y coordinación de aquellas organizaciones que tuvieran por objeto el mejoramiento económico, social y cultural de la población campesina, así nace la ANUC, instituida como una organización popular gremial que tenía como propósito apoyar al INCORA con diferentes acciones en campo, especialmente la de aglutinar a los campesinos sin representatividad o sin los medios para acercarse al Instituto para pedir determinadas orientaciones frente a los diferentes procesos de constitución de la propiedad rural.

La ANUC debía “servir de instrumento para agilizar la prestación de servicios en el conjunto de la política agraria, al agremiar al campesinado y facilitar sus solicitudes dándoles a la vez a un acceso parcial a la administración de los recursos” (Parra, 1983, pág. 38). Encargándose así la ANUC de orientar casi todos los requerimientos técnicos y legales, así como los intereses sobre la propiedad rural de la heterogeneidad de sus asociados.

De igual manera es importante señalar que la ANUC tenía la función de hacer “presión” sobre los terratenientes para forzarlos a vender o entregar las tierras improductivas al Instituto, conllevando esto a escenarios de conflicto entre campesinos, terratenientes y el INCORA y a una mayor presión en el gobierno de los sectores terratenientes que comenzaban a plantar resistencia y a colocar frenos a la reforma agraria y a las acciones colectivas de los propios campesinos por medios burocráticos, así como por medios violentos (Parra, 1983).

La ANUC, por estar financiada con recursos estatales debía estar al servicio del INCORA y desarrollar sus acciones según el mandato del instituto, pero también debía estar en cofradía con el grueso y diverso grupo de campesinos que tenían la esperanza de convertirse en propietarios rurales.

A partir del año de 1970, con la llegada del gobierno conservador de Misael Pastrana Borrero, la Asociación entra en una profunda crisis política, económica y organizativa, acabándose así la armonía que tenía la organización campesina con el Estado colombiano. Esta situación de crisis estaba relacionada con muchas de las políticas económicas de Pastrana Borrero giraban hacia políticas agrarias que buscaban acentuar el desarrollo de una economía comercial capitalista en el sector agrícola, lo cual representaría a unos marcados retrocesos de las políticas reformistas, llevando a una serie de crisis al propio movimiento campesino, y más aún cuando ya se estaban presentando los efectos adversos del cambio de la estructura productiva del sector agrícola, causado por la auspiciada modernización (tecnificación de los procesos productivos) y la penetración misma del capitalismo en el agro colombiano, a partir de los años 50, la cual conllevó a desarrollar nuevas relaciones sociales de producción y cambios en el mercado de trabajo que el campesinado en su conjunto, no era capaz de responder; sometiéndolos así, hacia una competencia despareja frente al desarrollo agrícola de las grandes empresas, ingenios y haciendas ganaderas del país.

Los efectos adversos del cambio estructural del sector agrícola, así como las limitaciones e ineficiencia que presentaban las políticas reformistas, llevó a una gruesa población campesina a los centros urbanos de las principales ciudades, estimulados a su vez por los sueños de trabajo en el naciente sector industrial del país. Situación que sin duda conduciría inevitablemente a unos procesos profundos de descomposición social de los campesinos (LeGrand, 1988).

Este escenario comenzó a demarcar una serie de tensiones sociales y políticas en la organización campesina que inusitadamente conllevó al desarrollo de posturas más radicales e ideológicamente más ubicadas entre los dirigentes nacionales de la Asociación, especialmente referidas a posturas políticas que exigían la aplicación

acelerada de la Reforma Agraria, en lo concerniente a los procesos de expropiación de latifundios y a las legalizaciones de los derechos de posesión de las tierras tomadas, con el propósito puesto de ir frenando el deterioro de las condiciones de vida del campesinado y su acelerado proceso de descomposición (Fals Borda, 2002; LeGrand, 1988).

El Encuentro Nacional Campesino en el año de 1971 en Cúcuta y la creación del documento final del encuentro llamado: *Plataforma Ideológica*, representó el punto de inflexión por donde se iba a dar inicio al despliegue real y tránsito del proceso de radicalización de la ANUC. En el encuentro se señaló claramente que los problemas a los que se veían abocados los campesinos eran resultado de la lentitud de la Reforma y que por ende se hacía necesario desarrollar y llevar a cabo una serie de instrumentos y mecanismos más prácticos, con posturas políticas más centradas en la acción que permitieran agilizarla.

El documento aborda la necesidad de autonomía frente a las instancias institucionales que de alguna forma representaban las ataduras del mismo proceso de Reforma. La Plataforma Ideológica de la ANUC reafirmaba el criterio de ser una organización independiente, que buscaba por medio de la lucha organizada y permanente del campesinado y en alianza con la clase obrera y demás sectores populares comprometidos con el cambio estructural de la sociedad, ser un instrumento para llevar a cabo esos mismos deseos de cambio y de liberación de todas las formas de dominación y coloniaje (ANUC, 1971)

La publicación de la Plataforma Ideológica de la ANUC con su lista de reivindicaciones representó el alcance político que tenía y quería fortalecer la organización campesina. Su detallada exposición de motivos para llevar a cabo la radicalización de la Reforma que incluían motivos tales como las exigencias de

legalización de las invasiones y expropiaciones de tierras sin indemnización, así como la creación de organismos que dirigieran las expropiaciones sin tener en cuenta los procedimientos burocráticos del INCORA, llevó a un abierto rompimiento político con el gobierno, pero que a su vez este fue limitando a la organización campesina en términos presupuestales y logísticos.

El predominio de las ideas políticas de algunos grupos de izquierda sobre determinados dirigentes de la ANUC, así como de la influencia de determinadas posturas ideológicas socialistas en la creación del manifiesto campesino de la Plataforma Ideológica de la Asociación como la del Partido Comunista de Colombia–ML, llevó a Pastrana Borrero a señalar al movimiento campesino de estar infiltrado por comunistas y guerrilleros, dando pie a la eliminación de todo apoyo económico que recibía la Asociación y justificando así, los procesos judiciales hacia los dirigentes campesinos. Dichos procesos judiciales, de acusación y persecución iban atados a una serie de acciones represivas contra todo el movimiento campesino; expresado en desalojos violentos, encarcelamientos y asesinatos de campesinos y dirigentes en todas las regiones del país donde hacía presencia la ANUC.

A pesar de estas acciones del gobierno, la dirigencia nacional de la ANUC en el año de 1972 convoca en Sincelejo, Sucre, el II Congreso Nacional Campesino, con la intención de depurar la visión que tenía el gobierno frente al movimiento campesino y hacia la misma Asociación, pero dicha convocatoria es declarada como nula e ilegal por el gobierno de Pastrana, colocando así mucho más al margen a la ANUC de toda política reformista y hacia una evidente desarticulación organizativa, situación que llevó a la dirigencia a asumir una posición mucho más radicalizada y en abierta oposición al gobierno y a sus políticas agrarias.

Cabe decir que el congreso también estaba pensado con el objetivo de poner afanosamente frenos a las claras intenciones de división en el movimiento campesino de la ANUC, que ya se venían presentando a punta de represión y con maniobras políticas fragmentarias que llevaban a cabo algunos representantes del gobierno y los terratenientes en la organización campesina. A partir de este Congreso, claramente autonómico en Sincelejo, el gobierno de Pastrana Borrero junto a empresarios agrarios y grandes terratenientes organizaron en ese mismo año en la ciudad de Armenia, un congreso en paralelo, posicionado como “legal”, con el fin de dividir a la dirigencia de la ANUC e instaurar una nueva y dócil organización campesina, con una línea de acción claramente productivista. A este sector institucional de la ANUC se le conoció como la ANUC– Línea Armenia.

De modo que entre los años de 1971 y 1972, se presenta en el movimiento campesino un claro proceso de retroceso de las políticas reformistas agrarias impulsadas por el gobierno de Lleras Camargo y abanderada tajantemente en su conjunto por la ANUC. Cabe reseñar que estos retrocesos reformistas se venían ya experimentando desde el año de 1970 con las políticas de gobierno de Pastrana Borrero y gracias también a la resistencia de los terratenientes que contaban con grupos de presión política en el gobierno nacional, que con múltiples maniobras burocráticas y acusaciones de filtración comunista al movimiento campesino, llevaron no solo a limitar las acciones reformistas de la ANUC sino a dividirla organizativamente en dos líneas políticas: Línea Sincelejo, la más radicalizada y Línea Armenia, la más institucional.

La ANUC–Línea Sincelejo, constituida por un sector de campesinos ideológicamente más radicales y menos agenciados institucionalmente, y que contaba con una plataforma de acción política de mayor alcance y maniobrabilidad, teniendo como principal centro de acción a los departamentos de Córdoba y Sucre, lograron

llevar a cabo procesos autonómicos de aplicación y radicalización, a su modo, de la Reforma Agraria, a partir de variadas acciones colectivas organizadas hacia la recuperación y expropiación de latifundios e invasiones de tierras improductivas, con el fin de organizarlas en cooperativas de autogestión campesina, a expensas de las directrices del INCORA y del gobierno nacional. Esta situación sobrellevó a unos escenarios de tensión más agresivos con las instituciones estatales y a un franco deterioro de las relaciones con el INCORA.

La Asociación, influenciada por las ideas Maoístas del Partido Comunista de Colombia–ML proclamó abiertamente sus banderas políticas hacia la lucha por la tierra a través del llamado a la unidad de los oprimidos contra los opresores, es decir, de la alianza de obreros y campesinos contra los burgueses y patronos, así como de estar en contra del gobierno nacional. Este llamado a la unión estaba determinado por la integración y confluencia de intereses de clase entre obreros y campesinos que debía constituirse como el principio para la acción política que llevase a la obtención del poder para el pueblo en su conjunto (Fals Borda, 1975).

Todas las proclamas de lucha política de la ANUC se fueron entrelazando con las consignas y objetivos ideológicos de las ideas proletarias de acción política, especialmente las relacionadas con los objetivos de terminar con toda propiedad sobre los medios de producción, entre ellas la tierra. Consignas que se fueron amalgamando en los pregones de lucha de la ANUC: “tierra sin patrón” y la “tierra para el que la trabaja”. Cabe señalar que todas estas situaciones que se iban presentando en la ANUC–Línea Sincelejo tuvieron un elemento denominador clave y fue el apoyo de diversos grupos venían trabajando en procesos de formación políticas con los cuadros y dirigentes políticos de la Asociación (Fals Borda, 1975).



De forma que los reflujos organizativos experimentados por el movimiento campesino, antes y durante el II Congreso Nacional de Sincelejo de 1972, y superados con la abierta separación con las políticas agrarias del Estado, con previa aceptación colectiva de que no se podía esperar ninguna situación favorable con las políticas regresivas de reforma de Pastrana Borrero, llevó al movimiento campesino a profundizar todas sus acciones colectivas –movilizaciones, marchas, paros cívicos, invasiones de tierras, etc.– que tuvieron efectos en ciudades como Bogotá, que desde los hechos del bogotazo no se había vivido tal confluencia de masas populares en las calles y plazas públicas.

La ANUC, fue entonces después de 1972, un movimiento totalmente apoyado por sus propias bases, logrando así autonomía total y tangencial con el gobierno, que a pesar de llevar a cabo medidas autogestionadas de financiación y recibir apoyo de muchos sectores afines, padecía de profundos problemas financieros y de control organizativo en algunos Comités veredales y municipales, que en su gran mayoría los miembros solamente participaban porque necesitaban de las tierras y suplir sus necesidades de corto plazo.

A pesar de que para el año de 1972 se habían llevado a cabo masivas oleadas de invasión y recuperación de tierras, no se logró sostener todas estas recuperaciones por las constantes represiones violentas por parte del gobierno y terratenientes que desarrollaron fuertes acciones de desalojo. Según Ernesto Parra (1983), la ANUC no tenía para los primeros meses de este año una importante capacidad organizativa y administrativa para apoyar de manera sostenida todas las acciones de la Asociación en las diferentes regiones del país; puesto que “en muchas partes del país estas recuperaciones de tierras tenían un carácter improvisado y muchas veces casi espontáneo” (Parra, 1983, pág. 110).

En esta coyuntura de reinicio y reactivación de las acciones de la ANUC, a pesar de las fallas organizativas y el carácter poco planificado de las acciones de recuperación de tierras y defensa de estas, llega ha mediado de 1972 la fundación Rosca de Investigación Acción de la mano de Orlando Fals Borda al movimiento campesino, lo cual constituyó a nuestro modo de ver un momento clave para la explicación de la pervivencia del movimiento después de la arremetida estatal contra la ANUC.

La Rosca llegó inicialmente ofreciendo a la asociación todo tipo de apoyo técnico, financiero y jurídico, gracias a las influencias que tenía el maestro Fals Borda en las instancias de poder y decisiones regionales y que en gran medida potenciaron los procesos jurídicos de legalización de las tierras ocupadas, desarrollándose así mayores procesos de planificación de las acciones.

La Rosca comenzó a apoyar a la ANUC jurídicamente Estos apoyos eran bien vistos por las dirigencias veredales y municipales, así como entre las bases de la ANUC, que veían como fundamental la presencia de estos “extraños comprometidos” identificados con la lucha de los campesinos locales entre las actividades organizativas de la Asociación, y no solo porque los acompañaban jurídicamente, sino porque les mantenía la moral en alto.

Prácticamente la Rosca asumió el papel que desarrolló en su momento el INCORA, asesorando técnica y más planificadamente las acciones en terreno y de oficina de la organización, a la par que iba influyendo de manera significativa a elevar el grado de conciencia del campesinado a través de los procesos de investigación. La Rosca logra arropar en su conjunto a la ANUC gracias a su función multivariada. Obtiene y logra canalizar el apoyo de otros grupos sociales de la región como pequeños propietarios y comerciantes, que fueron claves en los procesos de legalización de tierra, así como de ciertos grupos de intelectuales y estudiantes de la región (Parra, 1983). De

la vinculación explícita entre la Rosca de Investigación y Acción Social con la ANUC lo abordaremos en un siguiente aparte de este capítulo.

En resumidas cuentas, la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos, concebida inicialmente como un instrumento de persuasión que tuvo el Frente Nacional para frenar todos los levantamientos populares que se habían reactivado de forma exponencial a finales de los años sesenta, logró convertirse en una asociación autónoma e independiente del gobierno, movidos por las circunstancias y por la misma imposibilidad y negación de diálogo horizontal y concertado por parte del gobierno y que de forma radical lograron dar soluciones a todas las pretensiones políticas del conglomerado del campesinado, así como a muchos de los viejos conflictos agrarios asociados con el ‘problema de la tierra’.

A pesar de que la ANUC en sus inicios funcionó como una organización parecida a las organizaciones sindicales de obreros y campesinos de los años 20 y 30, las cuales se orientaban a fortalecer la economía campesina a partir de la canalización dentro de las instituciones estatales de todos los intereses e inconformidades de los sectores campesinos (Archila, 2002), a nuestro entender, la ANUC se fue constituyendo, a pesar de ser una entidad nacida en la institucionalidad, como una asociación que abanderó el objetivo de modificar la arcaica y colonial estructura agraria del país, para así poner frenos a los problemas agrarios que producía.

Cabe decir que para este período muchos de los problemas agrarios se estaban nutriendo de manera acelerada con la agudización del fenómeno de violencia política y de agitación social que se venía expresando, desde los dos decenios anteriores, en las zonas rurales y se ampliaban peligrosamente a las ciudades del país,

A la par de la opinión anterior, Fals Borda (2002) señala que la ANUC se había posicionado bajo los objetivos de “llevar justicia y calma a los campos colombianos

más azotados por la violencia política y económica que se había desatado sobre el país desde los años 40” (pág. 162A). Y acomoda este señalamiento diciendo que, en la región de los hoy departamentos de Córdoba, Sucre y Bolívar, el fenómeno de la violencia fue utilizado por los latifundistas para apoderarse de las tierras de frontera agrícola que colonos habían venido trabajando y que, por la ausencia o dificultades de una regulación legal estatal sobre las tierras, los terratenientes las apropiaban de forma ilegal y objetivamente con la violencia.

El Estado en su momento comprendió, así como el mismo campesinado, que para poder dar solución a la situación socioeconómica que vivía la mayoría de la población rural en el campo, se hacía necesario e inmediato llevar una reforma agraria centrada en las reivindicaciones e intereses agrarios de los campesinos, las cuales orbitaban alrededor de la lucha por la propiedad de la tierra. Igualmente se comprendía que esto no se podía llevar a puerto sin el fortalecimiento de las organizaciones campesinas. De forma que bajo estas complejidades sociales y políticas es que nace la ANUC, la cual para los años de 1970 a 1972 iba tener su más grande escollo con la institucionalidad y de freno de su natural desarrollo político, pero también su período de mayor algidez de acción organizativa. Es en este clima social y político de confrontación entre el Estado y la organización campesina por donde La Rosca comienza a dar sus primeros pasos.

Es importante señalar que, en este contexto de confrontación, el Estado veía los conflictos sociales a la luz de la interpretación de la doctrina de seguridad nacional y de los fundamentos de la guerra fría. En este escenario y bajo estas miradas, el aparato institucional se orientaba, por tanto, a la defensa del Estado y de las instituciones, en vez de la ciudadanía y el conjunto de la sociedad.

Con esta redefinición institucional, el Estado comienza a ver a la población civil organizada, como objeto de la acción coercitiva; la cual se profundizó gracias al aumento e intensificación de las dinámicas organizativas y de movilización social que se presentaban producto de las tensiones sociales generadas por la pervivencia de los problemas agrarios latentes y los retrocesos reformistas que, en últimas, llevaría al nacimiento de otras expresiones organizativas íntimamente ligadas a la lucha armada como las guerrillas campesinas que fueron fortaleciendo a lo que en su momento fueron las FARC-EP (Medina Gallego, 2009). Con esto se puede decir que el retroceso de las reformas agrarias transitó paralelamente con del fortalecimiento de las organizaciones campesinas, así como del nacimiento de los movimientos armados.

Por consiguiente, estas situaciones conllevarían a que se acrecentara la violencia en los sectores rurales y a intensificar de forma desproporcionada los fenómenos de marginalización social de los campesinos, así como los problemas agrarios asociados al aumento de la concentración, apropiación, adjudicación y monopolización de tierras baldías y de propiedad campesina, de forma ilegal por parte de los terratenientes.

Todas estas situaciones favorecieron a que se desarrollaran por igual, fenómenos de movilidad de población campesina a los centros urbanos del país o a nuevas zonas de colonización, mucho más alejadas y de difícil acceso. Y la población que no desarrolló estas acciones y pervivían a estas situaciones, se fue radicalizando y resistiendo de forma decidida en los escenarios agrarios de disputa (LeGrand, 1988).

De modo que el problema de la tierra, la exclusión política y la violencia, se fue convirtiendo en la triada causal que generaría la explosión de un sinnúmero de acciones colectivas y organizativas de más alta intensidad jamás vividas en la historia del país.

Tanto los retrocesos reformistas como el cambio de concepción del Estado frente a los problemas sociales, así como la intensificación de la violencia en el campo

colombiano, no fue más que el resultado de la evidente incapacidad y desidia del Estado para llevar a cabo las políticas sociales y reformas de largo aliento que necesitaba el país y así cambiar las condiciones objetivas de miseria y de exclusión que perviven hasta el día de hoy en los sectores campesinos, víctimas históricas y directas de todas estas situaciones de marginalidad, exclusión y violencia.

Por estos motivos, para la década de 1970, se estaban presentando en el país una variada y rica eclosión de formas de organización social y políticas, que se expresaban con diversas acciones colectivas como huelgas, ceses de actividades, movilizaciones, marchas o mítines; invasiones de tierras urbanas, tomas de entidades, bloqueos de vías, entre otras, que muchas veces terminaban en confrontaciones directa con la fuerza pública, pero en últimas eran los únicos y útiles mecanismos de presión contra el Estado (Archila, 2002).

Muchas de las organizaciones sociales nacidas en ese contexto de tensión social fueron encausando los deseos de transformación sociopolíticas de los sectores más vulnerables. Es importante señalar que estas organizaciones se vieron muy favorecidas por el clima político e ideológico revolucionario que se venía desarrollando en todo el contexto latinoamericano desde la revolución cubana.

De modo que al inicio de esta década el país estaba vivenciando un periodo de auge y consolidación de múltiples y heterogéneas formas de expresión colectivas y organizativas que iban desde las mismas organizaciones agraristas e indigenistas, hasta experiencias organizativas de pobladores urbanos migrantes que, desde las acciones colectivas por el derecho a la ciudad, fueron tomando lugar desde los escenarios barriales, en las dinámicas crecientes de descontento social que estaba viviendo el país (Torres Carrillo, 2013; Archila, 2002).

Es significativo demarcar que es en esta década cuando más se agudizan las contradicciones sociales, políticas y económicas de la sociedad colombiana, que están íntimamente relacionadas con la consolidación de un nuevo modelo de acumulación capitalista y desarrollista industrial agenciado por las élites políticas y económicas del país; así como de los efectos sociales directos que tuvo el desinterés del Frente Nacional por las aspiraciones democráticas y socioeconómicas del grueso de la población colombiana, lo que llevaría a poner en práctica políticas de desarrollo inequitativas y en privilegio de los intereses empresariales y económicos de la burguesía criolla, derivando orgánicamente a un clima de progresivas crisis de legitimidad del Estado en mano del Frente Nacional.

Entre los elementos explicativos de la agudización de estas contradicciones es importante hacer mención sobre los procesos de proletarización que se venían desarrollando entre la clase obrera del país a raíz de la consolidación organizativa del movimiento sindical en Colombia, así como de otras expresiones de organización política de izquierda menos moderadas y que estaban transitando ideológicamente bajo el presupuesto de llevar a cabo procesos revolucionarios o de transformación social desde la combinación de todas las formas de lucha, determinando nuevos procesos orgánicos y de consolidación de fuerzas conjuradas hacia proyectos revolucionarios. Situación que sin duda proporcionaría otros tintes políticos al ya ambiente de tensión social en que estaba envuelto el país.

Por último, no sobra señalar el papel desempeñado por el movimiento estudiantil e intelectual en estos procesos de agudización y contradicción, los cuales al adoptar posturas de compromiso científico y de acción política frente a los problemas de los sectores populares, fueron nutriendo con nuevos matices este escenario de agudización

y contradicción a partir de otras formulaciones críticas sobre el origen de los problemas sociales y la perspectiva de sociedad que debíamos tener como país (Zamosc, 1992).

Es importante incorporar en este bosquejo contextual que el acelerado desarrollo de los distintos movimientos sociales en esta década, con sus ritmos y aspiraciones, estuvieron potenciadas gracias a las tendencias explícitas de manifiesto desencanto, por parte de las clases medias ilustradas y los académicos, por la falta de representación en las estructuras e instituciones del Estado, lo cual conllevó a acelerar aún más los escenarios de crisis y tensión política entre el régimen del Frente Nacional y la sociedad civil y por tanto, llevaría a estimular justificadamente el aumento de las acciones colectivas de las clases populares. De modo que el escenario de surgimiento de los movimientos sociales ciñe con la inestabilidad de las socavadas bases de legitimidad del Estado durante el Frente Nacional, especialmente por la permanencia de los profundos problemas sociales y políticos no resueltos por las políticas de Estado del mismo Frente Nacional, a pesar de que estos se adjudicaron en calidad de “salvadores de la democracia” y de ser los cultores de las promesas de civilizar las contradicciones políticas, no compensaron obviamente los deseos de democracia y demandas de la mayoría de la sociedad colombiana (Parra Escobar, 1983).

### **2.3 El saber científico en un clima de tensiones políticas.**

Es significativo situar en este ejercicio de contextualización, la importancia de los acontecimientos históricos internacionales durante la década del 60 y comienzo del 70 en su vital relación con los procesos de radicalización política de los sectores estudiantiles y académicos y la misma Ciencia Social colombiana, así como de la influencia que fue generando estos acontecimientos en los escenarios de reivindicación y lucha popular.



Ya habíamos señalado sucintamente que en las dinámicas organizativas y de movilización social y política a comienzo de la década del setenta participaron activamente un importante número de estudiantes e intelectuales de todo tipo; muchos integrantes de estos sectores, inspirados por las posibilidades históricas de confrontación política y cultural, fueron asumiendo una serie de disposiciones y apuestas de gran valor dentro de los procesos organizativos de algunas de estas organizaciones y espacios de movilización, en tanto a lo estratégico (político), lo logístico-operativo y hasta en las acciones directas en los diferentes frentes de lucha y en los que se llevaron a cabo trabajos específicos de incentivación y animación de los procesos de resistencia, así como apoyando políticamente a líderes y a los cuadros políticos de estas organizaciones.

En este escenario de confluencias entre los sectores estudiantiles e intelectuales de la sociedad con el movimiento social es importante mencionar que, en Colombia, así como en algunos países latinoamericanos, se estaban llevando a cabo una serie de rupturas con los horizontes históricos, políticos y epistémicos instaurados durante décadas por los centros de poder hegemónico de Europa y Norteamérica. De forma que en este escenario se comienzan a presentar en Colombia una serie de tensiones, del orden de lo político y lo social, relacionadas con las crisis de los proyectos de nación y las metas de modernización del Estado; lo cual llevó a abrir nuevos espacios de tensión entre los estamentos culturales como fueron las universidades que, con el cambio de percepción de los problemas sociales, políticos y económicos de los gobiernos del Frente Nacional, se fueron radicalizando, ya que también para estos años se estaba profundizando la crisis del aparato universitario del país que reclama más autonomía, democracia y cogobierno universitario, así como el freno de la represión estatal (Archila, 2002).

Esta radicalización de la universidad, del estudiantado y académico, se potencializó con la puesta en práctica de muchos de los paradigmas marxistas para la acción social y política que se venían expresando con gran fuerza en Latinoamérica a partir de los procesos de transformación social y cultural que estaba produciendo la experiencia revolucionaria cubana, así como la guerra revolucionaria del Vietnam, la consolidación de la revolución cultural China, las acciones del Mayo del 68 en París, las oleadas de movimientos antimperialistas y de liberación nacional que estaban sacudiendo el poder colonial en muchas regiones de África y Asia, y en nuestro contexto latinoamericano, lo expresado con el triunfo e impacto de la Unidad Popular en Chile en 1970; sin olvidar el impacto que tuvo la muerte del Che en Bolivia y la vinculación y muerte de Camilo Torres Restrepo en el proceso guerrillero del ELN, lo que llevó como nunca antes al mundo académico y al movimiento estudiantil del país a acelerar como nunca antes la creación de escenarios posibles para la lucha de clase y los procesos políticos de toma del poder político, que claramente la universidad, así como “las ciencias en general, y las ciencias sociales en particular, no podía quedarse al margen de la contienda” (Fals Borda, 1971, pág. 9)

Este contexto marcó determinantemente a la universidad y a la intelectualidad del país, que conscientemente vincularon a las ciencias y el saber académico con el compromiso político, entendiendo que se hacía necesario poner al servicio de los intereses populares el saber científico y académico.

Fals Borda (1971), señala que durante la década del sesenta se llevaron a cabo importantes estudios e investigaciones sociales que sobrellevaron a replantear la teoría social positivista y los métodos de investigación que habían venido rigiendo los procesos de investigación social en los centros académicos del país. Estos estudios e investigaciones sociales se fueron desarrollando a partir de nuevos marcos teóricos y

metodológicos allegados de las corrientes renovadas del marxismo y de las críticas hacia el academicismo positivista, por consiguiente, llevaban en su base científica, una forma expresa de ser útil a las necesidades de transformación de la sociedad, con un contenido fuertemente axiológico y de valoración política en el ejercicio investigativo.

De modo que las universidades se estaban constituyendo en escenarios para la elaboración de nuevas experiencias de trabajo científico y en espacios fecundos para la verdadera toma de conciencia de las problemáticas sociales, políticas y económicas de la sociedad colombiana. Muchos estudiantes y profesores universitarios motivados por la idea de que “no basta conocer la realidad, sino que es preciso transformarla” (Fals Borda, 1971, pág. 20) se ven arrastrados a aprender de las nuevas experiencias históricas y a imbuirse en los procesos de proletarización en marcha en el país, es decir, a organizarse radicalmente en los escenarios de acción colectiva de las masas populares a partir de la misma producción científica intencionada y con técnicas más eficaces y dirigidas hacia la acción política de los agentes de transformación (Parra Escobar, 1983; Archila Neira, 2003).

Al orientarse los fines sociales de conocimiento científico, estudiantes e intelectuales, replantean a su vez el problema del método investigativo de las mismas ciencias sociales. Ahora basados en una apuesta moral y de actitud comprometida por las causas sociales, direccionan todo su quehacer científico como “un esfuerzo de contención a la dominación imperialista y a la explotación oligárquica tradicional, por un lado, y por el otro, como un medio de afianzar y dinamizar las organizaciones auténticamente populares, equipándolas aún mejor para lograr sus objetivos” (Fals Borda, 1971, pág. 21).

Es importante remarcar que esta progresiva toma de conciencia de estudiantes e intelectuales universitarios se ve revigorizada con la irrupción de la lucha armada

liderada por organizaciones subversivas, urbanas y de origen estudiantil, así como del impacto que tuvo el fenómeno de Camilo Torres como académico y revolucionario, que al estar vinculado con la Universidad Nacional, participó en la “fundación de la Facultad de Sociología al lado de Orlando Fals Borda, con quien también trabajaba en uno de los más importantes esfuerzos en el país por poner las modernas ciencias sociales al servicio de la interpretación de la realidad” (Parra Escobar, 1983, p. 49).

Estas situaciones llevaron a muchos grupos de estudiantes e intelectuales (científicos sociales) a circunscribirse como una fuerza contestataria afianzada en un compromiso radical por las luchas sociales y por las causas populares.

El impacto de Camilo Torres en el mundo académico posibilitó un mayor desenvolvimiento de los intelectuales hacia las acciones colectivas en marcha en el país.

Según Ernesto Parra (1983):

Camilo creó un especial clima de ética del compromiso dirigida a los intelectuales, y que, en las condiciones de poderosa seducción del ejemplo cubano, obró como importante factor de motivación ideológica para el paso de los intelectuales y de la pequeña burguesía al radicalismo social. El legado ideológico y de conducta ejemplar dejado por Camilo y ampliado por los grupos político-militares que hablaban en su nombre, dejaba un generalizado criterio moral de compromiso “hasta las últimas consecuencias” que en las filas de la pequeña burguesía y en los intelectuales, explican en gran parte muchos de sus proyectos de participación política. (Parra Escobar, 1983, p. 49)

Este ambiente de compromiso de los intelectuales por las causas populares se potencializó y se materializó con mayor ímpetu gracias al advenimiento e incorporación de nuevas apuestas epistémicas y metodológicas de investigación social provenientes de los paradigmas críticos renovados, los cuales llevaron a reorientar las técnicas de investigación hacia propuestas investigativas con metodologías participativas,

posibilitando el desarrollo de nuevas perspectivas críticas en la investigación y en los procesos de intervención social, ahora, a favor de las necesidades populares de transformación.

La incorporación de las nuevas apuestas de investigación, con las exigencias de participación –inserción–, tensionaron todos los componentes subjetivos, éticos y epistémicos en los procesos de investigación entre los mismos investigadores.

El reto ahora era llevar a cabo investigaciones basadas en las técnicas participativas o de inserción con el objetivo de construir acercamientos y experiencias de “análisis, síntesis y sistematización” de los elementos adquiridos en los procesos de investigación con las comunidades, para que estas mismas puedan llegar a un mayor entendimiento de la realidad objetiva y transitar hacia los cambios necesarios de esas mismas realidades. Esta nueva propuesta de investigación tenía como objetivo “aumentar la eficacia de la práctica política y brindar fundamentos para enriquecer las ciencias sociales que coadyuven al proceso” (Fals Borda, Bonilla, Castillo, & Libreros, 1972, pág. 25)

Este cambio de percepción de la investigación conllevó a configurar entre los investigadores sociales, nuevos agenciamientos científicos y políticos que se fueron orientando hacia apuestas más decididas y eficaces de la práctica investigativa en un claro amalgamamiento de pensamiento y acción, es decir, como sujetos en *praxis*, y a un compromiso decidido hacia las transformaciones sociales del país.

Asumir estas prerrogativas de compromiso, así como el saber y el quehacer científico al servicio del pueblo, conllevó necesariamente a concebir a todos los procesos científicos como respuesta a la situación de opresión y de miseria del grueso de la población, siendo estos a su vez un instrumento de apoyo en la construcción de

saberes potencialmente dinamizadores de los mismos procesos de organización y de todas las prácticas de lucha de clase.

Esta nueva mirada de disposición del saber científico, orientada a ser útil y al servicio del pueblo, objetivamente implicó en los científicos sociales asumir una actitud científica diferente y adoptar el compromiso y la acción en pro de la acción política a favor de las clases populares y por tanto, a razón de la construcción de nuevos saberes colectivos en los escenarios de lucha y de prácticas emancipadoras, lo cual se traduce en unas disposiciones morales y científicas desde otros lugares de enunciación. Al estar la ciencia al servicio de la causa popular y de los oprimidos, lleva a producir una nueva ciencia y cultura “como natural emanación de nuestra conciencia social” y como una moral nueva, “sin pensar en contraprestaciones y ventajas egoístas; y a elegir temas y enfoques adecuados a nuestra conciencia de los problemas y a concederles prioridad; a determinar “grupos claves” con los cuales comprometernos y de los cuales aprender; y a actuar en consecuencia” (Fals Borda, 1971, Pág. 58).

Fals Borda (1997) señala que estos escenarios de inserción posibilitaron a los intelectuales tomar decisiones de intervención definidas y consecuentes con las comunidades y abordar con ellos la búsqueda de respuestas frente a las necesidades de transformación radical de su misma realidad. Estos ejercicios de inserción determinada llevaban a adentrarse en el saber popular y al diálogo e intercambio de experiencias históricas de vida del pueblo, lo cual se volvía a su vez “una necesidad táctica para lograr edificar con estos, escenarios de creación de saberes, basados en *el sentido común* y la formación de opinión pública basada en la conciencia colectiva de clase y consciente de su verdadera historia” (Pág. 49). Estos elementos ofrecen según Fals Borda, la posibilidad de enriquecer a la “ciencia del proletariado” o ciencia popular, con

una visión solidaria de la realidad y preocupada por el direccionamiento de los cambios que esa misma realidad exige.

Dicha ciencia popular debía estar encaminada a ser una ciencia proyectiva fundamentada en elementos dialogantes, participativos y vinculados con las bases, con pautas cooperativistas en los procesos de investigación, que tome en cuenta el desarrollo político y social de las masas e inspirada en los intereses de la clase explotada; es decir, una ciencia útil para la lucha de clase y para la acción política.

Este nuevo paradigma de “Ciencia Popular” tiene en esencia los fundamentos generales del materialismo histórico y las demás disciplinas sociales, pero específicamente los elementos de la teoría crítica marxista que implica desarrollar necesariamente una teoría de la praxis (Fals Borda, 1997). Este nuevo paradigma conllevó a rescatar el concepto de praxis como elemento tensionante en la renovación del pensamiento marxista en las ciencias sociales y del problema no resuelto por la ciencia social tradicional, es decir, la brecha entre teoría y práctica en la investigación.

La comprensión dialéctica del sujeto-objeto en la praxis investigativa que contiene lo que se llama “Ciencia Popular”, determinó diametralmente redefinir la ciencia social y el papel del investigador, así como de la cuestión metodológica a razón de lo que implica en un proceso de investigación las concepciones de compromiso y acción.

Es en este escenario de compromiso y de nuevas aprehensiones científicas en el cual se inscribe el proceso de praxis de la Rosca, vinculada a la propuesta de Ciencia Popular, la cual, como la pretendemos ubicar, jugó un rol clave en los procesos de activación, dinamización, concientización y elevación de las luchas del campesinado.

## **2.4 La Rosca inserta en el movimiento campesino.**

Ernesto Parra (1983) en su libro “La investigación-Acción en la costa atlántica” y Víctor Negrete en su libro “La IAP en Córdoba (1983) señalan que la Rosca de Investigación y Acción Social hace aparición en los departamentos de Córdoba y Sucre y en la organización campesina de la ANUC en el año de 1972 con la llegada de Orlando Fals Borda a la ciudad de Montería con el objetivo de acompañar el proceso organizativo de la ANUC a partir de un apoyo técnico permanente en sus diferentes campos de actividades.

Como ya hemos tratado en los apartes precedentes, la Rosca de Investigación y Acción Social tuvo su aparición en los escenarios de mayor tensión social y política de la década de 1970. Puntualmente el despliegue de la Rosca se da en el período de mayor radicalización del movimiento campesino en Córdoba y Sucre, inscribiéndose a su vez en el clima generalizado de compromiso científico y político de los intelectuales del país con la búsqueda de escenarios para la transformación de la realidad social de los sectores vulnerables de la sociedad. De manera que la Rosca se ampara al objetivo y a la vez necesidad, de poner a las ciencias sociales al servicio de las causas populares, orientada al apoyo de las acciones directas y políticas de las masas explotadas a partir de la construcción misma de escenarios colectivos para la interpretación y comprensión de dichas realidades, es decir, escenarios de construcción, intercambio y diálogo de saberes.

Para Víctor Negrete (2013) la “Rosca representó un esfuerzo importante de científicos sociales que buscaban nuevos caminos, después de serios replanteamientos de sus actividades académicas, que los condujeran a la construcción de una ciencia social comprometida y autónoma” (pág. 87). De forma que la búsqueda de estos nuevos



caminos conducía a la Rosca a escenarios de puesta en práctica de actividades investigativas participativas y dialogantes, que se situaban hacia la comprensión y transformación de las estructuras sociales, políticas y culturales de la sociedad. Esta búsqueda, determinadamente, los llevaban a involucrarse en pensamiento y acción, en los procesos sociales e históricos de lucha de las bases.

Según sus estatutos, la Rosca pretendía:

- Realizar trabajos y buscar nuevos métodos de investigación y acción social, destinados a aumentar la lucha por la justicia y la autonomía en Colombia.
- Estimular la adopción de una perspectiva propia, para el estudio de la realidad nacional y para la actividad social, política y económica.
- Promover la dinamización de la cultura popular necesaria para este esfuerzo simultáneo de construcción científica y cambio social.

Llevar a cabo la búsqueda de nuevos métodos de investigación y acción social, conllevaba a tensionar inevitablemente los criterios científicos y teóricos de la misma ciencia social, para poder así, construir una ciencia autónoma que respondiera a la realidad específica de los sectores populares.

La necesidad de construcción de una ciencia social y de una metodología de investigación para la acción social con y desde las bases populares, así como del llamado a la inserción comprometida en los procesos sociales de las comunidades y sus problemáticas, especialmente en aquellos procesos sociales organizativos cuya razón de ser estaban ubicados en la búsqueda de soluciones a los problemas rurales que para esos años, como hemos señalado, tenían un gran peso en el acontecer político y social de la sociedad colombiana; y es por aquí por donde se orientó el trabajo de la Rosca en el movimiento campesino de la ANUC en Córdoba y Sucre.

Es importante señalar que la Rosca fija sus objetivos de trabajo sobre los problemas agrarios y las luchas campesinas a partir de los estudios sociológicos e

históricos sobre el periodo de la Violencia, los cuales venían abordando como tema de estudio e investigación, la problemática estructura agraria del país, es decir, los temas asociados a los problemas histórico del uso, tenencia y propiedad de la tierra; las dinámicas de despojo y concentración, así como de los problemas relacionados a la falta de políticas estatales hacia una reforma agraria efectiva que solucionara las numerosas consecuencia de una anquilosada estructura agraria.

Uno de estos estudios que sirvió como base de proyección de la Rosca fue la obra: *La Violencia en Colombia: estudio de un proceso social*, escrita por Orlando Fals Borda, Camilo Torres Restrepo, Eduardo Umaña Luna y monseñor Germán Guzmán, que señalaban que la principal causa del desencadenamiento y prevalencia del fenómeno de la violencia en el país tiene como base, los problemas rurales.

La Rosca comienza a hacer sus primeros estudios sobre la realidad nacional, a partir de los abordajes de estos fenómenos estructurales y encuentra que el principal ente social directamente afectado por esos fenómenos: los campesinos, “no han logrado articularse aún sus nuevas lealtades y actitudes hacia los grupos que surgen y los fenómenos nuevos” (Parra, 1983, pág. 17). De forma que se consideró que para poner fin a estas situaciones se hacía necesario incidir en la coyuntura rural del país y apoyar las luchas campesinas a través de “la articulación con la protesta latente y la dinamización de la protesta manifiesta de las masas rurales y en el estímulo a la expresión campesina auténtica como una de las bases ideológicas necesarias para un movimiento revolucionario moderno” (Parra, 1983, pág. 18).

Hemos destacado que en Córdoba y Sucre la Rosca comienza apoyando técnicamente los trabajos de planificación y organización de las acciones de recuperación de tierras que se estaban presentando desde el año de 1971, de manera intensificada pero poco organizadas en estos departamentos. En este apoyo técnico la

Rosca comienza aportando valiosas estrategias de organización como los *comités veredales*, así como en la creación de organismos de autogestión financiera.

De igual forma la Rosca comienza a asesorar indirectamente a la ANUC en asuntos propiamente jurídicos, ya que con la división, persecución y desfinanciación de la ANUC, esta comienza a dejar de recibir apoyos de entidades institucionales y de otros sectores sociales, y es en este momento cuando la Rosca comienza a jugar un papel preponderante en la Asociación gracias a los enlaces y contactos que logra con organizaciones internacionales, así como con distintos grupos locales, académicos, abogados, comunicadores, maestros, entre otros, que sirvieron de apoyo a la Asociación en los momentos más difíciles y que en últimas a través de la Rosca se fueron involucrando en la lucha popular (Parra, 1983).

Dice Ernesto Parra (1983) que en el momento de la ruptura de la Asociación con el gobierno y al cortar toda la ayuda y financiación oficial a la ANUC-Línea Sincelejo, muchos dirigentes campesinos recurrieron a la ayuda financiera de La Rosca y de los fondos que estos gestionaban de fundaciones extranjeras. Muchos de estos recursos financieros estaban dirigidos a eventos educativos y organizativos de la Asociación, y para atender las cuestiones asociadas con la preparación de nuevos cuadros políticos y en últimas, para sostener toda la estructura organizativa. Señala Parra Escobar (1983) que estas ayudas “aún más que antes, permitieron romper con el gobierno” (pág. 131).

Estos soportes financieros, técnicos y organizativos dados por La Rosca fueron importantes en el proceso de organización campesina y se explica por el hecho de que donde se dio con mayor intensidad la movilización campesina en los setenta fue donde La Rosca estuvo de lleno trabajando, como en Montería, en donde se desarrollaron las acciones más beligerantes, que se explica a razón porque fueron planeadas de mejor forma y más organizadas. De modo que, para el año de 1972, la Rosca ya venía

asesorando técnica y organizativamente a la Asociación y era clave en la creación de nuevos cuadros políticos del movimiento campesino, gracias a las apuestas de formación política enfocadas hacia los dirigentes políticos, que se comprende a partir de los estudios que se han hecho sobre la ANUC-Línea Sincelejo en el caribe colombiano, donde se muestra que mucha de la creación de sus documentos oficiales de formación e ideológicos de la ANUC entre el 1972-1974 estuvieron apoyados por la Rosca. Un ejemplo de esto son los manuales de cursos de formación campesinos y los cursillos

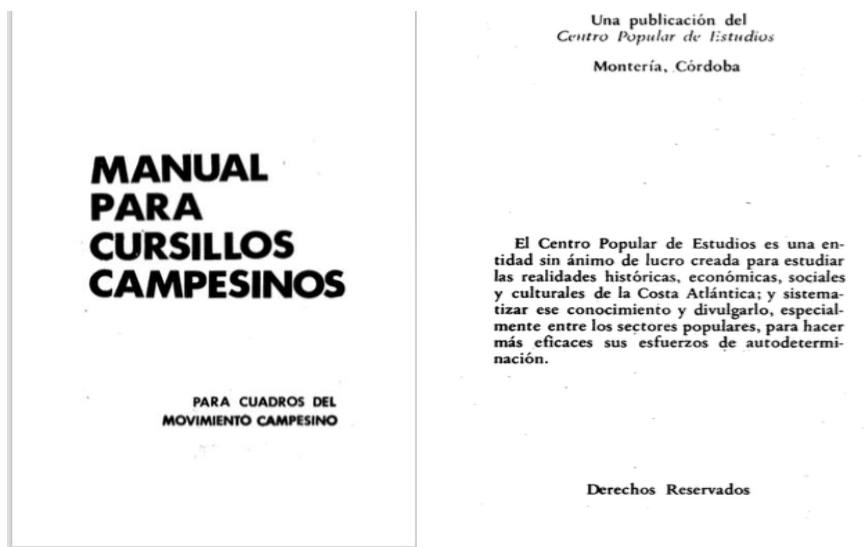


Ilustración 1 Imagen recuperada del Manual Para Cursillos Campesino del Centro popular de Estudios. (Manual para cursillos campesinos, 1973)



*Ilustración 2 Imagen de los cursillos campesino [fotografía]. Recupera de Fals Borda, Historia doble de la Costa IV. El retorno a la tierra, 2002.*

A partir de la participación de la Rosca en las acciones de recuperación de tierra en la ANUC y la confianza que generó la Rosca en cabeza de Orlando Fals Borda en toda la dirigencia de la Asociación, se comienzan a abrir los espacios para emprender las actividades de investigación-acción –razón de existencia de la Rosca– a partir del mismo involucramiento de algunos intelectuales de la región con las líneas de trabajo objetivas de la Rosca, las cuales estaban orientadas a apoyar al movimiento campesino

desde la puesta en marcha de investigaciones sociales a través de la propuesta metodológica de “estudio-acción” y las técnicas de “investigación militante” o de Investigación Acción Participativa (IAP).

De modo que se comienza a organizar grupos de trabajo de estudio-acción para llevar a cabo investigaciones sociales basadas en estos marcos metodológicos y uno de estos grupos de trabajo fue la Fundación del Caribe, que nace legalmente en 1972, con el objetivo de llevar a cabo todo el trabajo investigativo, educativo y organizativo propuesto por la Rosca y ajustado a los requerimientos del movimiento campesino (Negrete, 2013).

La Fundación del Caribe se dedicó inicialmente a las actividades de investigación de tipo histórico, ancladas a dos de los cuatro parámetros metodológicos de la IAP<sup>1</sup>, con el fin de sacar del pasado y poner en contexto, aquellas historias, personajes y experiencias de organización y de lucha que se habían desarrollado en la región y que fueran útiles para los procesos de organización y lucha popular de ese momento. De modo que el trabajo de la fundación se enfocó en “Buscar las raíces históricas de las contradicciones que dinamizan las luchas de clase en la región; y devolver a esos sectores o grupos los resultados de la investigación con miras a lograr una mayor claridad y eficacia en la acción” (Fals Borda, Bonilla, Castillo, & Libreros, 1972, pág. 45).

Al respecto, Víctor Negrete (2013) señala que la Fundación se dedicó a los estudios de tipo histórico que tenían que ver con el movimiento campesino y a preparar materiales relacionados con la lucha que se libraba en esos momentos. Fue

---

<sup>1</sup> 1. Analizar la estructura de clases de la región o zona para determinar sectores o grupos que juegan un papel clave dentro de ellas. 2. Tomar de estos sectores o grupos los temas y enfoques que deben ser estudiados con prioridad, de acuerdo al nivel de conciencia y de 134 acción de los mismos grupos. 3. Buscar las raíces históricas de las contradicciones que dinamizan las luchas de clases en la región. 4. Devolver a esos sectores o grupos los resultados de la investigación con miras a lograr una mayor claridad y eficacia en la acción. (Bonilla, Fals, Castillo, & Libreros, 1972, p. 45)

intención nuestra conocer a fondo el pasado de estas luchas en sus aspectos positivos y negativos con el fin de hacer más eficaces las de ese momento y valorar en sus justas dimensiones el esfuerzo de generaciones anteriores. Esfuerzos estos en su mayoría desconocidos por los sectores populares y tergiversados o condenados por los grupos dominantes. (pág. 15)

Ernesto Parra (1983) señala que la Fundación del Caribe, a partir de las directrices de la Rosca, comienza a elaborar en la ANUC “una metodología de educación y “concientización” del proletariado agrario para elevar su nivel de conciencia y lo lleve a organizarse como clase para sí” (pág. 19). Para llevar a cabo esta metodología y como se ha puntualizado, se debía haber desarrollado previamente un ejercicio de producción y sistematización de conocimientos, tanto históricos como culturales y, como posibilidad de realización efectiva de estos conocimientos se debían validar en la experiencia práctica o en las acciones que motivaban dicho proceso de producción, ya que es en la práctica donde los conocimientos construidos toman su sentido y su efectividad.

De modo que lo que se ha de considerar en este análisis previo es que las dinámicas de acciones colectivas de la experiencia histórica de lucha del movimiento campesino en Córdoba y Sucre durante los años de 1972 a 1974, se llevaron a buen puerto gracias a las metas de dinamización, educación y elevación del nivel de concientización que estimuló y desarrolló la Rosca a través de la Fundación del Caribe con y sobre las bases campesinas.

## 2.5 La Fundación del Caribe y los procesos de IAP.



*Fals Borda a principios de la década de los 70 en tierras cordobesas. En esa época empezaba a desarrollar su método científico conocido como Investigación Acción Participativa.*

Ilustración 3. El maestro Orlando Fals Borda reunido con dirigente campesino de la ANUC. [Fotografía] Recuperada de: <https://www.banrepcultural.org/monteria/actividad/el-cobarde-no-hace-historia-orlando-fals-borda-y-los-inicios-de-la-iap>.

Habíamos señalado que la Fundación del Caribe nace con los propósitos de hacer investigaciones sociales a partir de la metodología de la Rosca y dentro del movimiento campesino, y así colaborar con las acciones de la ANUC, especialmente en las acciones de dinamización política de los procesos de lucha y resistencia campesina. La Fundación del Caribe nace a partir de los Planes de Acción Rural de la Rosca del año de 1971, los cuales buscaban crear grupos de trabajo popular o Núcleos de Animadores Rurales (NAR), con el fin de apoyar a la ANUC y reorientar a nivel regional ciertos programas rurales reformistas (Parra, 1983).

Estos grupos de trabajo en los que se inserta la Fundación, tenían como objetivos, según Negrete (2013):



Estimular la autodeterminación de los grupos explotados en la respectiva localidad, haciendo conocer sus derechos e induciéndoles a salir del control de los sectores dominantes; crear nuevas formas de organización social, económica y política; dinamizar la cultura local en los aspectos que tienen que ver con el cambio; fomentar la creatividad local; buscar y apoyar un liderazgo autónomo y genuino. (Negrete, 2013, pág. 23)

Estos objetivos, ajustados a los propósitos de la Rosca, determinaban desarrollar investigaciones sociales bajo posiciones intelectuales y políticas claramente comprometidas por parte de los investigadores y en favor de los intereses populares de las bases campesinas; y al combinar como parte de la investigación, el compromiso y la participación, determinaban a que estos se convirtieran en *investigadores militantes* en adherencia a las causas populares, convirtiéndose a su vez en instrumentos claves en los procesos de dinamización organizativa de la ANUC (Parra, 1983).

Esta toma de posición que implica una actitud de compromiso y participación consciente, que conlleva a su vez a escenarios de acción política en favor de los oprimidos, fue orientando a los investigadores y animadores populares de la Fundación a actuar en consecuencia y a partir de los ejercicios de inserción en el proceso organizativo, se fueron convirtiendo en agentes claves en los procesos de dinamización y elevación de las luchas campesinas (Fals Borda, 1971).

La aprehensión de estas posturas en la investigación social por parte de la Fundación del Caribe, permitió dar muchas más posibilidades de construcción de saberes al método de investigación–acción que ideó el maestro Orlando Fals Borda con la creación de La Rosca, la cual orientaba buena parte de sus actividades a apoyar educativamente a la asociación y a dinamizar y elevar su nivel a través de una gama de estrategias específicas propias de la investigación-acción-participativa, entre las cuales se destacan la recuperación crítica de la historia, la devolución sistemática de los

resultados de investigación y el diseño de formas autogestionarias de organización socioeconómica del campesinado (Parra, 1983). Y es a partir de esta reorientación de la Rosca por donde se inscribe la labor objetiva de la Fundación del Caribe.

Con lo anterior podemos señalar que el compromiso político en los procesos de investigación social por parte de los integrantes de la Fundación del Caribe, estuvieron en conformidad al marco de la *Praxis*, entendida esta como la “unidad dialéctica formada por la teoría y la práctica, en la cual la práctica es cíclicamente determinante” (Fals Borda, 1997, pág. 32). De forma que todo el accionar educativo, investigativo y político de la Fundación estuvo precisado por “el criterio de la acción concreta, esto es, que su causa última se emplazaba en una dimensión teórico-práctica (...) y que la acción social que se veía día a día quedaba al fin y al cabo sujeto al marco de la praxis” (Fals Borda, 1997). Esto quiere decir que el elemento decisivo en la validez del proceso o la validación de los efectos del trabajo sólo podía hacerse, de manera definitiva, con la praxis. De modo que la Fundación del Caribe, al llevar a cabo sus actividades a partir de la IAP, toma como guía científica e instrumento de lucha al materialismo histórico y como instrumento de validación, a la praxis.

En consecuencia, los elementos que orientan a la IAP o lo que se pueda considerar como base de esta propuesta alterna, señala Fals Borda (1997) que:

se asienta en la posibilidad de crear y poseer conocimiento científico en la propia acción de las masas trabajadoras y que la investigación social y la acción política con ellas, pueden sintetizarse e influirse mutuamente para aumentar tanto el nivel de eficacia de la acción como el entendimiento de la realidad (pág. 91).

Sin duda la combinación de estos elementos, llevados al campo de la práctica comprometida y del conocimiento, decisivamente alimentó la lucha popular a partir de esas mismas apuestas y elementos de pensamiento y de acción, que, en últimas, buscan con el compromiso consciente, “armar ideológica e intelectualmente a las clases

explotadas de la sociedad, para que asuman conscientemente su papel como actores de la historia. Este es el destino final del conocimiento, el que valida la praxis y cumple el compromiso revolucionario” (Fals Borda, 1997, pág. 32).

De igual manera esta asunción de la praxis en los procesos de IAP, lleva necesariamente a tensionar el sentido de la objetividad y la relación asimétrica entre el saber epistemológico y el compromiso político en las mismas ciencias sociales, coartadas por una academia que se zarandeaba a través del legado mismo del desarrollismo, el capitalismo y de la estructura eclesial en Colombia (Fals Borda, Bonilla, Castillo, & Librero, 1972).

Sin duda alguna, la Rosca de Investigación y Acción Social a partir del propósito de producir conocimiento que tenga relevancia para la práctica social y política, fue un arrojó crítico y metodológico de nuevo cuño que se impuso en los contextos académicos y populares del país. Inclínados a hacer crítica al positivismo y al academicismo presentes en las ciencias sociales en Colombia.

La Rosca se direccionó subsecuentemente hacia una meta que no era puramente académica, sino más bien política, cuyo propósito era “ascender al pueblo”, poner al servicio de este la ciencia y, por tanto, aportar en el proceso revolucionario de las bases campesinas, bajo una visión científica y cultural que se expresó en los trabajos y prácticas de formación y dinamización arropadas con una gran carga de compromiso ético y político de cada uno de ellos.

La Fundación del Caribe emerge de estos entrecruzamientos y se configura bajo la idea de rescatar lo político en las acciones investigativas basadas en la puesta en práctica de la metodología de Investigación Acción Participativa –IAP–, que como lo señalamos, más que como metodología científica subyacente, es una metodología más

política, que se asienta en la coindicativa popular y disciplinar para el reconocimiento de la realidad social existente y de los sujetos que en ella están.

De forma que lo que se buscó a partir de los ejercicios de IAP es direccionar las investigaciones hacia el reconocimiento de esa realidad social a partir de la simultánea recuperación crítica de la historia y la reflexión de los saberes adquiridos en ese ejercicio de recuperación y seguidamente devueltos por el investigador al lugar donde emergieron, es decir, el pueblo, porque es este, el que conoce sus condiciones de vida, sus problemáticas y sus deseos de proyección. De modo que la “metodología teórico-práctica lo que hacía era contribuir a explicitar dichos elementos para llevarlos a adelantar urgentes procesos de luchas y reivindicaciones de clase” (Fals Borda, 1980, p. 67).

Esta metodología cubría a los conocimientos emanados desde los procesos de producción, sistematización y devolución de los saberes construidos colectivamente, con un altísimo potencial para la transformación de la realidad y un medio para la resignificación de los sujetos oprimidos. De forma que con la necesidad de la “recuperación crítica y colectiva de la historia” y la necesidad de devolver a las bases el conocimiento adquirido en un proceso de “devolución sistemática”, se hacía necesario la conformación de “grupos técnicos y científicos de diferente cuño, listos a adaptarse al proceso sociopolítico y a desarrollar unas metodologías especialmente diseñadas para acelerar y alimentar radicalmente al proceso” (Parra Escobar, 1983. Pág. 15).

Las ideas de acción y práctica concientizadora, de dinamización de las luchas populares concretas, la animación y estimulación del auto-reconocimiento de los sujetos desde la historia y la cultura local, la búsqueda de lo identitario en las raíces históricas de los procesos de luchas sociales del pasado, el aprovechamiento de todos los factores relacionados con la etnia y la cultura que tienden a coincidir con la conciencia étnica y

de clase que proponía la Rosca a partir de la aplicación de la metodología de la IAP, así como los elementos esenciales del método de “recuperación crítica de la historia” y los necesarios ejercicios de devolución sistemática de los conocimientos en pro de avivar los procesos de luchas y reivindicaciones de clase, a nuestro modo de ver, fueron los objetivos prácticos en donde se asentó el trabajo de la Fundación del Caribe que ubica – lejos del colonialismo intelectual– sus preocupaciones investigativas y al “objeto” del mismo: el campesino, como sujeto co-investigador, es decir, el investigado ya no era “un mero objeto de conocimiento, sino que teniendo su propia racionalidad, se convierte en productor del mismo y bajo esta perspectiva, tanto el investigador como el “investigado” se situaban como sujetos de conocimiento” (Riveros Torres, 2012, pág. 21), y que a la luz de los resultados obtenidos y haciendo un ejercicio de devolución sistemática de estos, se proyectaban como factor para una visión colectiva de cambio, potencializando las facultades de acción del actor principal en la edificación de sus propios saberes, prácticas y destinos.

Puntualizando un poco las razones de nuestro lugar de reflexión, es importante señalar lo que menciona el escritor y sociólogo David Sánchez Juliao, uno de los miembros principales de la Fundación del Caribe y del Frente Cultural que:

Después de haber hecho toda la tarea de la recuperación crítica de esos conocimientos históricos adquiridos a fuerza de culatazos, porrazos y atropellos, llegó la hora de devolverlo a sus propios gestores a través de una publicación. Nos tropezamos con grandes escollos cuando tratamos de hacer esto en un país en donde a la mayoría de la gente le es negado el derecho al alfabeto y a la escuela. (Sánchez Juliao, 1983, pág. 83)

Frente a lo anterior, la Fundación entendió que el problema educativo del país, en donde a la mayoría de la gente le es negado el derecho a la alfabetización, determinaba que la devolución de los conocimientos debían de darse bajo otra forma de

publicación, menos anquilosada o acartonada en los marcos, citas y fuentes de las estructuras teóricas académicas y más al sentido cultural y tradicional del campesinado o a las formas y/o medios de aprehensión que estos hacen de los conocimientos, como por ejemplo: la tradición oral (Sánchez Juliao, 1983). De modo que los ejercicios de “devolución sistemática” que manifiesta el culmen del ejercicio investigativo desde la IAP, traspasó el dilema de la publicación de los resultados de una investigación social producto de lo investigado y habituada en la producción del documento escrito.

La Fundación del Caribe comprendió que la devolución debía partir del reconocimiento crítico de la base tradicional cultural para ser flexible y no suprimir el sentido tradicional, popular o íntimo del pueblo, que se expresa en sus tradiciones orales: cuentos, dichos, refranes, historietas, cantos y demás. Por eso, la utilización de medios radiofónicos o grabadoras para hacer escuchar los productos de las investigaciones o la creación de historietas gráficas, productos de la recuperación históricas, eran claves en ese fin de la “devolución sistemática” y medio para facilitar la aprehensión y apropiación social de los conocimientos para potenciar las acciones colectivas del movimiento campesino (Sánchez Juliao, 1983).

El papel fundamental de los elementos del lenguaje fue comprendido en su universo por la Fundación del Caribe, la cual asumió la tarea de modificar las formas de presentación de los resultados de investigación y de devolución de la información a las bases populares a través del descarte de la jerga especializada, con el fin de poder desarrollar procesos dialógicos desde el lenguaje cotidiano, efectuando a nuestro modo de ver, un ejercicio pedagógico e ilustrativo bajo la práctica de la imputación (el uso colectivo de la imaginación) y bajo los propios términos e imaginarios culturales de los campesinos (Fals Borda, 1999).

Sin duda, la Fundación del Caribe descifró que el proceso de devolución se debía desarrollar a partir de diferentes estrategias culturales y usos comunicativos (audiovisuales y literarios con formas multimedia) para que resultase más efectivo —o *pedagógicos*—. El maestro Fals Borda (1999), señala que “tuvimos que modificar nuestras costumbres de informar al público para que éste entendiera bien los datos y mensajes reportados. Desarrollamos así una técnica diferencial de comunicación según nivel de alfabetización... practicamos la imputación acumulativa de información y la proyección simbólica (Pág. 80).

Finalmente, es importante señalar que, a través de todas estas intencionalidades y orientaciones de trabajo de la Fundación del Caribe, esta se fue direccionando diametralmente hacia un propósito implícito de creación de conocimientos a nivel popular. Negrete (2013) señala en los balances de la experiencia de la Rosca en Córdoba que, la Fundación del Caribe, se direccionó hacia los lugares de la comprensión sobre:

cómo los sectores populares sistematizan los hechos y datos que les ofrece la realidad, qué papel juegan el sentido común, el saber popular y el folclor en los mecanismos de acumulación del conocimiento, cómo surgen y se sostienen los hombres claves en las organizaciones populares, cómo se pueden constituir liderazgos colectivos populares (pág. 85).

De forma que para nosotros es clave abordar la experiencia de la Fundación del Caribe y el Frente Cultural a partir de los señalamientos anteriores, ya que este direccionamiento de la Fundación confluye en los procesos de educación popular que nos interesa reflexionar.

Para llevar a cabo estos abordajes es importante poner en comprensión las diferentes estrategias artísticas y usos comunicativos que fueron utilizados por los integrantes de la Fundación del Caribe para facilitar los procesos de devolución sistemática. Por eso se nos hace necesario abordar cuál fue el papel del Frente Cultural en los procesos de devolución y qué ejercicios y prácticas fueron llevadas a cabo para desarrollar esta tarea.

## **2.6 El Frente Cultural**

Entre los objetivos específicos de trabajo de la Fundación del Caribe se ubica el propósito de demostrar que el pueblo –*las bases populares campesinas*– tiene la capacidad de comprender y conocer su historia, y, por tanto, son ellos los que pueden construir sus relatos y no otros; así como de acomodarlos a sus intereses que no es más que transformar su realidad. De modo que, a partir de la comprensión de las propias formas y modos de ver y expresarse en el mundo, las bases populares cabalmente van recuperando su lugar histórico y constituyendo otras representaciones de la realidad.

Con respecto a esto, el investigador, enmarcado en la propuesta de la IAP, se convierte en un interlocutor, articulador y animador de los procesos de construcción de saberes y relatos, pero también a su vez se vuelve parte de esos mismos procesos u objetivos, necesidades y anhelos de conocimientos, ya que, al estar imbuido en esos intereses de comprensión de los problemas de las bases populares y sus realidades, se responsabiliza con ellos y consigo mismo, tanto en términos morales, como políticos.

De forma que el ejercicio de acción de la Fundación del Caribe se fue encausando hacia el interés por la reconstrucción de la historia de las bases campesinas,



con el fin de llegar a escenarios de autorreconocimiento de las experiencias vivenciales, de los saberes y representaciones acerca del mundo de la vida de las comunidades de base, y así ayudar a construir nuevos sentidos y significados que se conviertan en opciones que interpelen la realidad.

El propósito por la reconstrucción crítica de la historia es que se pueda redescubrir y extraer los saberes que han estado sometidos, olvidados, sepultados vivos o enmascarados en los discursos represivos de la cultura dominante, la cual no solo desconoce, sino que denigra del pasado de las comunidades y sus relatos, así como de sus experiencias de vida.

El objetivo entonces es que el mismo ejercicio de reconstrucción histórica permita proyectar nuevas formas de sentir, vivir y actuar en el presente a través de una comprensión de pasado no acabado y no circunscrito a ningún andamiaje represor. Por tanto, la aspiración se ubica en reconstruir el sentido de vida que sostiene a las comunidades marginadas y apabulladas pero que resisten de manera decididas en el presente, por eso lo que se busca con estas apuestas y lo que se hace necesario, es que los saberes populares e históricos eclosionen insurrectas, que retornen y recuperen su papel como fuerza motora en la construcción de identidad y en la proyección utópica de vida.

Bajo estos elementos, la Fundación del Caribe afrontó el gran reto de acompañar y apoyar los ejercicios de recuperación de la historia de las comunidades campesinas y, por tanto, su cultura, pero en clave del autorreconocimiento de sus saberes y representaciones vivenciales, con el fin de construir nuevos sentidos que lleven a escenarios de transformación.

Sin duda alguna los ejercicios de recuperación histórica de los saberes populares y los sentidos culturales de vida de las comunidades campesinas que acompañó la

Fundación del Caribe en el proceso organizativo de la ANUC, buscaban que las mismas comunidades se autorreconocieran como sujetos posibilitantes de transformación, que en otras palabras lo que se buscaba era que los ejercicios de recuperación de la experiencia histórica de las comunidades campesinas debían tener como meta servir como fuerza de arranque para los procesos organizativos y de acción de las mismas comunidades.

Es clave situar en este momento que la búsqueda por el autorreconocimiento que posibilita escenarios de transformación, lucha y resistencia de las comunidades, está asentada en la necesidad de edificar una unidad identitaria entre las mismas comunidades, y una de las herramientas para llegar a cabo este objetivo y búsqueda, fueron los mismos ejercicios de recuperación de la historia social en que se basaba la IAP, ya que para esta era necesario “buscar las raíces históricas de las contradicciones que dinamizan la lucha de clase en la región y devolverla a los sectores o grupos claves<sup>2</sup> los resultados de la investigación con miras a lograr una mayor claridad y eficacia en su acción” (Fals Borda, Bonilla, Castillo, & Librero, 1972, p. 45).

Los ejercicios de recuperación de la historia social o *recuperación crítica de la historia* de las luchas sociales que se habían dado en el pasado de la región, así como el proceso de la *devolución sistemática de los resultados de la investigación*, hacen parte central de las acciones específicas de investigación acción participativa de la Fundación del Caribe.

*La Recuperación Crítica de la Historia*, entendida como una técnica de examen e interpretación de los hechos históricos y la técnica conexas de comunicar los resultados

---

<sup>2</sup> Grupos “de la base” sectores oprimidos, es decir, grupos de campesinos organizados, obreros, indígenas y negros.

de investigación de manera coherente y eficaz, con fines de formación política, llamada: *Devolución Sistemática*, se constituyeron como la columna sostén en donde se asentó la experiencia y los objetivos de existencia de la Fundación del Caribe, específicamente del Frente Cultural que ya puntualizaremos.

Estos dos elementos de trabajo práctico fueron claves en el proceso de dinamización de la lucha y concientización política de los campesinos de la ANUC, ya que dichos elementos permitían crear una conciencia de clase entre los campesinos, es decir, los empoderaban en acción y pensar, debido a que estos principios de trabajo no buscaban relegar a los campesinos en los procesos de investigación sociohistórica, sino que los involucraban de manera directa y colocándolos en el centro del proceso investigativo, al considerarlos como capaces de intervenir críticamente en la construcción y sistematización de los conocimientos.

Esta situación impulsaba a los campesinos a verse como sujetos con capacidad de articular conocimientos e interpretaciones de su propia realidad (Fals Borda, 1997).

De forma que la aplicación de estos elementos estaba orientada hacia la búsqueda de escenarios de formación y concientización política de las bases campesinas y en un horizonte de transformación de las realidades concretas.

La Rosca, así como la Fundación del Caribe lograron no solo comprender el *para qué* de los procesos de investigación y de reflexión social comprometida, sino que también entendieron el *para quiénes* y *cómo* van dirigidos los resultados de investigación y qué herramientas se pueden utilizar para ser de esta devolución un ejercicio sistemático, ordenado y sin arrogancia intelectual (Fals Borda, 1997).

De modo que la Fundación del Caribe fue adoptando una organicidad en la acción investigativa, guiada ahora hacia la constitución de prácticas formativas bajo preceptos de formación política y de socialización de los conocimientos; de búsqueda

de nuevos modos y formas adecuadas para llevar a cabo esta socialización o comunicación, que necesariamente ha de implicar buscar las herramientas más adecuadas para asegurar la asimilación de los saberes por los grupos de base.

La búsqueda de determinadas herramientas que faciliten “la apropiación social del conocimiento” entre las masas campesinas, según Fals Borda (1997) partió del reconocimiento del papel fundamental que tiene el lenguaje y el estilo de escritura en los procesos de devolución, así como los de asimilación. Por tanto, entender y utilizar los códigos compartidos de comunicación y las pautas culturales de la gente del común es sustancial en estas búsquedas de herramientas.

Anexo a esto hay que señalar que el proceso de devolución sistemática que estipula la IAP, establece que se hace necesario enriquecer y simplificar formas y estilos de la comunicación en los procesos de socialización de los conocimientos, es decir que hay que desarrollar una técnica *diferencial de comunicación* y una de *simplicidad de comunicación* según el nivel de formación de las bases.

Es importante hacer hincapié sobre estas dos técnicas o reglas del proceso de *devolución sistemática* que lleva a cabo la Fundación del Caribe para desarrollar los ejercicios de IAP, ya que determina en su razón objetiva y orientación práctica de trabajo militante al Frente Cultural.

Este frente de trabajo táctico asume el objetivo de llevar a la práctica el proceso de devolución sistemática de los conocimientos a los escenarios donde emergieron, de manera diferencial y simplificada, y a partir de la incorporación de los elementos socioculturales y artísticos propios de las comunidades, vistos como vía para asegurar la asimilación y la aprehensión de los conocimientos. De modo que el Frente Cultural desarrolla una valoración y empleo de la cultura popular como la base que lleva a

determinar la correcta y segura socialización y comprensión de los conocimientos por las comunidades campesinas.

Para el Frente Cultural se hacía indispensable tomar los elementos intrínsecos de la cultura, así como de aquellas tradiciones populares que han de tener raíces en los valores culturales desalienantes de las comunidades campesinas, con el propósito de situarlos como mecanismo comunicacional base para desarrollar los procesos de devolución (Fals Borda, 1997). Conforme a lo antes señalado Parra (1983) señala que:

todos los factores relacionados con **la etnia y la cultura**... tienden a coincidir con la conciencia de clase, y la historia de la lucha de clases ha estado íntimamente ligada a la afirmación de la etnia y su patrimonio histórico. En esta misma línea adquiere relevancia diversos factores que pocas veces se valoran desde el punto de vista de la lucha por el cambio radical, tales como el **arte popular y el folclor**, que son propios de las tradiciones específicas de algunos sectores de la clase popular colombiana y que pueden ser recuperables para su lucha por el cambio social. (Parra Escobar, 1983, pág. 60)

De forma que los elementos etnoculturales como el arte popular y el folclor se fueron convirtiendo en trascendentales en los procesos de devolución sistemática.

En líneas generales la regla de *diferencial de comunicación* exigía que, al momento de devolver los resultados de investigación, debían de devolverse de manera ordenada y ajustada y “según el nivel de desarrollo político y educativo de los grupos de base que suministran la información o con quienes se hace la inserción investigativa o técnica, y no según el nivel intelectual de los cuadros que, por lo general, es más adelantado o muy distinto” (Fals Borda, 1997, Pág. 100). Es decir que el proceso de devolución sistemática se debía desarrollar según el nivel sociocultural de los grupos claves y a partir de la utilización de variadas herramientas de presentación que resultase lo más pedagógicamente posible.

Dicha presentación debía exponerse con las formas más adecuadas y entendibles, además de estar ajustadas según los niveles diversos de alfabetización y de acuerdo con el potencial de transformación de los intervinientes o participantes, es decir, las distintas capas de trabajadores, campesinos e intelectuales. De forma que, para el primer nivel, que es el más elemental, la presentación tenía que dirigirse a las bases de manera ilustrada y sencilla; para el segundo nivel, debía estar dirigido para el público en general y los cuadros en formación y el tercer nivel, encaminados para los cuadros dirigentes y técnicos (Fals Borda, 2002).

Lo que nos señala el maestro Fals Borda es que el ejercicio de la devolución sistemática que se manifiesta como culmen de la investigación debe efectuarse desde una acción pedagógica dirigida hacia la transmisión de conocimiento y en el caso que nos direcciona esta indagación, el proceso pedagógico de socialización orientados hacia las bases debía estar contenido bajo un lenguaje diferente, más ilustrativo y sencillos; accesible y alejados de los lenguajes académicos de los intelectuales que hablan “*abstrusos y secos*”, con “terminología complicada y esotérica, o empleando sus esquemas clasificatorios latinescos y simbólicos” (Fals Borda, 1997, Pág. 100).

En consonancia con lo previamente señalado, Alfredo Molano (2009) menciona que “el pueblo no tiene acceso a esos lenguajes y no pueden expresarse a través de él”, y adoptarlos contribuiría a sepultar las formas y modos de expresar y concebir la realidad. Lo urgente y necesario es despojarse de las ataduras y las representaciones academicistas que la ciencia no popular quiere imponer. Agrega Molano (2009) que se hace necesario regresar:

al contexto tal como la gente lo vive, lo percibe y lo entiende... porque la palabra cotidiana, la palabra oral, el lenguaje de diario, íntimo, es bello de por sí. Pero tiene una belleza esquiva porque ha sido sancionada como vulgar, nacida en el vulgo, o sea en el pueblo... En el campesino nuestro hay, además de exactitud, novedad, soltura,

arcaísmos que embellecen aún más su testimonio. Es difícil para los afuéranos oírlos porque se está condicionado a traducir a su propio lenguaje toda experiencia peregrina (pág. 5).

A esta búsqueda de lenguaje menos confusos y más simplificado de la palabra escrita y hablada, se ocupa el criterio de *simplicidad de comunicación*, que hace referencia a que el proceso de socialización de los resultados de investigación debe estar contenido bajo una apuesta de accesibilidad y convenida a un lenguaje nutrido de gestualidades, afecciones y partes vivas de la cultura.

Podemos señalar que lo dicho hasta ahora configuran las razones de existencia y puesta en escena del Frente Cultural en el proceso organizativo de la ANUC en Córdoba y Sucre. De modo que situamos al Frente Cultural bajo los objetivos de llevar a cabo el proceso de devolución sistemática de los conocimientos producidos hacia los grupos claves del nivel 1, es decir, a las bases populares, y desde una perspectiva de aplicación del proceso de devolución circunscrita a una acción pedagógica e ilustrativa en la presentación, con un marcado uso de materiales gráficos, audiovisuales, musicales y teatrales y a partir de la adopción de un lenguaje directo, claro y sencillo para la comunicación de los resultados, y más cuando se hacían presentes una serie de dificultades educativas, como el analfabetismo o algunas barreras culturales entre la población campesina (Fals Borda, 1985).

Es importante señalar que el ejercicio que se le asigna al investigador militante de devolver a las bases populares el conocimiento adquirido “descansa en la presuposición de que la clase popular, el campesinado, aunque sea analfabeta no es por ello ignorante, sino que por el contrario es dueño de una rica experiencia de lucha, conoce un sinnúmero de modos y maneras de aprender, de sobrevivir y de defenderse” (Fals Borda, 1997, p. 46)

Es necesario agregar que el proceso de devolución sistemática de los resultados de las investigaciones históricas debía coincidir con los deseos e intereses de las bases populares. Y para asegurar la validez, eficacia en la asimilación, comprensión y apropiación consciente de los resultados de la investigación, se debía comprender que “la producción intelectual y técnica sea primeramente para ellos y en sus propios términos, es decir, escrita con los grupos de base y que se establezca un nuevo “idioma” mucho más claro y honesto que el acostumbrado en las ciencias sofisticadas (Parra Escobar, 1983, p. 58).

De forma que los ejercicios de devolución sistemática estuvieron diseñados bajo fines comunicativos y sobre intenciones explícitas de facilitar la apropiación de los conocimientos por parte de las bases. De acuerdo con estos fines e intencionalidades, el Frente Cultural logra jugar un papel fundamental en dichos ejercicios, debido que comienza a ejecutar los procesos de devolución a partir del uso de repertorios y herramientas culturales y artísticas propias de las comunidades campesinas, con el objetivo ya señalado de facilitar los procesos de asimilación y apropiación. Y, considerando que los ejercicios contenían una acción claramente formativa, se fueron abriendo las posibilidades de desarrollar configuraciones subjetivas y procesos de concientización entre las bases campesina, así como de dinamizar sus luchas reivindicativas.

De manera que el uso de las expresiones musicales del caribe colombiano, las grabaciones en casetes de noticias y cuentos con temas asociados al desenvolvimiento histórico de lucha y resistencia de los campesinos de la región, así como la utilización de folletos ilustrados, fueron concebidos bajo estos propósitos.

Así pues, la utilización de los elementos etnoculturales como el arte popular y el folclor; y el desarrollo de repertorios culturales, artísticos y literarios a partir de estos



elementos por parte del Frente Cultural, estuvieron pensados con base en las reglas de diferencial de comunicación y la simplicidad comunicativa; y direccionado a una la población rural que sufrían de altos índices de analfabetismos, pero no carentes de aprehensiones culturales, identitarias, narrativas y de tradiciones orales.

A partir de los elementos centrales de la IAP: de “recuperación crítica de la historia” de las luchas sociales y de “devolución sistemática” de los conocimientos surgidos de estos ejercicios de recuperación, y bajo la necesidad de hacer comprensibles esta devolución a una población con singularidades predefinidas.

En consecuencia, el Frente Cultural aparece como un actor clave en los procesos de formación y dinamización de la lucha campesina, ya que en la práctica se sirvieron de los elementos socioculturales cohesionantes de la región para desarrollar los objetivos de formación, es decir, que se beneficiaron de los aparatos de convicciones de los campesinos como las tradiciones populares, el folclor, las expresiones artísticas; así como de lo místico y lo supersticioso de los pueblos.

Es importante destacar que estos ejercicios desarrollados por el Frente Cultural posibilitaron en gran medida salir al paso de las preocupaciones por la comunicación de las líneas de acción y los procesos de asimilación ideológica entre los cuadros y dirigentes políticos de la ANUC con las bases campesinas. A esto, el profesor Víctor Negrete (2017) señala que el Frente Cultural y sus apuestas no solo ayudaron a fortalecer el conocimiento histórico, cultural y la autoridad moral de los campesinos, adquiriendo estos, cierta seguridad ante las autoridades, así como a entender y justificar el derecho, en términos históricos y políticos, a poseer las tierras recuperadas, sino que apunta a que el Frente popular, encausado en la IAP y en la Educación Popular, garantizó el acceso de las bases campesinas con altos índices de analfabetismo al conocimiento de los materiales políticos de la organización, y los medios más

utilizados, fueron los productos gráficos-panfletarios (folletos y cartillas ilustradas por Ulianov Chalarka), las canciones vallenatas interpretadas por Máximo Jiménez, la lectura de cuentos y crónicas a cargo de David Sánchez Juliao, los cuales contenían relatos en formas de ‘denuncias’ que fueron sacadas justamente de los resultados de los procesos de recuperación crítica de la historia.

De forma que este interés por analizar el papel del Frente Cultural y el desarrollo práctico de los procesos de devolución sistemática de los conocimientos, por medio y a partir de los elementos y repertorios culturales y artísticos, los queremos encausar y pensarlos sobre una base de reflexión educativa de tipo popular y como experiencia de práctica pedagógica, que determinó escenarios para la formación política y constitución de subjetividades colectivas.

## 2.7 El Frente Cultural: “el Arma Cultural”

El Frente Cultural nace de la necesidad de buscar otros medios de comunicación adecuados para llevar a las bases los resultados de las investigaciones y uno de estos medios fueron los *folletos ilustrados*.



Folletos ilustrados que recogen aspectos de lucha por la tierra en Córdoba y Sucre.

Ilustración 4 Imagen de los Folletos Ilustrados [Imágenes]. Recuperada del libro: Historia Gráfica de la Lucha por la tierra en la Costa Atlántica de Uliánov Chalarka y editado por la Fundación del Sinú, 1985.

Estos folletos, elaborados por el trazo pictórico del pintor monteriano Uliánov Chalarka, estaban presentados en forma de historietas o comics y apoyados en su contenido informativo por los resultados de los procesos de recuperación crítica de las luchas campesinas en la región, por tanto, representaban las historias de lucha y resistencia popular del campesinado. Uliánov Chalarka desarrolla esta representación gráfica de las históricas luchas de los campesinos con el objetivo de readecuarlas dentro del contexto de trabajo de la organización campesina de la ANUC (Rappaport, 2018). Hay que señalar que “esas historias, narradas en forma de cómics, no eran simples relatos de lucha, sino que funcionaban como un espacio dentro del cual tanto los campesinos como los investigadores externos podían ejercer y combinar sus facultades imaginativas” (Rappaport, 2020, pág. 140).

Dichos folletos ilustrados tenían una unidad narrativa lógica para la transmisión de la información, la cual buscaba que la abstracción simbólica e imaginativas sobre los

contenidos (imágenes, símbolos, signos, gráficos, expresiones y palabras etc.) se diera de forma sencilla y sin ninguna mediación interpretativa importante. Esto conllevó a determinar que los folletos estuvieran más sujetos a los procesos de abstracción que, fundamentalmente se llevan a cabo, a través de los mismos intereses y sentires culturales y políticos de los campesinos.

Ulianov Chalarka adaptó a los folletos los elementos místicos de la cultura local, sus simbologías y representaciones. Bajo estas adopciones Chalarka logró construir de manera sencilla pero precisa en información, los folletos ilustrados de *Lomagrande, el baluarte del Sinú; El Boche, campesino rebelde del Sinú; Tinajones, un pueblo en lucha por la tierra, Felicita Campos, la mujer campesina en lucha por la tierra; entre otros.*

Joanne Rappaport (2020) señala que Ulianov Charlarka con la elaboración de sus comics e historietas expresadas en los folletos, representaba la organicidad de la investigación en el marco de la metodología de la IAP; que no solo revelaba la lucha de los campesinos, sino que también revelaba el proyecto de investigación más importante en las ciencias sociales en Colombia.

Ulianov Chalarka con la elaboración de las piezas gráficas, manifiesta en ellas una integridad discursiva de experiencia y conciencia práctica e histórica, de conocimiento de la realidad local y sensibilidad estética, así como de situarlas hacia la necesidad de masificación de los conocimientos reconstruidos a través de las investigaciones participativas. De igual manera también expresa la utilización adecuada de herramientas y elementos artísticos para lograr que los sujetos de manera sencilla desarrollen momentos de aprehensión de los contenidos discursivos implícitos en las imágenes.

Los folletos ilustrados de Uliánov Chalarka expresan esa búsqueda de adecuados y estratégicos mecanismos para llevar los conocimientos recuperados hacia las masas campesinas. Por otro lado, también funcionaron como una especie de traductores – gráficos– de los procesos de devolución, lo cual sin duda alguna contribuyó a la materialización de estos procesos de difusión de los conocimientos y a los fines de dinamización y formación política de los campesinos, ya que entre las orientaciones del proceso está el de estimular a las bases campesinas a conocer su historia y reavivarla en los contextos de lucha.



Ilustración 5 Uliánov Chalarka con el Grupo de estudio de Aguas negras (San Onofre, Sucre (1973) Fuente: centro de Documentación del Banco de la República en Montería (CDRBRM) Colección fotográfica. Recuperado de <https://www.banrepcultural.org/monteria/centro-de-documentacion-regional-orlando-fals-borda/bienvenidos>

Es importante señalar que estas historietas o comics buscaban que los campesinos pudieran verse o imaginarse en ellas como protagonista de las historias o a proyectarse dentro de la experiencia de los actores históricos, con el fin de motivarles a tomar la iniciativa de la acción (Rappaport, 2018). Esto ameritaba mediar o asistir

pedagógicamente al proceso de abstracción e interpretación de la imagen y obviamente del mensaje y discurso implícitos en cada una de las historietas de los folletos.

Estas afirmaciones explican que los folletos “eran más que un medio fácilmente legible para campesinos analfabetos, era un poderoso vehículo para estimular la imaginación” (Rappaport, 2018, pág. 145).

El trabajo del pintor Uliyanov Chalarka señala Merchán (2023):

logró plasmar la cotidianidad popular de los subalternos marcada por la retórica del compromiso social y político de los artistas militantes. De acuerdo con Richard (1994), este tipo de pintores que participaron como artistas comprometidos con un programa político en sus respectivos países se consideraban “trabajadores de la cultura” que crea “arte para el pueblo” y un “arte del pueblo” (pág. 23).

De forma que estos ejercicios de producción gráfica expresan sucintamente una práctica artística que visibiliza o proyecta unos momentos para la formación histórica y política, ya que en últimas lo que buscaba la Fundación del Caribe era que los campesinos se reconocieran como sujetos portadores de una misión revolucionaria.

Cabe decir que los folletos se fueron acomodando a una “tradición artística del marxismo de la época que se caracterizaba por una aproximación “contenidista” cuyas figuras temáticas debían subordinarse a una visión de mundo alineada con el pueblo y la revolución como significados trascendentales” (Merchán, 2023, pág. 19).

Además de la elaboración de los folletos, se utilizaron las filminas, en las que pasaba el material ilustrado con el fin de hacer proyecciones para grupos numerosos, luego estaban las funciones de obras de teatro basadas en los fundamentos del teatro popular/oprimido y de grupos de títeres con la misma gente de las comunidades, con los guiones gramaticales de las historietas expresadas en los folletos. Y entre los medios orales/musicales de mediación se utilizaron los conjuntos musicales propios de la región, especialmente con la utilización de los ritmos musicales como la Cumbia y el

Vallenato, en esta labor se ajustó el proyecto musical de “vallenato protesta” de Máximo Jiménez. También se utilizó la grabación en Cassette, a cargo del escritor David Sánchez Juliao, cuya técnica viraba a la grabación de noticias, cuentos y relatos orales con temas literarios y sociales que después se transmitían a las bases campesinas (Negrete Barrera, 2017). Es importante señalar que muchas de estas grabaciones eran cuentos basados en los testimonios de lucha de los campesinos y que el escritor los convertía en cuentos.

David Sánchez  
Juliao leyendo sus  
primeras creacio-  
nes literarias ante  
comunidades  
campesinas.



Ilustración 6 David Sánchez Juliao conversando con campesinos Sinuanos [Fotografía]. Recuperado de Fals Borda, O. (2002). Historia doble de la Costa IV. El retorno a la tierra. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Banco de la República, El Ancora Ed

Los repertorios culturales con los que trabajaron los integrantes del Frente Cultural estaban orientados a ser esa herramienta útil en la construcción de una *nueva cultura popular* o en términos gramscianos, a la configuración de masas conscientes y en tránsito del sentido común al “buen sentido”. Para llegar a este objetivo se hacía necesario vincular y tomar elementos de la tradición y la cultura campesina, los cuales llevan abrir posibilidades para transformaciones revolucionarias en el conocimiento y en la acción (Fals Borda, 1985).

De forma que los elementos del *folclor popular*, posesión cultural e ideológica ancestral de las bases sociales, se constituyen en un recurso supremamente importante en los objetivos revolucionarios. Ya que como lo señala Fals Borda (1985):

Este saber popular no está codificado a la usanza dominante, y por eso se desprecia y relega como si no tuviera el derecho de articularse y expresarse en sus propios términos. Pero el saber popular o folclórico tiene también su propia racionalidad y su propia estructura de causalidad, es decir, puede demostrarse que tiene mérito y validez científica en sí mismo. Queda naturalmente por fuera del edificio científico formal que ha construido la minoría intelectual del sistema dominante, porque rompe sus reglas, de allí el potencial subversivo que tiene el saber popular.

De modo que esta búsqueda de una nueva cultura popular debía estar alejada de la cultura elitista y hegemónica, y resignificada desde los universos propios de la cotidianidad cultural de la gente. Esta meta de construcción de una cultura popular se arropaba bajo el sentido instrumentalizador del folclor, ya que se entendía que los elementos propios del folclor (tradición oral, expresiones musicales, etc) son invenciones del pueblo.

Joanne Rappaport (2018) señala que los repertorios culturales, artísticos y literarios lograron tener un efecto positivo en el movimiento campesino porque su utilización e implementación se daba de forma menos rígida, en la configuración discursiva, y más participativa de lo planeado. Habría que decir también que este efecto se logró debido a que los mediadores, Máximo Jiménez, David Sánchez Juliao, Ulianov Chalarka y el mismo Orlando Fals Borda, estaban circunscritos orgánica y culturalmente a los condicionamientos contextuales, así como a las complejas características socio-ecológicas que determinan la esencia del “campesino costeño” y, por tanto, a sus prácticas y formas de vivir y sentirse en un universo tan complejo y a la



vez tan sencillo, como el universo caribe; es decir, que, por ser costeños, los integrantes del Frente Cultural hacen parte también de ese mismo *ethos caribe* del campesino.

De manera que el resultado positivo de los repertorios culturales y artísticos en el movimiento campesino se explica por la simbiosis entre las prácticas comprometidas de devolución, el uso de los elementos etnoculturales y las experiencias vitales de los integrantes del Frente Cultural.

Cabe señalar que uno de los repertorios artísticos o instrumento de difusión que tuvo más acogida –junto a los folletos– aunque hay reservas frente a su verdadera eficacia formativa, fue el caso de los vallenatos de Máximo Jiménez, pero hay que decir en este momento que esta eficacia solo se puede ver en conjunto con los demás instrumentos utilizados y en relación con el análisis imputativo que uno pueda hacer de las canciones, así como la importancia y reconocimiento que tuvo Máximo Jiménez en las dinámicas políticas como culturales de la ANUC.

A pesar de esta situación señala Parra Escobar (1983) que las canciones vallenatas sí tuvieron bastante repercusión en las bases porque el público receptor era un público con una costumbre musical marcada en su cotidianidad y que, aunque muchas veces la música en estos contextos es utilizada como medio de entretenimiento, las canciones de Máximo Jiménez sí eran motivos de reflexión entre las comunidades campesinas. Parra (1983) señala que:

la gente oía y oye estos vallenatos con gusto porque se siente identificada con sus letras... y no solo eso, también la gente los escucha porque haciéndolo se siente animada a proseguir la lucha; esto lo demuestra la experiencia de invasión en las cuales se vio cómo los campesinos llevaban sus cassetes de los vallenatos de Máximo para sentirse estimulados por ellos a la lucha. Como lo expresó uno de los entrevistados, “la gente sabe lo que busca cuando escucha estos vallenatos” (Pág. 148).

De forma que la Fundación del caribe encontró con Máximo Jiménez una manera de convocar, motivar y acompañar con el canto y el acordeón las luchas por la tierra del campesinado costeño organizado.

Según Zabaleta (2017) ubica el vallenato de “protesta” de Máximo Jiménez” como parte del fenómeno cultural y musical de una buena parte del continente durante los años 70: “La Nueva Canción Latinoamericana”, señala que el vallenato de Máximo Jiménez reconfigura el carácter tradicional del vallenato costumbrista con elementos contra-hegemónicos y de protesta social, proyectándose, como un canal para expresar denuncias, o realizar crítica social, o simplemente para expresar una idea política que se tradujera en una apuesta ideológica condensadas en canciones.

El vallenato comprometido de Máximo Jiménez surge como un medio de denuncia de las injusticias sociales y las penurias de los campesinos gracias al contexto de lucha campesina y del marco de las reivindicaciones de los derechos agrarios que venía agenciando la ANUC (Zabaleta, 2017). Cabe agregar que el vallenato de Máximo Jiménez es la representación de la búsqueda de los valores culturales para ser puestos al servicio del cambio social, además, por tener un carácter de contrapoder, hacía riña con el vallenato comercial que había venido siendo utilizado por la burguesía terrateniente regional como un proyecto cultural para acomodar sus intereses de clase como fue el proyecto de los Araújo Noguera y la élite regional liberal.

De modo que lo que se buscó con el vallenato fue reconfigurarlo como una invención popular y con un carácter político, en el sentido que, si es utilizado por una pequeña fracción de políticos y de terratenientes para imponerse, también puede ser utilizado por los campesinos para proyectarse política y culturalmente hacia la mayoría de la población que es campesina. Por tanto, el uso del vallenato fue objeto de disputa y

significó sin duda y en ese momento, la expresión del uso instrumental del folklore para fines políticos.

Ahora, lo que se pretende hacer en estos apartes del trabajo es hacer un corto análisis de la función musical del vallenato comprometido de Máximo Jiménez en el contexto de lucha campesina, pero nos centraremos esta vez desde el lugar de la interpretación de la posible función formativa y educativa, de animación y dinamización de la lucha campesina que tenían las canciones vallenatas de Jiménez.

Con la intención de entrar en este objetivo, inicialmente tenemos que señalar que el repertorio musical de Máximo Jiménez fue amplio pero el uso social que le dio a sus canciones demarca su carácter temático y de interpretación. Máximo Jiménez moldeó y definió, como lo señalan Ernesto Parra (1983) y Zabaleta Bolaños (2017), las estructuras musicales y los modelos de composición tradicionales del vallenato, a una composición puramente contestataria y con contenido político, con el fin de lograr comunicar y con mayor eficacia, el mensaje político de la organización campesina.



Ilustración 7 Imagen de la contraportada del LP "El arte al servicio del pueblo" de Máximo Jiménez producido por el Centro Cultural Víctor Jara [fotografía]. Recuperado de <https://amediacuadra8.blogspot.com/2015/02/maximo-jimenez-canto-y-revolucion.html>

En muchas de sus canciones pone de relieve y basado en el rol que le correspondía, relatar o narrar de forma musical los resultados de investigación de los procesos de recuperación crítica de la historia de las luchas sociales y las figuras más importantes que habían librado estas luchas, como fue el caso de la historia de la rebelión de Manuel Hernández, alias “El Boche”, contra el maltrato de los terratenientes y los abusos machistas de la matrícula al querer extenderla al uso sexual de la mujer” (Fals Borda, 1986, p. 120A). La canción de Máximo Jiménez. “El Boche” en son de puya dice:

El boche fue un hombre bueno / Así me contó mi padre / Después me contó mi abuelo y también me contó mi madre... / ¿Por qué mataron al Boche a orillas del Rio Sinú? / Porque vivió con reproche y no quiso la esclavitud. / Los esclavo' eran marcado' / como se marca al ganado / y al Boche lo mataron porque no quiso aceptarlo. / En una lucha muy grande / con un filoso machete / cobró una deuda del pueblo / matando al terrateniente. / El boche fue un hombre bueno / Su muerte es imaginaria / Él nos señala el camino de la lucha libertaria.

En esta canción se relata la historia de la resistencia de “El Boche” contra los abusos de los terratenientes en las haciendas del Sinú y que se hizo célebre por haber asesinado en Misiguay a su “amo” terrateniente. En la estructura gramatical de la canción está marcado el proceso de recuperación de la historia de las luchas y la resistencia campesina, la cual se asienta en un ejercicio de reconstrucción por medio del relato oral y en forma de cuento y el cual ha estado, según la letra de la canción, transmitido generacionalmente. Esto nos señala la importancia de los acontecimientos y los personajes históricos que se mantiene en las memorias de los campesinos por generación. La canción “El Boche” según Zabaleta Bolaños (2017):

Fundamentalmente busca recuperar la imagen de un afroamericano que fue asesinado en una finca a orillas del Sinú tras haber cobrado la vida de un terrateniente

llamado Alejandro Lacharme que mantenía esclavizados a él y a otros campesinos afroamericanos aún después de la abolición de la esclavitud, pero cuya esclavización era mantenida a través de una figura legal de finales del siglo XIX conocida como “la matrícula”. (Pág. 29)

La historia del “Boche” expresada en la canción es importante porque ubican en el imaginario colectivo, las razones que sustentan la rebelión de los campesinos y que es personificada en la historia de “El Boche”, es decir, el trato de esclavo hacia los campesinos y los abusos de los terratenientes. Estas razones llevan a representar en el imaginario campesino, que una acción como el asesinato de los terratenientes, es totalmente justificada cuando esta se hace por justicia o *cobro de una deuda del pueblo* y, por tanto, el pueblo en su totalidad defenderá y no señalará a ningún campesino por esta acción. Máximo Jiménez amplía y condiciona en el mensaje de la canción el significado de la acción y el sacrificio del “El Boche” como algo necesario y termina con una frase en su defensa: “*El boche fue un hombre bueno. Su muerte es imaginaria/ “Él nos señala el camino de la lucha libertaria”*”. Sin duda esta actitud de Máximo Jiménez busca resignificar la subversividad y el uso de la violencia justificada y de clase entre los campesinos.

En la canción “Me dijo un terrateniente”, Máximo Jiménez plantea un diálogo ficticio con un terrateniente a partir de las manifestaciones de este, frente a las invasiones de tierras por parte de los campesinos. El diálogo está marcado por el disgusto de las acciones de invasiones y la justificación y defensa del terrateniente por el supuesto “*buen trato*” que ha tenido con los campesinos, que en últimas es invalidado con la respuesta, convertida en réplica, y en la cual se le invita al terrateniente a afilar el machete e irse a la montaña, “*que así es que el hombre se desengaña*”. Sin duda esta canción apunta a la ya señalada justificación a las tomas de

tierras por el mal uso que de estas hacían los terratenientes; y acentúa entre líneas la proclama de lucha por el derecho a la tierra: **“La tierra es de quien la trabaja”**.

Me dijo un terrateniente, canción de Máximo Jiménez.

Me dijo un terrateniente / un día muy entristecido / se me tomaron las tierras / los malditos campesinos Entonces le contesté / qué producía en esas tierras / me dijo tenía ganado / clasificado pa' negociación. / Esos diablos andrajosos / se me tomaron mi hacienda / me dañaron mi negocio / como era la exportación / Doscientos cincuenta de ellos / eran mis trabajadores / ni siquiera agradecieron / cien pesos que les pagaba / Yo fui quien pagué mejor / pa' toditica esa gente / también yo les vendía ron / como el famoso aguardiente / Y nunca los exploté / como hacen los demás / con diez pesos comen bien / y les queda pa' parrandear. / Óigame terrateniente / vámonos a la montaña / ahora afílese un machete / que así es que el hombre se desengaña / La tierra no hay que prohibirla / usted no hable tanta paja / la tierra es pa' dirigirla / el hombre que la trabaja.

Una canción anexa a estos intereses de situar la justificación de las tomas de tierra es “Pobres campesinos”, en esta canción Máximo Jiménez sigue la misma intención de defender la proclama de “La tierra es de quien la trabaja” y *las tomas de tierras* y la justifica diciendo que las tierras fueron robadas por medio de la violencia de los ricos y en relación a la proclama de *“La tierra es de quien la trabaja”* dice Máximo Jiménez en la canción, que los ricos nunca han trabajado la tierra y por tanto, los campesinos al trabajarla se hace con el derecho de poseerla. La canción dice:

La tierra tiene que ser / del hombre que la trabaja / esa consigna hay que defender / porque las tierras fueron robadas / ¿Pa' qué lado han visto a un rico / trabajando con machete / como lo hace un campesino / sacando cuatro palos a veinte? / Trabajan a sol y brisa consume agua por galón / para hacer dueño e' la tierra / y al campesino no le dan valor / Recuerden que la violencia / la provocaron los ricos / para robarle las tierras / a los pobres campesinos / Lucha y lucha campesina / la tierra pa' trabajarla / lúchala contra los ricos / porque ellos no quieren darla / Hoy aquí en nuestro

país / se ven grandes hacendados / y el campesino infeliz / muerto de hambre y explotado.

En la canción llamada “El aire es libre”, al igual que la anterior canción, Máximo Jiménez señala la necesidad de que los campesinos y los pobres sin tierra, luchen por los derechos de poseer la tierra como una acción justificada, ya que es una creación divina, y destaca que la intención de los hacendados es la de despojarlos de todos los bienes que son libres, como el aire, los ríos y las tierras. Es pues así que Máximo con los siguientes versos, señala la forma de resolver el problema de la inequidad de tierras:

La tierra es libre vuelvo a decir / así dios dijo atendiendo de ella / los millonarios la quieren prohibir / porque ellos quieren que el pobre se muera. Porque no tienen una finca de aire /cojan los ríos y tierras cienagosos / cójanse todo y hasta los mares / para que así acaben con nosotros. El mundo es grande para todos / los ricos lo hacen estrecho / porque es que quieren cogérselo todo /luchemos los pobres por nuestros derechos.

Otra canción icónica de Máximo Jiménez es “El burro leñero” que es interpretada en ritmo merengue y que demuestra como nunca la capacidad narrativa de Máximo Jiménez tomando como referencia los contextos ecológicos y rurales que caracteriza a la región. La canción relata el diálogo entre una persona y un burro, que no es más que la personificación o la “animación” del campesino pobre que es sujeto de agresiones y desplazamientos.

“El burro leñero” es la representación del trabajo ignominioso del campesino, de sacrificio y trabajo duro y mal remunerado. En la canción el Burro relata su condición en relación con la situación de pobreza de su amo, dice que siempre le ayuda porque lo hace por el bien de su conciencia porque este, el amo, no tiene más, sino que su pobreza, pero seguidamente relata los sufrimientos (represión, maltrato y encarcelamiento) que pasó cuando invadió a un potrero de un “extranjero” por ir a

comer hierba. Narra posteriormente sus peripecias al ser expulsado por orden de un inspector del “potrero” y sus impases en “el poblado” con “las burras y sus pollinos”. Y en la última parte de la canción el burro relata que se organizó, y lo hizo gracias a su amo, el cual le promete que “pronto tendrá potrero donde comer por montón”. Al terminar la canción Máximo hace una exclamación (arenga) que la une con el relato del burro y dice: ¡adelante compañero/Viva la revolución! Demostrando con esto que a pesar de las circunstancias adversas es posible organizarse para lograr los fines de clase o en este caso de “raza”. La letra de la canción dice:

Al ver un burro cansado/en una calle perdida quise saber su pasado /y lo interrogué  
enseguida:/¿Dime burro qué te pasa/ que estás tan peludo y triste/te botaron de tu casa /o aspiras  
a burro hippie? /Ni hippie, ni nada de eso/ yo soy un burro leñero/ que a veces me ponen preso/o  
me botan de un potrero/ Lo malo que a mí me pasa/ es que mi amo es pobrecito/ aumentando su  
desgracia/ con muchos hijos chiquitos /Yo soy un testigo mudo/ de su mísera existencia/ y por lo  
tanto lo ayudo /para bien de mi conciencia/ Corta leña y me la engancha/ sin pensar en mi  
espinazo /y llego hasta la corranca /con el alma hecha pedazo/A quitarme la angarilla/la cual  
me tiene pelado/ voy corriendo a las orillas/ en busca de unos bocados/ Casi que pierdo la vida/  
porque me metí a un potrero/propiedad que fue adquirida/disque por un extranjero/ Pues cuando  
el dueño me vio/ ricaso sin mollera/ a su sirviente mandó/ que me diera una palera /El sirviente  
obedeció/ en forma brutal/ pues a palo me atacó/sin que yo le hiciera mal /Voy de nuevo en el  
poblado/ y recorriendo las calles/ de pronto me vi apresado /sin conocer los detalles/No teniendo  
salvación/y las burras con pollinos/ por orden de un inspector/ nos botaron sin destino/ Algún día  
tendré potrero/donde comer por montón/ así lo dice mi dueño/ en una organización/ adelante  
compañero /Viva la revolución

Otra canción que demuestra los intereses de Máximo Jiménez en cuanto a su labor de dinamizar la lucha es “Préstame tu lanza” que está en ritmo Cumbia, que es uno de los llamados más directo a la revolución que escribe Máximo. En esta canción el cantante singulariza al enemigo del campesinado: “el rico ladrón”, “el gamonal”. Con “Préstame tu lanza” Máximo representa en su letra los deseos de revolución al referirse:



“cuando se levante el pueblo al Yanqui vamos a acabar”, pero se hará yéndose a la “trinchera” y con el “brazo armado en alto”. La letra dice:

Préstame tu lanza lancero / que siento ganas de pelear / cuando se levante mi pueblo / al yanqui vamos a acabar / Ya el pueblo se está preparando / todos contra el gamonal / de hambre van a morir los amos / porque no saben trabajar / A pelear nos llama este acordeón / vamos pueblo hasta la trinchera / porque para el rico ladrón / hay pertrecha en la cartuchera / A avanzar mi pueblo a avanzar / y con el brazo armado en alto / vamos a la meta final / todo sea banderas y canto.

En las canciones “Estado Colombiano” hace los mismos llamamientos a apoyar a la revolución singularizando a los opimidores (burgueses y terratenientes y las fuerzas represivas del Estado) además rescata la memoria de lucha de José Antonio Galán al señalarlo en esta última parte de la canción:

Es una guerra de oprimidos  
dijo un líder popular  
ay contra los opresores  
de José Antonio Galán

Por último, en la canción “La campana descompuesta” Máximo señala por igual el llamado a la revolución con las siguientes frases:

Contra tanta podredumbre y / tanta absurda corrupción / busca una luz que te alumbré / ama la revolución. / Sí señor, sí señor / busca una luz que te alumbré / cómo no, cómo no, cómo no / ama la revolución.

Sin duda hay muchas canciones que cumplen los intereses formativos, de concientización política y de dinamización de la lucha del campesinado que quería Máximo Jiménez y el Frente Cultural, como la también canción “Niño campesino” que relata los suplicios de un niño a quien sus padres les asesinaron y este va pedir ayuda a un rico (deshonorables) que le robó la tierra de sus padres, el niño, en la canción de

Máximo enuncia en frases beligerantes, su venganza con la toma de los baluartes, la parte de la canción es esta:

“Usted tiene la riqueza / la que trabajó mi padre / y usted le hizo la guerra / para así poder robarle. / No comemos desperdicio / marchamos hacia otra parte / reuniendo los demás niños / y tomárnosle un baluarte. / No sea tan deshonorables / también desagradecido / lo que le robó a mi padre / lo cobraremos sus hijos.”

Por otro lado, creemos que esta canción tiene una gran importancia en posibles ejercicios de reflexión sobre el proceso, porque en los análisis históricos no hay referencia de la participación de los niños en el movimiento de lucha campesina y la canción de Máximo Jiménez no orienta e incita a construir reflexiones sobre el papel de los niños y jóvenes en los escenarios de acción y lucha colectiva del movimiento campesino. Lo cual nos lleva tener en cuenta, desde nuestro lugar de reflexión, que los procesos de subjetivación y conciencia de los campesinos frente al problema de la tierra también incumben a los niños campesinos y que quizás también pudieron ser claves en los procesos de lucha resistencia campesina.

Podemos señalar que el papel de Máximo Jiménez fue clave en la dinamización y animación de la lucha popular porque articuló la tradición musical costeña, con las posiciones políticas de la Asociación. Con una intensión propagandista clara y cargada de mensajes fuertemente revolucionarios. Máximo Jiménez tuvo una mayor incidencia o acogencia en estos procesos porque a diferencia de Uliánov Chalarka y David Sánchez Juliao, este proviene de los antiguos resguardos indígenas Zenúes e hijo de pescadores campesinos sin tierras, esto sin duda hizo brotar otras emanaciones subjetivas y políticas, que en últimas posibilitaron de mayor vigorosidad su práctica artística y llegar más a las bases campesinas mestizas e indígenas.

Es importante en este momento hablar de la interpretación musical de la canción más icónica, en términos de los anhelos de reafirmación cultural y étnica que querían

los integrantes del Frente Cultural, y que hizo famoso y respetado en las comunidades campesinas a Máximo Jiménez, como fue *El Indio Sinuano*, canción que compuso con David Sánchez Juliao y con la que ayudó alimentar la interpretación heroica del pasado de los campesinos mestizos e indígenas y reavivar lo étnico e identitario en las comunidades de base. La canción dice así:

“Yo soy indio de los puros del Sinú / yo soy indio chato, cholo y chiquitín. /  
Esta tierra, es mi tierra /este cielo, es mi cielo...A mi casa llegó un día el español / y del  
oro de mi padre se apropió / y la tumba de mi abuelo / como guaca exploró. /Y mi tierra  
me quitaron de las manos / despojado quedé yo con mis hermanos / al abrigo de los  
vientos / relegado a los pantanos. / Y mi nombre destruyeron para siempre / con sus  
nombres bautizaron a mi gente / Los Chimá son los Rodríguez / Muchas cosas que los  
blancos creen de ellos, / son producto de la raza e’ mis abuelos / como el bollo, la  
hicotea / huevo e’ iguana y el sombrero. / Y mi historia la contaron al revés / me  
dejaron pocas cosas que servir / Y lo único que queda de mi raza / Lo usaron fue para  
burlarse de mí. / Indio Cholo, pelo largo / gran comedor de babilla / cogedores de  
cangrejo / fabricante de esterillas / con su nariz achatada / con sus pómulos salidos /  
con su porte medio metro / y sus tobillos torcidos. / Oigan, blancos, les advierto / sí  
señor (¡sí señor!) / que mi raza volverá tal como el sol / a pintarse los cachetes de color /  
y a infundirles a ustedes / miedo y temblor. / Porque / Esta tierra es mi tierra, / y este  
cielo es mi cielo.”

Otro instrumento de divulgación utilizado en los procesos de devolución sistemática fueron las creaciones literarias en forma de cuentos y crónicas producidos por el escritor cordobés David Sánchez Juliao que al igual que los comics de los folletos de Uliyanov Chalarka, se leían en voz alta y se grababan en cassette para posteriormente ser socializados o transmitidos entre las bases campesinas.

Estos cuentos y crónicas estaban escritos bajo unas formas y modos narrativos autóctonos, propios de la cultura popular caribeña y desde aspectos puramente “costumbristas” de la cultura oral tradicional que, sin duda alguna han estado en descuido por la literatura colombiana. Los cuentos y crónicas escritas y grabadas en cassette por Sánchez Juliao tenían también como finalidad de llevar a los campesinos analfabetas la información que ellos mismos contribuyen a recuperar y reconstruir en los procesos de investigación. Es importante señalar que el proceso de elaboración era similar al de los folletos de Chalarka, pues Sánchez Juliao también hace unos ejercicios de recepción y de análisis de las historias relatadas por los campesinos, para así traducirla al medio escritural y oral. Esta traducción se daba bajo el recurso indispensable de la oralidad y guiado por una búsqueda de lo real –realismo– de los hechos y sus contenidos.

Sánchez Juliao apuesta en sus cuentos y crónicas campesinas por una narración viva de las historias y de los personajes protagonistas en ellas, con el fin de que estas sean mejor comprendidas y asimiladas, buscando el carácter reflexivo de la producción escrita, ya que como se dice, la lectura y la escritura vivencial eleva siempre la conciencia. Muchas de las obras de Sánchez Juliao no son más que la evidencia del trabajo de recopilación de los relatos tanto biográficos como testimoniales de los campesinos.

Igualmente, el escritor se valía de una serie de recursos altamente valiosos como la oralidad tradicional del ser caribe, que ya hemos señalado, nutrida de una gran imaginación, ingenio, picardía y buen sentido del humor, sin olvidar las formas de expresividad auténticas de los habitantes de los pueblos caribeños.

En casi todas sus obras literarias y sonoras (cuentos-cassette) Sánchez trata de mantener las formas acentuadas del dialecto del campesino costeño. Juega con el

recurso potente de la imitación y las onomatopeyas, así como de los recursos estructurales literarios de las radionovelas de la época para montarlos en sus obras, sin limitarse en ningún momento con las formas particulares como hablan los campesinos, con el fin de que estos puedan lograr una mayor apropiación e identificación simbólica y cultural con los relatos.

Muchos de sus cuentos-cassette eran utilizados para que la gente se recreara porque tenían un contenido de comedia o anecdóticos satírico o sarcásticos, que llevaban su mensaje político, pero no tan explícitos como las canciones de Máximo Jiménez. Sánchez Juliao utiliza el humor como un recurso para hacer crítica y emular de alguna forma, la voz de la resistencia de los campesinos. Estas formas de expresión en los cuentos a nuestro modo de ver lograron aumentar la autopercepción y estima del campesinado con su propia cultura y formas de comunicarse, lo que Sánchez Juliao llama como un proceso de “Reafirmación cultural”.

Toma de las narraciones recopiladas en los ejercicios de recuperación histórica, la naturalidad de los sujetos, así como las formas de los relatos de las historias, es decir, cómo lo dicen y lo expresan, y con qué fuerza y qué expresiones y modismos las relatan.

Ahora bien, es importante hablar de uno de los dos libros de cuentos que tuvieron más resonancia entre los campesinos fue el libro titulado *¿Por qué me llevas al hospital en canoa, papá?*, el cual contiene una serie de cuentos anecdóticos de experiencias vividas de algunos campesinos en los procesos de toma de tierras, así como de otras experiencias de vida cotidiana de los campesinos, y en el cual el escritor trata de expresar todo ese carácter del campesino caribe: su persistencia, solidaridad, las formas en las que muta el dolor y el fracaso en alegría y “frescura” y su hibridismo frente a las circunstancias.

La otra obra literaria y sonora más representativa de Sánchez Juliao fue el libro titulado “Historias de Racamandaca” En este libro, especialmente está evocando la experiencia de lucha por la tierra entre los campesinos y los terratenientes del Valle del Sinú y ubica una serie de relatos que capturan las formas y modos vivenciales de las clases populares de la región, para ir quizás buscando los elementos de sostén de las subjetividades políticas y culturales del campesinado en resistencia. En sus cuentos y crónicas, Sánchez Juliao “denuncia la agonía y el dolor del hombre rural, que rememora en su voz genuina, cómo “se ve sometido al engaño, al ultraje, al despojo, como víctima de los desequilibrios de la historia”. (Garcés González, 2015).

En estos dos libros Sánchez Juliao relata las dolorosas situaciones de vejámenes y penurias que vivían los campesinos, como los de San José de Chuchurubí y de las ciénagas de Lorica, que habían venido sufriendo situaciones de despojos, asesinatos, persecuciones y prácticas burocráticas mal intencionadas por parte de los gobiernos locales, así como por los terratenientes, pero también expresa todos los elementos culturales y de vida que utilizan los campesinos para resistir y ser resilientes frente a todas estas complejidades impuestas.

En Historias de Racamandaca, Sánchez Juliao le pone voz a las denuncias de los campesinos contra el gamonal y funcionarios locales, que persiguen y encarcelan injustamente a los campesinos. También expresa los difíciles momentos que vivieron los campesinos para defenderse de las arremetidas represivas de la policía y de los grupos armados por los terratenientes. Este libro que está estructurado en una forma de carta de denuncia y dirigida hacia el ministro de agricultura, no expresa más nada que el poder de la ilusión y las esperanzas de los campesinos para que se haga justicia por los vejámenes que han venido sufriendo. En un aparte del libro se relata lo siguiente:

Nada hará que la conciencia dé un paso atrás. Nuestros pasos se habrán retirado de la tierra, huyéndole al plomo, a las máquinas y a las vacas del vecino, pero nosotros

seguimos ahí anclados en las ciénagas de la Nación, al menos de espíritu y de corazón. Vamos a seguir, señor ministro, moviendo los abogados para sacar a los encarcelados, hasta que salgan; insistiendo ante el INCORA que esas tierras son nuestras, hasta que nos las entreguen; contando la historia de nuestras desventuras, hasta que todos los campesinos de Colombia se la sepan de memoria; uniéndonos y organizándonos hasta que seamos todos uno, como una roca; vamos a seguir, se lo aseguramos. Porque la lucha, y los sacrificios, y las privaciones, y los trancones que hemos pasado, no se pueden desperdiciar porque a otros se les dé la gana. ¡Nosotros no podemos salirle con un chorro de baba a las ilusiones, porque qué tal! (Sánchez Juliao, Historias de 41).

David Sánchez Juliao buscó con sus cuentos y crónicas manifestar la situación del campesinado Sinuano y la resistencia manifiesta de estos por el derecho a la tierra. Bajo la consigna de “la literatura como arma de lucha” Sánchez Juliao pretendía hacer de la literatura un elemento democratizador, tanto desde su narrativa, como para el público a quien iba dirigido. Sánchez Juliao expresa frente a su actividad en el movimiento campesino lo siguiente:

“Yo podía plantear algo que pudiera llamar alternativas de la literatura o las alternativas de la escritura, donde la actitud del escritor fuera una actitud del compromiso. Y vi lo que planteaba Fals Borda a través de la metodología de la recuperación y de la [IAP] encajaba perfectamente dentro de lo que yo estaba haciendo o resumía mi inquietud o me daba claridad u orientación. Se me llamó mucho la atención aquello de recuperar con lente crítico, traer el producto recuperado al apartado sitio en el caso del escritor, volver a las bases para confrontar el producto del escritor y devolver a los propios gestores de esas historias su propia historia de manera que esos gestores de esas historias se apropiaran esa historia de ellos a nuevos niveles del entendimiento que les pudiera...permitiera, pues, ver el árbol y el bosque al mismo tiempo.” (D. S. Juliao, entrevista realizada por Joanne Rappaport, 4 de agosto de 2009)

Sánchez Juliao buscaba con esta apuesta narrativa tener un impacto sobre la población campesina y sobre las masas populares como un elemento de defensa que pueda llegar a hacerse más efectiva como arma de lucha.



Ilustración 8 David Sánchez Juliao conversando con campesinos Sinuanos [Fotografía]. Recuperado de Fals Borda, O. (2002). *Historia doble de la Costa IV. El retorno a la tierra*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Banco de la República, El Ancora Editores.

Bajo estas razones surgen los repertorios literarios del cuento-cassette como una herramienta que puede permitir conocer la historia y revivir las luchas campesinas del Sinú. Cabe decir que estos repertorios también funcionaron como medios para difundir las noticias de la ANUC en los diferentes baluartes donde la comunicación directa con la dirigencia no era posible.

Para concluir es importante puntualizar que la utilización de estas prácticas artísticas y el uso de repertorios gráficos, literarios y musicales “permitían resolver fácilmente el proceso de transmisión de la información a una población que no sabía leer ni escribir” (Parra, 1983, pág. 141), es decir que todas las prácticas artísticas del Frente Cultural buscaban ser el puente en el que se podía dar los ejercicios de transmisión–asimilación de los saberes recopilados para así fortalecer y animar la lucha campesina.

Dichas prácticas se fueron constituyendo como claves en la formación política y posibilitantes en la configuración de la conciencia y las subjetividades campesinas,



asimismo se fueron instituyendo en dispositivos para la entretención, la reafirmación cultural y en últimas, en mecanismos de formación política.

Estas prácticas artísticas y el uso de los repertorios favorecieron no solamente la producción de un discurso identitario, político y estético del campesinado, sino que también infirió trascendentalmente en la configuración de procesos instituyentes determinantes para dotar políticamente ese *ethos* propio del campesinado caribe y bajo un “*tipo ideal*”.

Un ‘*ethos*’ que ha sido también resultado de complejas manifestaciones existenciales, de creencias y prácticas culturales de resistencia heredadas de unas ricas y variadas formas de mediación cultural con lo ecológico y ambiental, lo que ha posibilitado en estos sujetos históricos la edificación de un modo de vida propio, marcado por arraigos culturales y complejos modos de ser, pero caracterizados por conductas colectivistas que demarcan las regularidades de sus comportamientos, y que a la postre determinan en estos, la cristalización de conductas asociativas, de apuestas adaptativas a las cambiantes circunstancias sociales y por último, determinantes en los procesos de autoconciencia de la realidad (Fals Borda, 1986).

Podemos señalar que estas prácticas y la utilización de estos repertorios culturales fueron condicionantes en la maduración de las apuestas de agenciamiento y de reafirmación cultural del campesinado, y a su vez, posibilitantes de las acciones colectivas de lucha. Ahora, con la radicalización de las posturas políticas de la ANUC, se fueron también radicalizando de manera sustancial en el grueso del movimiento los procesos de concientización, participación y de militancia, lo que llevó ajustar las acciones colectivas del campesinado en auténticas acciones de lucha de clase. Dicha radicalización iba en la vía de producir un ser social determinante de su propia existencia, con capacidad de tomar conciencia de su rol y de los procesos históricos que

se venían desarrollando, es decir, un sujeto revolucionario, motor de las transformaciones o capaz de profundizar las contradicciones sociales existentes de la sociedad.

Por otro lado, estos repertorios utilizados bajo los lenguajes culturales y desde los andamiajes históricos propios del campesinado, se caracterizaron por demostrar que estos sujetos sociales han tenido una esencia social o “alma colectiva” que los une históricamente y le da razón a su existencia, lo cual viene a jugar un papel clave en los procesos de unidad y en el desarrollo orgánico del mismo movimiento.

Esta experiencia a nuestro modo de ver llevó a agudizar en el sujeto social campesino su existencia de ser, en sí y para sí, ya que lo que se buscaba era que la conciencia individual se deslindara hacia una conciencia colectiva y ante todo, de clase, en favor del colectivo, lo cual, sin este condicionante, no se podría hacer frente a las estructuras y relaciones de explotación y dominación existentes, responsables de las condiciones de exclusión y marginalidad en la que estaban determinados los campesinos (Fals Borda, 1983).

En consecuencia, lo que se está buscando en este momento del proceso de reflexión investigativa, es desarrollar un marco de análisis comprensivo acerca de cómo los repertorios artísticos y culturales del Frente Cultural posibilitaron la formación política de las bases campesinas con una elevada situación de analfabetismo; lo cual nos conlleva a construir una serie de análisis conexos sobre el papel no solo metodológico, político (panfletario) del uso de esos repertorios, sino el pedagógico, ya que las metas centrales de estas apuestas artísticas estaban orientadas en lograr cimentar escenarios para la concientización histórica y política de las bases campesinas, lo cual quiere decir que dichas apuestas artísticas del Frente Cultural estuvieron encauzadas y organizadas en razón de la formación política para la acción colectiva necesaria del campesinado.

Por tanto, se hace preciso analizar los repertorios y las prácticas artísticas que conllevan a los usos de estos, bajo la mirada de la propuesta pedagógica de la Educación Popular y los objetivos constitutivos de esta, como es la búsqueda de escenarios para el fortalecimiento de los sectores dominados –entendidos como sujetos históricos capaces de protagonizar el cambio social–; así como de la búsqueda de metodologías orientadas para el desarrollo de prácticas educativas dialógicas, participativas y activas que se han de establecer con base en un intervención directa o actuando sobre la subjetividad popular.

### **3. Capítulo III**

#### **3.1 Frente Cultural. Entre la IAP y la Educación Popular.**

##### **El sujeto y la subjetividad: La razón de ser de la IAP y la Educación Popular. Un abordaje necesario**

Como hemos señalado sucintamente, el método de estudio–acción o investigación–acción participativa (IAP) fue el resultado histórico del distanciamiento crítico de un grupo de científicos sociales con la teoría social clásica disciplinaria y sus

estructuras dogmáticas y tutelantes en la producción de saberes, así como de las metodologías con las que se venían haciendo las investigaciones sociales en América latina a lo largo de la década de 1960. El profesor Alfonso Torres Carrillo (2019) señala que:

En efecto durante esta década, algunos investigadores sociales empezaron a reconocer las limitaciones de las teorías y metodologías sociales gestadas en el Norte epistémico para dar cuenta de la singularidad de las realidades latinoamericanas, a la vez que develaban el carácter colonial e imperialista de su implantación en el continente de la mano de los proyectos modernizadores, en particular del desarrollismo (pág. 12).

La (IAP) como método y propuesta de investigación surge objetivamente de esa crítica hecha al culto cientificista de la teoría social, así como de sus alienantes métodos y campos de estudio, que ocultan e ignoraban problemáticas, situaciones y preguntas sobre las complejas particularidades sociales de la realidad social latinoamericana, “para ese entonces conflictiva, violenta y represiva; presa del terror, del desarraigo y la miseria” (Fals Borda, 1985, pág. 35). Es importante decir que la (IAP) emerge disruptivamente en las ciencias sociales como una metodología coherente con las necesidades de conocimiento de los sectores populares, por tanto, fue la respuesta académica y política de un grupo de intelectuales con las complejas situaciones históricas de los sectores populares y sus condiciones sociales de existencia.

Sin duda alguna la (IAP) se proyectó en ser una metodología comprometida con la construcción de conocimientos orientados al cambio social de la realidad social latinoamericana, así como estar vinculada a los desafíos políticos de la época. De ahí que sus objetivos y metas epistémicas, así como sus concepciones metodológicas, se disponen a estar en función de esas necesidades por los conocimientos en favor de la

comprensión y transformación de la realidad social, asimismo a concebirse y estar en congruencia con todos aquellos proyectos políticos y educativo emancipatorios que buscan que los sectores populares logren construir escenarios para la transformación social de sus propias realidades.

Torres Carrillo (2019) señala que los horizontes metodológicos de trabajo científico y popular en los que se ampara la (IAP) están orientados en ser “una práctica de producción de conocimiento que promueve el diálogo de saberes. Al reconocer que la pluralidad de dimensiones y sentidos que configuran los procesos sociales y la acción colectiva no puede ser atrapada desde una sola racionalidad o sistema cultural” (pág. 28).

Por esto para la (IAP) es importante que haya la confluencia de diferentes formas de pensar, interpretar y narrar la realidad, así como del uso y escucha de múltiples lenguajes y formas de comprensión propias de los actores sociales participantes y por ser una metodología dialogante, así como un proceso permanente de investigación y acción, la (IAP) procura por que los diálogos de saberes y por tanto, los conocimientos generados, se mantengan dentro del escenario social donde nacen y que, a partir de la práctica social, sean puestos en validación o renovación, porque para la (IAP) se asume que el criterio de la validación y corrección de los conocimientos es por supuesto, la realidad misma, y por estar sujeta epistémicamente al materialismo histórico, el conocimiento y su validación se debe asegurar y medir en términos del éxito de los cambios sociales buscados, es decir que el conocimiento se valida en la acción y en la praxis consecuente (Fals Borda, 1997).

Por esto para la (IAP) es necesario establecer una relación entre teoría y práctica, la praxis, que es entendida como la acción hacia la transformación. Praxis que no es más que el producto de una unidad dialéctica que involucra “perspectivas y lenguajes

provenientes del campo científico, artístico o de las sabidurías ancestrales y populares, que permiten cuestionar y ampliar la mirada del colectivo y generar nuevas lecturas sobre las problemáticas investigadas” (Torres Carrillo, 2019, pág. 28).

La (IAP) busca articularse a procesos políticos y sociales alternativos con el objetivo de que los sujetos colectivos construyan nuevas posibilidades de conocimientos transgresores –o renueven los existentes– así como de construir prácticas transformadoras que conlleven a procesos políticos que pongan en tensión las estructuras hegemónicas de exclusión y dominación social, política y económicas existentes. De modo que esta propuesta metodológica tiene como propósito la transformación y constitución de subjetividades colectivas y destacar el lugar de los sujetos sociales como factor para la configuración y producción de proyectos políticos con base en una concepción práctica articulada discursiva y participativamente con los sectores populares. Es un proceso donde “confluyen diferentes procesos culturales y psicológicos como la memoria (como imaginarios, representaciones sociales y creencias), la conciencia (como apropiación de la realidad, no sólo racional), la voluntad, la emocionalidad y las visiones de futuro” (Torres Carrillo, 2019, pág. 17)

De manera que esta metodología busca ser una práctica popular que conlleva a escenarios para la constitución de diálogos de saberes entre sujetos conscientes que llevan a su vez a la creación de procesos colectivos de construcción de conocimientos sobre la realidad social entre los sectores populares. Por tanto, esta metodología orientada a la construcción de saberes colectivos a partir de una concepción dialógica, así como de la constitución de procesos de formación y concientización entre los sujetos populares, busca no solamente crear momentos para la comprensión de esas realidades sociales, sino la intervención y transformación social y política de estas.

De modo que son los diálogos de saberes, es decir, el reconocimiento de las experiencias y sentidos culturales, la base de la propuesta de la investigación participativa, la cual se asienta en la participación auténtica de los sujetos como garantía de la producción de conocimiento, pero un conocimiento que de sentido nuevo (interpelante) a esos mismos diálogos y, por tanto, posibilite imaginar el mundo y pensar otras construcciones nuevas de saberes, corregir algunos o someterlos a la crítica de aquellos que necesitan estar sometidos a esta. De forma que para los procesos de investigación participativas es importante partir de las elaboraciones culturales, discursivas, dialógicas y las formas de comprensión de los sujetos que participan en el proceso de construcción y producción de saberes.

Por eso es trascendental el reconocimiento de las formas de comprensión de las bases populares participes en los procesos de investigación, porque a partir del entendimiento de sus formas de pensar, sus lenguajes, perspectivas y su nivel cultural de apropiación se puede ampliar las miradas de comprensión y generar nuevas estrategias para la producción de saberes o en su caso, redefinir metas e intereses de indagación.

Con lo anteriormente dicho, la apuesta metodológica de la (IAP) crea una alternativa de producción de conocimientos en tanto que es la respuesta a las limitaciones impuestas por la ciencia social instrumental y las teorías sociales clásicas, con todos y sus criterios de objetividad, neutralidad, focalización y relaciones analíticas en la producción de conocimientos. Esta superación indudablemente conllevó a reorganizar y orientar las mismas prácticas investigativas hacia una configuración de prácticas con elementos discursivos y transgresores que en últimas llevarían a poner en tensión las implicaciones (ataduras??) que se establecen entre el supuesto de exterioridad entre sujeto y objeto de conocimientos en los procesos de investigación social (Torres Carrillo, 2019).

De manera que esta perspectiva metodológica crítica de investigación, al cuestionar las limitaciones impuestas por las metodologías de la ciencia social instrumental en la producción de conocimientos, así como de las pretensiones de objetividad y “neutralidad” que la caracterizan, se propone llevar a cabo un modelo de inserción e intervención investigativa más participativa (comprometida) que trascienda el mero objetivo de recolección de datos y análisis científico, para cumplir una tarea alternativa y diferencial de gestión y dinamización permanente de los procesos sociales y educativos que se orientan a la constitución de escenarios para la concientización política de los sectores populares con el objetivo de que estos tomen conciencia de su papel como sujetos históricos, así como protagonistas y defensores de los saberes producidos colectivamente (Zamosc, 1985).

Es importante señalar que, en la Investigación Acción Participativa, la objetividad, la racionalidad científica, los procedimientos teórico-prácticos, así como todos los instrumentos de análisis están configurados y determinados por una construcción subjetiva, lo cual quiere decir que el proceso de práctica investigativa está impregnado por unas subjetividades sociales, al igual que todo hecho por pensarla (Torres Carrillo, 2019).

Por consiguiente, esta perspectiva metodológica de investigación se ha de orientar y estar condicionada no sólo a partir del objeto de conocimiento que se construye, sino del reconocimiento de la presencia de la subjetividad de las bases y de los colectivos que forman parte de los procesos organizativos investigados y de la misma subjetividad del investigador, situado e interpelado por la realidad social que investiga y busca reconfigurar desde una praxis consecuente con los anhelos de transformación de las bases populares.



Bajo esta razón, esta apuesta productora de conocimiento social coloca en tensión las metas del conocimiento científico a partir de la misma proyección de la práctica investigativa, la cual es consecuencia inmediata y necesaria de la existencia social de los sujetos y su “subjetividad implicada”. De ahí que este tipo de práctica investigativa, en su relación teórico-práctica esté determinada no sólo por el objeto, sino por su sujeto, además de estar proyectada al reconocimiento de la historicidad de los campos de la realidad social, los cuales están a su vez atravesados por un factor de análisis concreto de esa misma realidad (Torres Carrillo, 2019).

De modo que esta propuesta investigativa en la medida que se orienta en poner en preferencia la historicidad y la subjetividad de los sujetos implicados en los procesos de práctica investigativa conlleva a poner en tensión las metas de la acción científica, es decir, los propósitos de la producción de saberes. Frente a esto es importante señalar que esta puesta en tensión de los fines investigativos surgen de los mismos intereses por cuestionar y ampliar la mirada del colectivo y generar nuevas lecturas sobre las problemáticas investigadas que está posibilitada a su vez gracias a la horizontalidad y la acción práctica localizada –básicamente de carácter político– de la IAP, así como de los momentos en que se define el por qué, el para qué de la investigación, el qué y cómo se va a investigar y desde qué lugar (epistémico, político, ético, etc.) se va asumir la corresponsabilidad en la recolección de la información, los análisis e interpretación, y la escritura de resultados de la investigación (Torres Carrillo, 2019).

Sin duda esta puesta en tensión de los propósitos científicos en la producción de conocimiento social lleva necesariamente a un redireccionamiento de los usos o utilidad de los conocimientos en favor de la reconfiguración de la subjetividad de los actores sociales, así como de sus problemáticas y desafíos compartidos. De igual manera estas tensiones se conectan a las necesidades de transformación de los saberes culturales en

saberes emancipadores, al igual que se conectan a los procesos metodológicos que implican ampliar las narrativas teóricas y los procesos reflexivos que conllevan a su vez al reconocimiento de otros campos de saberes, racionalidades, perspectivas y cosmovisiones para la comprensión de la realidad social.

De forma que el direccionamiento de esta propuesta investigativa se ha de enmarcar en ser una práctica metodológica que busca repercutir en la formación y transformación de los sujetos en todas sus dimensiones y potencialidades, así como de posibilitar escenarios para la transformación de los procesos y prácticas sociales y culturales de las comunidades.

En resumidas cuentas, esta perspectiva investigativa se encamina a incidir y posibilitar la elaboración y producción de conocimientos reflexivos sobre la realidad histórica de las comunidades y en función de la transformación social de las mismas; de acuerdo con los intereses y necesidades de dichas comunidades, sus deseos, anhelos y visiones de futuros. Sin duda esta perspectiva investigativa se caracteriza por estar nutrida de presupuestos epistémicos que conllevan a la acción política de los sectores populares, así como a la búsqueda de escenarios políticos que han de tensionar el poder hegemónico de la clase explotadora. De modo que los objetivos epistémicos de esta perspectiva están ubicados hacia el rescate de los sujetos históricos que construyen proyectos y articulaciones políticas que tensionan a su vez la prevalencia del orden social existente (Torres Carrillo, 2019).

Sin duda alguna, como metodología activa, dialógica y participativa, la (IAP) despliega sus horizontes a partir de las preocupaciones por la producción de saberes y conocimientos útiles (comprometidos) para el cambio social, así como de la edificación de escenarios para la construcción de saberes transgresores que posibiliten aperturas de caminos hacia la construcción de nuevos conocimientos sobre la realidad social

(concienciación) y que permitan fortalecer los procesos de subjetivación, de resistencia, lucha y emancipación de las clases populares.

Cabe decir que este fortalecimiento de los procesos de resistencias se va desarrollando en la medida que se ha de “devolver y fortalecer en los distintos sectores sociales su carácter de sujetos históricos... al unirse a las exigencias relacionadas con las necesidades de quienes participan en los procesos de investigación y acción colectiva en busca de alternativas benéficas de cambio radical” (Salazar, 1992, pág. 11). De ahí que esta propuesta implique necesariamente y como lo hemos señalado en anteriores apreciaciones, crear sinergias entre la producción de saberes y los procesos de lucha y resistencia de las bases populares.

De forma que la apuesta por la subjetividad y las preocupaciones por la producción de saberes de los sujetos subalternos hacen parte nodal de esta propuesta investigativa transgresora y sinérgica con las necesidades de las clases explotada; y que se ha de orientar en ser una apuesta investigativa que se basa en la participación e intervención comprometida con y entre las bases campesinas que, por su condición de explotación y marginalidad, están determinados en ser ese *grupo clave* que vanguardiza los procesos de transformación revolucionaria (Fals Borda, 1971).

Dicha propuesta investigativa que no es más que un ejercicio de reflexividad crítica con las formas de racionalidad dominantes en las ciencias sociales –subordinadas a los poderes hegemónicos, capitalistas, coloniales y modernos– que se sintetizan en una serie de criterios de uniformidad vertical en la construcción de conocimiento, “que pone como categoría central a la objetividad, la contrastación y separación entre sujeto de conocimiento y objeto de investigación” (Torres Carrillo, 2019, pág. 26) se combinó a unos elocuentes y coherentes posicionamientos ético–políticos frente a las complejas

realidades de injusticia, autoritarismos, explotación, opresión, inequidad y exclusión imperantes en esta parte del mundo.

Dichos posicionamientos críticos que se pueden traducir como una búsqueda epistémica y política guiada a comprender y transformar el mundo, en favor de la construcción de visiones colectivas, articuladas a prácticas y actores sociales, posibilitaron sin duda alguna la creación de nuevas concepciones alternativas de investigación social y prácticas de producción de conocimientos orientados a cuestionar las razones por las cuales perviven en nuestra realidad social situaciones adversas y complejas en su naturaleza. Es importante señalar que estos posicionamientos estimulan la edificación de momentos para la toma de conciencia con el fin de agenciar transformaciones colectivas del presente como posibilidad proyectiva de nuevos sentidos y horizontes esperanzadores de futuro (Torres Carrillo, 2019).

Por otro lado, en este tipo de investigación social, los investigadores sociales comprenden con mayor facilidad la complejidad de la realidad social debido a que estos forman parte del objeto que investiga: la sociedad y sus estructuras culturales, por tanto se posicionan desde esa misma realidad, que le circunscribe y les determina, en otras palabras, dicha realidad, en el sentido epistémico, es inherente a estos y es constituyente de la construcción propia del pensar, de ahí de esta facilidad para la comprensión de dichas complejidades de la realidad social.

Con respecto a la construcción de conocimientos, las aperturas de campos problemáticos a investigar y el uso crítico de la teoría social –configurada para pensar la realidad social– que determina esta perspectiva investigativa, refleja no sólo la reacción en contra de las tendencias positivistas predominantes en las ciencias sociales, sino también el rechazo de las estructuras de opresión e injusticia que son propias del modelo social y económico imperante, que en últimas viene a configurar los horizontes

de esta propuesta de investigación social marcada impetuosamente de un carácter de subversividad con lo establecido, problematizadora de realidades y con capacidad de hacer de lo utópico lo viable (Freire, 2005).

Como propuesta práctica de investigación social, comprometida políticamente con las lecturas de la realidad social y estratégicamente organizadas para incidir transformativamente sobre ella, la IAP conlleva a prácticas alternativas que ponen en tensión las epistemes instituidas, así como los parámetros canónicos, normativos y teóricos de las prácticas de investigación tradicional. Estas prácticas alternativas tienen como propósito epistémico ir desplazando la producción de saberes hacia lugares de enunciación científica menos cartesianos y en favor de comprensiones y aprehensiones *otras*, que problematicen los saberes, la realidad social e histórica, así como de posicionar a los colectivos y organizaciones sociales, como sujetos constructores de saberes y realidades.

Dicha orientación requiere por necesidad objetiva, la inherente inclusión de los sujetos sociales, sus imaginarios, representaciones sociales y creencias, sus emocionalidades, sus prácticas de vida y su materialidad y espiritualidad concretada y situada en la trascendencia misma de la realidad. Por estas razones, para los fundamentos pragmáticos de la IAP, es necesario comprender que el desarrollo de una investigación social comprometida con la transformación y construcción de otras posibles realidades, no se puede desarrollar sin que no haya un posicionamiento real en términos culturales, político e histórico de los sujetos, es decir, sin la toma consciente de la historicidad que los circunscribe frente a la realidad, o lo que se ha de llamar como apropiación subjetiva de la realidad.

De modo que este tipo de investigación social de orden emancipatorio apuesta por el desarrollo de escenarios colectivos para la ampliación de la conciencia política e

histórica de los sujetos que sin duda viene a privilegiar la elaboración de nuevos ángulos de lectura y apropiaciones diferentes de la misma realidad, así como de potenciar prácticas y construcciones de proyectos comunes (Torres Carrillo, 2019).

De ahí que la IAP busque ser una práctica investigativa que conjura desde la producción de conocimientos, escenarios de participación para la construcción de sentidos y voluntades colectivas con los cuales los sujetos sociales actúan sobre la realidad. Además, como práctica de investigación social comprometida con los sentidos y voluntades emancipatorias de los sujetos y ser a su vez una apuesta productora de conocimientos, busca articularse desde su horizonte epistémico y metodológico, a las iniciativas y dinámicas de acción colectivas populares de las comunidades que están construyendo perspectivas de futuro y buscando incidir con pertinencia histórica en la realidad, y con las cuales se debe acordar y definir el por qué y el para el qué de la investigación, el qué se va a investigar y el cómo hacerlo, a quiénes se involucrarán en cada momento del proceso, qué se hará con los resultados etc.

Frente a lo anterior, en casi todas las ocasiones y momentos proyectivos de los procesos de investigación, se forma un equipo responsable de la investigación, que asume la corresponsabilidad en la recolección de la información, su análisis e interpretación, así como en la escritura y presentación de los resultados (Torres Carrillo, 2019; Fals Borda, 1978).

Esta práctica de investigación social no sólo reconoce la presencia de los sujetos y la subjetividad como objeto de conocimiento, sino que también reconoce en los colectivos y organizaciones sociales la capacidad de ser constructores de realidades a escala microsocial, los cuales, a través de su voluntad y acción práctica, se van constituyendo como sujetos productores de sentidos y de saberes.

La necesidad de abordaje y comprensión de lo subjetivo desde este nuevo campo problemático de estudio y perspectiva de conocimiento que iba brotando y decantando dentro de los marcos epistémicos de las investigaciones sociales durante los años de 1960 y 1970, fue tomando fuerza no sólo porque abrió las posibilidades de pensar la realidad social a partir de la comprensión de los sujetos y sus subjetividades, sino porque dio la posibilidad de construir prácticas alternativas de investigación social e histórica para la construcción de conocimientos transgresores que orientaran y facilitaran a su vez el empoderamiento de las comunidades y la formación de colectivos de conocimientos para reflexionar sobre esas mismas realidades.

Dicha necesidad y apertura de posibilidades para la construcción de conocimientos se dio gracias a la comprensión de que la IAP hace parte de una experiencia educativa que sirve para determinar las necesidades de los sectores populares, así como coadyuvar a crear mayor conciencia de sus propios recursos y posibilidades.

Para la IAP fue importante tomar como condición de alternatividad, la subjetividad de los sujetos como base de la comprensión epistémica, ya que la subjetividad como resultado histórico y producto de las confluencias temporales (pasados, memorias, visiones y opciones de futuro en concreción con el presente) que, articulado al propio devenir cambiante de la realidad social que se expresa en un variado y permanente movimiento, posibilita procesos de producción de sentidos y saberes nuevos y en tensión con lo instituido, que son las condiciones necesarias para actuar sobre la realidad y reorientar la historia (Torres Carrillo, 2019).

Este reconocimiento de lo subjetivo en la investigación social fue importante porque llevó a la construcción de comprensiones sobre cómo los sectores o actores sociales del presente pueden tomar conciencia de su papel como sujetos históricos y

cómo pueden llegar a construir procesos colectivos emancipatorios a partir de la misma apropiación y lectura histórica del mundo (Freire, Pedagogía del oprimido, 2005).

Sin duda el reconocimiento de la subjetividad y del sujeto en esta apuesta investigativa viene siendo el resultado de los ejercicios de crítica y cuestionamiento de las prácticas institucionalizadas de investigación que se venían desarrollando en los centros de producción de conocimiento social, que se caracterizaban por querer imitar o trasladar ideas y prácticas proveniente de las tradicionales formas del pensar occidental, que coloca como prioridad, “la teoría sobre la realidad, o la teoría sobre la práctica, la contemplación sobre la acción” (Torres Carrillo, 2019, pág. 105).

Es fundamental mencionar en este momento de reflexión que tanto la apuesta de IAP como la Educación Popular parten de esa misma necesidad de problematización de las realidades opresoras, del reconocimiento de la historicidad de los sujetos y de las necesidades de saber de estos, en toda su dimensión y potencialidad.

Esta confluencia de principios que se anuda a la IAP, así como a la Educación Popular, van de la mano con la postura epistémica de que toda práctica investigativa y educativa que aspire a formar a sujetos en colectivo debe estar pensada, orientada y contextualizada históricamente para así impulsar de manera efectiva, variadas prácticas de formación y acompañamiento con el fin de elevar de mejor forma el nivel de conciencia popular de los sujetos (Torres Carrillo, 2019).

La IAP, así como la Educación Popular, procura el uso flexible y antidogmático de los enfoques epistémicos y metodológicos a la hora de abordar y producir conocimientos sobre la realidad, que ha de generar una disposición de perspectivas en favor de la comprensión de los problemas, así como de dar ductilidad a los desafíos que demarcan una práctica investigativa y formativa que se orienta a resolver preguntas y cuestionamientos en los propios contextos de intervención. Sin duda alguna estas



propuestas toman distancia de las miradas tradicionalistas de las ciencias sociales y de la educación, sobre todo de los enfoques que condicionan a la realidad como algo dado y no como algo que se está dando, es decir, que se puede construir y dar. Bajo estas razones, estas dos propuestas se instituyen como propuestas alternativas donde confluyen “diferentes perspectivas disciplinares, tradiciones teóricas, campos de saber no académico y pluralidades de enfoques epistémicos” (Torres Carrillo, 2019, pág. 26).

Por lo tanto, la IAP como la propuesta de Educación Popular ha sido el fruto de una serie de posicionamientos críticos de un puñado de pensadores latinoamericanos que se fueron comprometiendo en saber y acción con los proyectos de transformación social. Es importante indicar que dichos posicionamientos se despliegan de manera sinérgica a partir del enraizamiento de la dimensión ética-política del investigador social en los procesos de investigación y construcción de conocimientos y que es producto a su vez de la asimilación y aplicación renovada de los paradigmas críticos en la producción de saberes desde nuestros contextos y temporalidades.

Es clave remarcar que estas dos apuestas nacen en un contexto de reactivación y ascenso de los movimientos populares de base y del cumulo de confluencias de referentes, prácticas y apuestas académicas, así como políticas e ideológicas marcadas en la moldura del pensamiento de izquierda que proliferaron en Latinoamérica a finales de la década de 1960 y comienzo de 1970. De ahí que se mencione que tanto la IAP como la Educación Popular fueron resultado y consecuencia de los contextos y las condiciones de re-aplicación de las perspectivas metodológicas de los paradigmas marxistas en Latinoamérica y de las consecuentes acciones de un heterogéneo grupo de pensadores y científicos sociales insertos en estas nuevas apuestas epistémicas, así como en todas estas dinámicas de ascenso de las experiencias organizativas de base en América Latina.

Es importante ubicar que la IAP como la Educación Popular estuvieron influenciados por los cambios generados al interior de la iglesia católica a partir del Concilio Vaticano II y de la II Asamblea de la CELAM en Medellín en 1968, así como del surgimiento de la Teología de la Liberación que cambió los modos en que se venían desarrollando las experiencias de trabajo popular entre las comunidades religiosas. A partir del llamamiento o principio teológico de la “opción por los pobres” de la Asamblea en Medellín y de la necesidad de renovar las bases sociales de la iglesia, se redescubrió la importancia del lugar social que tiene la teología y el trabajo de las comunidades religiosas en las transformaciones sociales y culturales del pueblo.

Sin duda estas dos apuestas epistémicas interdisciplinarias que le dan importancia a la organización popular y a la producción de conocimiento social, así como de estar orientadas a la búsqueda y edificación de escenarios para la transformación de los sujetos y los sectores populares desde el saber vivencial y cultural y, a partir de unas praxis y una actitud dialogante; se fueron emplazando alrededor del objetivo de develar los caminos para llevar a cabo verdaderos procesos de transformación social.

Por consiguiente, es importante comprender que la construcción de estas dos perspectivas metodológicas críticas y de acción consecuente en favor de la producción de saberes potencialmente emancipatorios, influenciadas en su conjunto por las propuestas pedagógicas de Paulo Freire y la comprensión científica de Fals Borda, se enhebraron mutuamente hacia el desarrollo de una práctica educativa e investigativa socialmente comprometida, al servicio de las comunidades y los sujetos excluidos, la cual debe servir para ayudar aprender a leer y comprender críticamente la realidad y actuar para transformarla, desde un diálogo horizontal y de una actitud democrática, participativa y solidaria que posibiliten espacios para el encuentro con los otros, con el

fin de transformar la historia opresiva, de silencios y de ocultamientos que caracteriza a nuestra realidad.

En síntesis, podemos decir que estas apuestas han sido el resultado de la crítica a la racionalidad instrumental en las investigaciones sociales y en la educación que resultasen insuficientes para comprender las diferentes racionalidades que constituye la subjetividad y los múltiples dinamismos sociales presentes en la realidad social latinoamericana, además de ser apuestas que promueven la formación de una cultura política y democrática a partir de la misma producción de saberes que se vuelcan a estar en función de los proyectos de emancipación de las bases populares.

A partir de las reflexiones sobre el reconocimiento de lo subjetivo en las propuestas de IAP y en la Educación Popular, es significativo situar como central en nuestro ejercicio de reflexión pedagógica, los vínculos que se entretienen entre los ejercicios desarrollados por el Frente Cultural en el marco de las actividades de Investigación-Acción Participativa de la Rosca y el campo alternativo de la Educación Popular (EP), especialmente las conexiones con los elementos de análisis sobre las prácticas pedagógicas populares y los efectos políticos de estas en la constitución de subjetividades colectivas entre las bases populares.

Con el fin de construir nuestra reflexión sobre el entretendido de estos vínculos, creemos que es importante partir de la construcción de una reflexión que articule el propósito del Frente Cultural con el principio de la *devolución sistemática de los conocimientos* de la IAP y la unión que tiene estos propósitos con los elementos constitutivos, implícitos o explícitos que caracterizan a la Educación Popular, con el fin de ir señalando cómo los ejercicios del Frente Cultural se emplazaron bajo preocupaciones por lo educativo.

### **3.2 El Frente Cultural. De la devolución sistemática a una apuesta práctica de educación popular.**

De acuerdo con lo que hemos señalado, las apuestas artísticas del Frente Cultural, ancladas a las actividades de difusión de los resultados de investigación social comprometida, es decir, ajustadas a los marcos de la devolución sistemática de los conocimientos socialmente construidos, producto de los procesos de recuperación crítica de la historia –rescate, recolección y sistematización– establecidos y desarrollados desde las técnicas de participación-inserción, así como desde unos objetivos políticos vinculados dialécticamente a concepciones educativas, se fueron emplazando esquemáticamente hacia la socialización de saberes en favor de la búsqueda de una acción política a partir del establecimiento de una práctica educativa popular a la medida de los problemas sociales y educativos, así como desde las experiencias culturales de las masas populares.

Es importante comenzar reseñando que el trabajo popular del Frente Cultural y todas sus apuestas artísticas respondían al principio de la *devolución sistemática de los conocimientos* que hace parte integral del proceso metodológico de la IAP, en el cual no se considera que el destino de los conocimientos socialmente construidos sean simplemente el de acumularlos, descubrir leyes o principios científicos, sino de difundirlos hacia el lugar de donde emergieron, de forma sistemática y ordenadamente dispuestos para que las bases logren asimilarlos desde su vivaz experiencia cultural.

Por tanto, el proceso de asimilación está determinado por la posibilidad de creación de una síntesis cultural entre el saber popular y el saber científico, de etapas y secuencias para la retroalimentación crítica de los saberes y su evaluación; así como del montaje y la producción de materiales ajustados y ordenados según el nivel educativo

de los sujetos y que estén basados en técnicas dialógicas y de comunicación simple o de fácil acceso para los sectores populares.

La estrategia de la *devolución sistemática* contiene unos elementos comunicativos que podemos llamar como: elementos de “traducción”, que están orientados en ser mediadores de los procesos de socialización de los conocimientos (divulgación) y de los procesos de recepción (asimilación). Estos elementos comunicativos están definidos bajo la idea de que todo mensaje, documento o cualquier producto investigativo debe ser elaborado y pensado en quienes lo van a escuchar o leer, es decir que debe ser “traducido”, lo cual ha de volver el ejercicio de la difusión y el proceso de asimilación en un problema educativo.

El principio de la devolución sistemática presupone reconocer las posibilidades de apropiación de los conocimientos que tienen las bases populares, así como de identificar en ellos aquellos elementos educativos, culturales y comunicativos que puedan facilitar la comprensión y asimilación de los conocimientos. El Frente Cultural identificó evidentemente todos estos elementos, así como el reconocimiento de la historicidad de los sujetos, sus condiciones y características socioculturales, el acumulado histórico y todos los sentidos simbólicos de existencia (lenguajes, tradiciones culturales, oralidades, expresiones artísticas, etc.) que están definidos por un complejo de elementos culturales ignorados con frecuencia por las prácticas investigativas académicas y por la educación tradicional.

Por eso para el principio de la devolución sistemática se hacía necesario adoptar técnicas simples de redacción y concepción de materiales de divulgación, así como de utilización de varios estilos de difusión (música, comics, cuentos, noticieros radiales, dramatizados, historietas...), en un lenguaje y apuestas de presentación accesible y según los códigos comunicativos de las bases populares. Frente a lo anterior el maestro

Fals Borda (1985) señala que se hacía importante “tener en cuenta no sólo los niveles de conciencia política, sino la habilidad de comprensión de los mensajes escritos, auditivos o visuales por parte de las bases y del público” (pág. 66).

Para el maestro Fals Borda era importante divorciarse de los conceptos, definiciones y terminologías complicadas empleadas en la presentación y divulgación tradicional de los resultados de investigación que en últimas representaba poner en tensión el monopolio de la letra escrita y las normas que rigen la presentación de los resultados de investigación científica y académica. De ahí que el principio de la devolución sistemática ha de asumir y caracterizarse por contener una condición de disputa y de puesta en tensión de todas esas relaciones de poder científicista que se imponen en los procesos de validación de los resultados de investigación.

Ahora, el criterio de validación de los conocimientos, así como toda situación concreta de asimilación y recepción efectiva ha de estar determinada en la acción colectiva consecuente.

Devolviéndonos un poco a la reflexión introductoria, es importante señalar que esta divulgación no se ciñe únicamente a un proceso técnico básico de difusión, que ha de poner de prioridad a la comunicación, sino a los propios procesos de asimilación, que se pondera o se ajusta a partir de los diversos niveles de comunicación (estilos y formas) pero que se piensan según los niveles de comprensión de a quienes están dirigidos los ejercicios de divulgación: intelectuales, cuadros avanzados o bases iletradas (Fals Borda, 1985).

Hemos señalado que el Frente Cultural se convirtió de alguna forma en el puente comunicativo para los procesos de devolución o propagación de los conocimientos producidos a partir de las actividades de *recuperación crítica de la historia*, desarrollados en activa participación con las bases y de acuerdo con un proceso

dialógico entre sujetos y saberes que procura el encuentro simétrico de experiencias, sentidos y lenguajes en favor de la edificación de alternativas formas de pensar, interpretar, narrar y visionar la realidad histórica.

Hay que mencionar que el ejercicio de *la recuperación crítica de la historia* que llevó a cabo la Rosca y la Fundación del Caribe en las dinámicas organizativas de la ANUC buscaba rescatar las experiencias y saberes sumergidos en las históricas luchas de los campesinos de las sabanas del caribe colombiano, con el fin de reapropiarlas y reorientarlas para que vuelvan a ser útiles a los propósitos de formación y concientización de las bases campesinas insertas en el proceso organizativo de la ANUC. Cabe agregar que esta actividad de recuperación no fue más que un ejercicio de reapropiación didáctica de los saberes históricos puestos en función de una reconfiguración y edificación de nuevos saberes manifiestamente políticos.

De forma que el ejercicio de *recuperación crítica de la historia* buscaba responder a los esfuerzos por la reconstrucción de saberes que validaran las acciones políticas de la organización campesinas, en otras palabras, buscar y dar las razones objetivas para los procesos de lucha y resistencia de los sectores populares campesinos a partir del rescate de aquellos elementos culturales e históricos (vivencias y experiencias históricas de lucha) que están inscritos en el pasado y que tienen la capacidad de potencializar los intereses políticos y culturales de las bases y así dar un mayor impulso y eficacia, a partir del empoderamiento cultural y el saber histórico, a las luchas del momento (Fals Borda, 1985). De ahí que el ejercicio *de recuperación crítica de la historia* junto con la *devolución sistemática* se fuera configurando como un ejercicio posibilitante de procesos de formación, concientización, dinamización y movilización política de las bases populares.

Lo anterior nos lleva a señalar que la necesidad de difusión de los conocimientos no solamente iba en la vía de la socialización de los resultados de investigación, sino que estaban orientados a la formación de nuevos conocimientos transgresores entre las bases, además de estar estratégicamente organizados en favor de reavivar la historia y la cultura popular como soporte de la lucha por el poder político, así como mecanismo de dinamización del proceso histórico y de la acción colectiva de los *grupos claves*, en pro de su desalienación histórica (Fals Borda, 1971).

Para que se llevaran a cabo estas orientaciones se hizo necesario que el Frente Cultural entendiera que la difusión de los resultados de investigación debía estar ajustados a los parámetros basados en la simplicidad comunicativa y asentados en unas metas empáticas *–de comprensión–* y simpáticas *–de identificación*, es decir, de compartir los motivos e intereses de los otros—. Además, debía estar orientado hacia un carácter puramente formativo (educativo), buscando ante todo asegurar que los resultados de investigación fueran asimilados de la manera más adecuada y sin que se limitaran el entendimiento de los saberes de forma diferente a como los sectores populares entendían su realidad y su experiencia cultural. Estas orientaciones buscaban que los saberes llegaran a las bases y que estos se sirvieran de ellos para comprender la realidad y avanzar eficazmente en su acción de lucha (Zamosc, 1985).

El proceso de *devolución sistemática de los conocimientos*, así como todos los otros momentos metodológicos de la IAP, se concentró en los intereses populares de los *agentes de cambio* y en la defensa de los mismos y sus necesidades, puesto que la intención de cada uno de los momentos metodológicos se orientaban a dar o ponerles voz a dichos agentes, a dinamizar los conocimientos construidos, así como de potencializar sus apuestas organizativas en las dinámicas de lucha de clase. Estos momentos metodológicos se acomodan en razón a la urgente necesidad de que nuestras



clases populares deben de disponer de conocimientos contextualizados para comprender las singulares y complejas realidades sociales (Fals Borda, 1997).

Es importante mencionar que estos dos momentos tienen un sustento metodológico que está enmarcado en la línea de trabajo de masas del maoísmo y específicamente en el principio “de las masas a las masas” que no significa más que:

recoger las ideas dispersas y no sistemáticas de las masas desechando las incorrectas y resumiendo las justas transformándolas en ideas sistematizadas y sintetizadas mediante el estudio y la reflexión, para luego llevarlas a las masas, propagarlas y explicarlas, de modo que las masas se apropien de ellas y las traduzcan en acción. Al mismo tiempo, comprobar en la acción la justeza de esas ideas, luego volver a resumir las ideas de las masas y llevarlas a las masas para que perseveren en ellas. Esto se repite infinitamente y las ideas se tornan cada vez más justas, más vivas y más ricas de contenido. Tal es la teoría correcta del conocimiento de la realidad social (Mao Tse-tung, 1972, pág. 23).

Como se ha señalado, este proceso de devolución no deja de lado o no desconoce las características culturales y socioeducativas que demarcan a los agentes de cambio. Para la Fundación y el Frente Cultural era importante no solo empatizar con estos intereses populares, sino que era trascendental comprender que la devolución de los resultados de investigación no se podía dar de cualquier manera, sino de manera sistemática y ordenada, de forma simple y directa, sin arrogancia científicista y sin el uso de terminologías ajenas al contexto social. Debían estar alimentadas por los mismos mecanismos de asimilación de las bases populares y establecidas en una relación directa con la experiencia histórica de estos y, ante todo, en función de la transformación del sentido común de las bases frente a la realidad imperante (Fals Borda, 1997).

Para el Frente Cultural fue importante comprender que el uso del lenguaje y la modificación diferencial era clave en los procesos de comunicación y difusión de los conocimientos en los sectores sociales marginados y excluidos socioeducativamente como los campesinos del caribe colombiano. Por eso, era trascendental adoptar formas diferenciales de comunicación, más acordes a esas realidades socioculturales; lo cual obligaba “revisar conceptos y definiciones, y a combatir el estiramiento científico-académico y la verbosidad especializada, llevando a diseñar formas nuevas de publicación (...) más abiertas y menos esotéricas y descreadoras” (Fals Borda, 1997, pág. 40).

Cabe resaltar que para la Rosca y el Frente Cultural era importante comprender los códigos compartidos de comunicación de los grupos de base, sus entramados simbólicos y discursivos, es decir, los andamiajes culturales que los sostienen y que se manifiestan en sus modos tradicionales de existir. Estos códigos y entramados simbólicos brindaron pistas para la comprensión de los modos de cómo las comunidades se piensan, aprenden y se han constituido en genuinas formas históricas de resistencia popular frente a las más salvajes formas de exclusión y dominación homogenizante de la modernidad capitalista.

Aprender los códigos populares y romper el esquema comunicativo de expresión académica, determinó colocar en tensión las comunes y acostumbradas formas institucionalizadas de divulgación de los conocimientos, así como la discusión sobre las posibilidades reales de comprensión que tenían las bases populares y los modos en que estas asimilan las ideas y los saberes. Esta situación conllevó a determinar marcadas discusiones frente si la producción de un conocimiento ‘científico’ sobre la realidad impedía o no, la formación de una conciencia colectiva sobre la realidad y si estos a su vez tenían sinergia entre las necesidades y esperanzas de transformación de las bases

populares (Fals Borda, 1997). A partir de estos elementos de tensión fue por donde el Frente Cultural se proyectó como instancia mediadora.

Los integrantes del Frente Cultural basados en los principios de inserción en el proceso social y de plena identificación con las necesidades y urgencias históricas de las bases populares, comprendieron lo pertinente que es saber interactuar, visibilizarse y estar con las comunidades a partir de un claro quehacer práctico-formativo. Un quehacer práctico que en conveniencia e interés debía buscar todas aquellas formas y modos en que se pueda elevar la autoestima o el autorreconocimiento de las bases como la condición básica para la toma de conciencia, y una de las tareas de dicho quehacer fue el rescate de la cultura popular campesina.

De modo que la labor práctica del Frente Cultural se entrecruzaba con la necesidad de buscar las herramientas adecuadas para desarrollar los procesos de difusión desde la esfera de la cultura, con unos contenidos, finalidades y orientaciones claras para armar ideológica e intelectualmente a las bases populares y aumentar el nivel de las confrontaciones de clase (Fals Borda, 1997).

Para el Frente Cultural y según las necesidades políticas de la organización campesina, todo el trabajo de creación y producción artística debía estar acondicionado y adaptado hacia la exaltación y elogio de la experiencia histórica de lucha del campesinado caribe, así como estar ajustado a las aspiraciones políticas de la organización campesina, con el objetivo de contribuir a los fines de formación de una conciencia campesina a partir del rescate y fortalecimiento de una cultura popular propia. Estas adaptaciones y ajustes buscaban agilizar los procesos de devolución sistemática de conocimiento para así nutrir de mayor eficacia la asimilación de los resultados y, por tanto, la formación de nuevos conocimientos.

Para lograr estas metas era necesario la aplicación de principios y técnicas de comunicación convenientes, con un estilo sencillo y modesto de comunicación que lleven a resolver los problemas históricos de formación política o hacer política de tipo popular entre los sectores sociales como el campesinado con unos claros índices de analfabetismo.

Hay que decir que el Frente Cultural, pensando en establecer un camino comunicativo con el campesinado, comenzó a adecuar los resultados de investigación a partir de las tradiciones culturales y los elementos idiosincráticos que definen culturalmente a las bases, rechazando de antemano todos aquellos lenguajes que no hablan y no han de comprender el campesino. Por tanto, la predilección era pues rechazar toda terminología prefabricada, bien sea academicista, así como de la misma teoría revolucionaria que la mayoría de la gente ignora y hasta repudia (Mao Tse-tung, 1972). De modo que, a la hora de establecer ese camino de comunicación, el Frente Cultural fue acoplando todos aquellos elementos comunicativos con que las bases se relacionan en su cotidianidad, identificando en sus constructos lingüísticos y literarios, aquellos estilos de comunicación en donde se conjugan unidades de pensamientos y se enraízan las fibras más sensibles del alma de las bases.

Sin duda alguna la toma en cuenta de las tradiciones culturales y los elementos identitarios (folklore) que sustentan las identidades de los pueblos o lo que se ha de llamar: *sistemas de creencias*, así como todos los sentidos aglutinadores propios o comunes de saberes de las masas, contenidos en el lenguaje y en las prácticas cotidianas de saber de las comunidades, fueron determinantes en lo que podríamos llamar como: constitución de un vínculo cultural, entre los integrantes del Frente Cultural y las bases populares campesinas, que no se complejizaron en sujeciones estructuradas y científicamente pensadas.

La comprensión de los elementos identitarios y los sentidos aglutinadores culturales, así como la consideración de eso que llamaría Gramsci (1986) como: *sentido común*, producto de un devenir histórico determinado, conllevó a que se establecieran las vías por las cuales se pudieran identificar los modos en que las masas han experimentado la realidad histórica, las causas mediatas e inmediatas de los sucesos, así como las formas en que estas han logrado desarrollar escenarios de reflexividad o comprensión de la realidad, es decir, el saber popular

De modo que comprender y entrarse a la cultura popular de las masas, es decir el soporte de las mentalidades, el sentir y el pensar de las clases populares marginadas, fue significativo porque en su conjunto determinó no solo los fundamentos para la revaloración de las expresiones más propias de las bases populares sino que también llevaría a concretar o poner de relieve, entre las acciones de las masas, la necesidad de constitución de nuevos vínculos culturales, de unir la experiencia histórica con una acción consecuente, así como de llevar las voluntades colectivas (las subjetividades políticas) a una progresiva situación de reinterpretación de la acción y la cultura que ponga en tensión o remplazo las concepciones de la realidad hegemónica, es decir, llegar a una superación cultural (Gramsci, 1986).

De manera que para el Frente Cultural era trascendental tener en cuenta las formas por las cuales se conjuran las identidades y mentalidades de los sujetos populares, puesto que es en la cultura popular, entendida como una práctica histórica, donde se puede desarrollar múltiples voluntades y donde es posible reedificar o modificar –poner en pugna y resistencia– las relaciones orgánicas hegemónicas en el seno de una sociedad –no aglutinadora– y con una evidente crisis cultural (Gramsci, 1986).

Para el Frente Cultural era trascendental crear un sistema o comunión de intereses en el que se respeten los tiempos, necesidades, formas y modos en que las masas populares han transitado histórica y culturalmente. Dicho sistema o comunión de intereses tenía como finalidad unificar política y filosóficamente el sentido común de las clases populares subordinadas desde la edificación de espacios para la comprensión histórica, así como desde apuestas culturales que se experimentan subjetivamente desde la reafirmación cultural.

Por otro lado, es clave tener presente que la *inserción en el proceso social* no solo suponía el reconocimiento de todos estos elementos idiosincráticos, sino también la identificación y armonización con las necesidades populares, lo cual determinaba acomodar y vincular los saberes y las intenciones políticas, de acuerdo con las necesidades y los deseos de las bases populares. Lo anterior expresa que el simple ejercicio de inserción conllevaba entender que todas las intenciones del trabajo popular del Frente Cultural debían estar en relación con las necesidades de recuperación y producción de conocimiento necesarios. Esta armonización o consonancia expresaba por igual que todo el trabajo popular ceñido a las necesidades de las comunidades reduciría las distancias entre los saberes y apuestas de los actores sociales y los investigadores, así como la instrumentalización de estos.

Es importante hacer referencia que el proceso mismo de *inserción comprometida* determinaba redefinir el carácter teórico y las apuestas prácticas del grupo de trabajo, porque dicha inserción implícitamente contiene los componentes de la *Praxis*. Esta nueva concepción sobre el trabajo popular dotó a los integrantes del Frente Cultural de una conciencia participativa y orgánica, en razón de las demandas populares, más acorde a las necesidades de emancipación de las bases y menos afines a las acaparadoras y traficantes necesidades de producción de conocimiento de la academia,

de su rigor científicista y sus aparatos de validación excluyentes que anaquelan toda la producción de conocimiento social que pudiera ser útil a la sociedad en su transformación.

Con respecto a los elementos antes señalados es necesario recalcar que este proceso de inserción se asienta en la ejecución de misma de la *Praxis* o la acción instrumental del investigador social, que a partir de sus consideraciones críticas, científicas, filosóficas e ideológicas, articuladas formalmente a la acción comprometida, que en este caso es educativa, promueve apuestas alternas de construcción de conocimientos, así como de procesos flexibles y comprensibles de devolución, es decir, más sensitivos en su esencia frente a las necesidades materiales y de existencia de las bases; llevando al investigador a involucrarse orgánicamente con las bases y de adoptar “una actitud de aprendizaje y de respeto por la experiencia, el saber y la necesidad de los otros, alistándose al mismo tiempo para dejarse “expropiar” su técnica y conocimiento, lo que conlleva aproximarse de mejor forma a la realidad social para entenderla y posibilitar transformaciones” (Fals Borda, 1978, pág. 46).

La exigencia por la *Praxis* implicaba que los intelectuales debían asumir una serie de criterios de “corrección” de los pensares investigativos, así como de los paradigmas y teorías del conocimiento que les sustentaban. Esta “corrección” partía objetivamente de los compromisos ideológicos asumidos por el investigador, por los cambios o transformaciones sociales de la realidad social que observa, analiza y experimenta, así como de la misma toma de conciencia de su propia realidad, es decir, de “su pertenencia a la sociedad y al mundo de su tiempo (...) el cual renuncia de una posición de simple espectador y se coloca –con su pensamiento o su arte– al servicio de una causa” (Fals Borda, 1971, pág. 66).

Esta corrección o acomodamiento de las dimensiones subjetivas e ideológicas del investigador, es producto de la misma necesidad de adopción de los lenguajes, modos de pensar y actuar, etc., de las bases, lo cual no quiere decir que se desplieguen sustancialmente factores de conflictividad, de imposición o de sustitución, ya que lo que conscientemente se busca es la compatibilidad o las condiciones de ajuste elemental de nuevo orden. Por tal razón y para llevar a cabo un proceso de devolución y socialización de los saberes era necesario dejar de lado toda presunción de superioridad y de conciencia avanzada en dichos procesos, ya que el mismo proceso ha de partir de una serie de acomodaciones culturales en marcadas en una relación efectivamente dialógica; lo que ha de promover encuentros y un ejercicio de inserción social más auténtico y vivencialmente más comprometido en la construcción misma de saberes, conllevando a reducir las veladas distinciones de neutralidad y objetividad científica.

A partir de este proceso de inserción y acomodamiento, los integrantes del Frente Popular, como investigadores y educadores populares, se fueron redescubriendo y revelando de forma consciente en la realidad social del campesinado y al revelarse en ella, fueron redefiniendo y precisando las perspectivas de inserción y de trabajo formativo y en general, todo el trabajo popular y sus objetivos, en tanto a los procesos de producción de conocimientos y de dinamización sociocultural y política. Esta situación conducía inevitablemente a atender los marcos culturales de las bases campesinas o adoptar sincréticamente sus prácticas, saberes y lenguajes como elementos útiles para los procesos de formación. En últimas, entender las raíces históricas y las razones culturales de las bases populares y acomodarse en ellas, se fue volviendo parte fundamental en el desarrollo mismo de los ejercicios de formación política y de construcción de conocimientos.



Por esto, en este proceso fue importante tomar en cuenta las raíces históricas y culturales, así como todo el contexto natural y social –las ecologías culturales– de las bases populares para los procesos de devolución sistemática de conocimientos, ya que estas se enraízan y se atan a una serie de significados, simbolismos, valores compartidos, discursos y saberes propios del campesinado que son congruentes con las metas culturales de reafirmación cultural y transformación social de la realidad.

El Frente Cultural comprendió que los intereses políticos y organizativos no debían estar desconectados de los sistemas culturales e históricos propios de los contextos regionales, ya que estos son elementales para la producción de saberes y la asimilación colectiva de los mismos y, por tanto, robustecedores de la identidad cultural colectiva. Todas estas aprehensiones se fueron amalgamando en el marco de los propósitos del trabajo popular del Frente Cultural que era el de dinamizar y concientizar a las bases campesinas y todo su constructo identitario. Sin duda para la Rosca, los sustentos movilizados y políticos que sostienen la lucha y la organización campesina se encuentran o están incorporados en la sabiduría popular, la tradición y la cultura campesina, es decir, en todos los elementos idiosincráticos e identitarios que les han sostenido históricamente (Fals Borda, 1997).

Bajo estas razones era clave comprender que todo el trabajo de investigación-acción, así como los procesos de formación política debían apreciar y reconocer el papel que tiene el saber popular y todo el sistema de creencias del pueblo, es decir, el sentido común y cultural, que, aunque “incoherentes y dispersos”, tiene un gran valor como fuente de conocimiento y articulador de la praxis educativa a nivel popular.

Es importante señalar que el reconocimiento de los sentidos culturales y la sabiduría popular no se pudo haber hecho posible sin unas apuestas dialógicas de saberes, es decir, sin una actitud de escucha y de aprendizaje de toda la experiencia

social y cultural de los sujetos, de sus necesidades y sus deseos de cambios, porque es a partir de una práctica dialógica de saberes, sin presunción o arrogancia intelectual, es cuando es posible una producción plural de conocimiento.

Dichas prácticas dialógicas posibilitaron la participación decisiva de los sujetos involucrados en la construcción de saberes, así como a desarrollar una serie de aperturas y confluencias de formas de pensar, interpretar y narrar la realidad entre los sujetos que participaron en la experiencia dialógica (Torres Carrillo, 2019).

De igual manera es de trascendencia señalar que toda aquella práctica popular investigativa o educativa que contenga en su esencia procesos dialógicos, posibilita a que todos los actores involucrados en dicho proceso pongan en tensión y problematización todos los saberes acumulados como partida para que se pueda dar el aterrizaje de otros lenguajes y miradas sobre la realidad, puesto que el mismo ejercicio dialógico en su naturaleza permite que se den procesos movilizadores de ideas, así como de nuevas posibilidades de saberes.

Hay que decir que todos estos reconocimientos están fijados a una línea de trabajo del hacer práctico educativo, desde los principios del materialismo dialéctico y bajo una práctica social de tipo cultural pensada desde unas concepciones holísticas del trabajo popular revolucionario que buscan ampliar y poner en uso determinadas herramientas culturales en favor de la formación y concientización de las masas, y así cumplir con unas metas de transformación, previa a una producción cultural e intelectual de nuevo tipo que conlleve alcanzar propósitos políticos amplios.

El ejercicio de trabajo popular de tipo artístico llevado a cabo por el Frente Cultural, amalgamados a los intereses por la divulgación de los resultados de investigación, se fue convirtiendo en un tipo de apuesta práctica de educación popular, porque se preguntaban sobre las formas de cómo era posible llegar a las masas

populares para recibir, reconstruir y devolver con su presencia, todos los saberes históricos y culturales que puedan conllevar a una acción social productora de sentidos, posibilitantes de memoria y por tanto, determinante de la concientización política.

De lo dicho anteriormente se puede llegar a concluir que la base de ejecución de las prácticas artísticas del Frente Cultural vista desde los elementos reflexivos de la educación popular, estuvieron condicionados bajo un parámetro educativo y desde los componentes dialógicos de formación, ya que lo que se buscaba era transmutar y reorientar los resultados y conocimientos adquiridos hacia una reconstrucción de saberes, acorde a las realidades propias del contexto colombiano y en vínculo con todos los andamiajes subjetivos, históricos y culturales de las bases.

Frente a lo señalado creemos que estas experiencias tienen un lugar en la valoración y reflexión pensadas desde la Educación Popular, la cual considera que el saber popular, artístico y estético es posibilitante de procesos de enseñanza y aprendizaje y condicionantes para la emancipación popular (Torres Carrillo, 2011).

Por esto creemos que todas estas prácticas artísticas, culturales, literarias, así como los ejercicios de construcción y devolución hacen parte de un proceso práctico de educación popular.

#### **4. Capítulo IV**

##### **4.1 Conclusiones. El Frente Cultural: una práctica pedagógica intencionalmente emancipatoria.**

Según lo comprendido e interpretado hasta este momento, la apuesta de trabajo popular del Frente Cultural estuvo orientada en desarrollar una experiencia de práctica

cultural formativa directa con las bases campesinas e intencionalmente organizadas para posibilitar la constitución de escenarios de producción, reflexión y socialización de saberes que lleven a empoderar política, intelectual e ideológicamente a las bases campesinas en dirección a unos objetivos de cambio social.

Sin duda alguna, las apuestas y el desarrollo práctico de trabajo popular del Frente Cultural vistas como un ejercicio pedagógico movilizante de escenarios de lucha y movilización social, tenía como finalidad incidir de manera trascendental en los procesos de formación política de las bases campesinas iletradas a partir de la conjugación de elementos mediadores –culturales– y didácticos necesarios para configurar saberes y proyectos ético políticos, así como permitir tejer posibilidades inéditas y viables que accedan recuperar al sujeto histórico campesino en perspectiva del ensanchamiento de su conciencia y habilitándoles de herramientas que les permita operar en un mundo de cambios (Quintar, 2018)

Estas reflexiones nos demandan incorporar y a establecer desde la amplitud dimensional de la Educación Popular, una serie de interpelaciones pedagógicas con el propósito de comprender qué es lo pedagógicamente implícito en dichas prácticas culturales que, a nuestro modo de ver se emplazaron proyectivamente hacia la socialización de saberes, a la configuración de relaciones y dimensiones posibilitantes de nuevos y transgresores sentidos de vida y de identificación colectiva, así como a la búsqueda de múltiples articulaciones que lleven a comprender las complejidades de la realidad histórica.

Para nosotros las prácticas artísticas del Frente Cultural evidentemente se orientaron hacia la edificación y configuración de diversos escenarios de encuentro, de experiencias y saberes, lenguajes y relatos, prácticas y representaciones culturales – diálogo de saberes– enfocados a tensionar, incidir y desbordar las subjetividades

individuales y colectivas del campesinado en favor de un proyecto emancipador. Dichas prácticas artísticas lograron potencializar al sujeto campesino en su esencia política gracias a la puesta en tensión de toda su experiencia sociocultural –existencial, material y simbólica– y, ante todo, de la provocación de sus deseos, pasiones y voluntades, y todo aquello que los enraízan y a posicionarse subjetivamente como sujetos históricos a un contexto cultural determinado.

Dicho lo anterior podemos decir que estas prácticas artísticas se materializaron a partir de la revaloración de la experiencia histórica y cultural de los sujetos, así como desde las condiciones sustantivas de los procesos de producción de conocimiento y las preocupaciones de su utilidad práctica; por tanto, se orientó en ser una práctica y propuesta formativa problematizadora de los conocimientos fundamentada desde los principios de formación y concientización política que subyacen del paradigma de la Educación Popular, la cual reconoce que la búsqueda autogestionaria de relaciones solidarias de conocimientos, la interpelación de variadas formas de saberes y la convergencia entre estos, deben estar determinados por la concretización de proyectos de formación de la subjetividad y según las necesidades de transformación de las comunidades (Alva & Perez, 2022; Torres Carrillo, 2010).

De modo que se hace importante destacar que desde la perspectiva de la Educación Popular y, en relación a la experiencia práctica del Frente Cultural, todo tipo de trabajo popular –investigativo, político y cultural– que busque la construcción de escenarios para la creación y apropiación del conocimiento histórico, cuya finalidad sea la de contribuir a la dignidad, valoración humana y a la puesta en marcha de procesos alternativos de transformación social, deben partir de las necesidades colectivas de las comunidades, así como de integrar diferentes dimensiones y contenidos pedagógicamente intencionados en favor del objetivo de captar “la objetividad del

mundo” (toma de conciencia) por parte de las comunidades, así como de viabilizar con ellos la transformación de su realidad histórica (Freire, 2005).

Es significativo demarcar que las apuestas de trabajo popular llevadas a cabo por los integrantes del Frente Cultural, estuvieron en función de la satisfacción de las necesidades colectivas (políticas y organizativas) de la organización campesina, que para ese momento estaban viviendo un contexto lleno de conflictos organizativos y políticos, así como de dinámicas represivas de tipo cultural que conllevaron a unas pérdidas paulatinas de los anclajes y relacionamientos identitarios entre el campesinado.

La disposición por una práctica popular articulada con las necesidades organizativas de los sectores campesinos y orientadas hacia el uso útil de los saberes o conocimiento en contra de esas formas de represión, conllevó a que todos los ejercicios de intervención posibles se fueran integrando a una línea educativa clara que se caracterizó por llevar adelante la idea de politizar a todo aquel que pueda ser politizado, desde una integralidad didáctica acordada y a partir de las condiciones de existencia y experiencia histórica de los sujetos, precisadas estas por una serie de imaginarios culturales, simbólicos e identitarios que orgánicamente les sostienen. De ahí que esta articulación debía tener como propósito hacer del trabajo popular una propuesta vinculante y flexible, con capacidad para integrar las comprensiones históricas de los fenómenos sociales y políticos presenciados desde varios puntos de vista y al mismo tiempo, desde otros códigos y formas de conocimiento y comunicación propios de los sectores populares.

Frente a lo antes señalado es importante mencionar que estas apuestas de trabajo popular comprometidas e incrustadas en las dimensiones y variadas lógicas culturales populares de las comunidades campesinas, fueron posibles gracias a las aperturas sinérgicas y empáticas con las necesidades del campesinado, al igual que con las formas

en que estos prefiguran sus vínculos colectivos, emocionalidades, códigos y formas culturales, las cuales están determinadas por unas variadas experiencias subjetivas y colectivas de existencia. Por otro lado, hay que considerar que dichas aperturas vinculantes con las necesidades y sentires del campesinado conllevaron a incorporar en las dimensiones metodológicas de construcción de conocimiento y comunicación, todas las diversas formas con que las comunidades construyen saberes, conocimientos y comprenden su contexto.

Es importante agregar que las aperturas sinérgicas y empáticas con las necesidades de las comunidades procuraban desarrollar en los escenarios de producción de saberes, relaciones de legitimidad entre el campesinado con dichas apuestas de trabajo popular. Estas aperturas debían partir de la identificación con los elementos culturales y materiales de existencia de las clases populares, así como de sus voluntades y proyectos colectivos de vida, lo cual significaba que debían entrar en el aparato de convicciones de las bases populares, para disponerlos a actuar y actuar con eficacia (Fals Borda, 1997).

A partir de estas aperturas se procuraba dar una mayor importancia al saber popular, al conocimiento práctico o empírico de las bases o lo que se ha de llamar como sistema de creencias o *folklor* del pueblo, con el propósito de obtener y crear de ellos las herramientas indispensables para que se desarrolle una efectiva socialización de saberes y, en consecuencia, viabilizar las necesidades de formación de las bases populares (Fals Borda, 1997).

Evidentemente las apuestas de trabajo popular del Frente Cultural y sus repertorios artísticos estuvieron articulados a estas prerrogativas de constitución de escenarios para dotar de protagonismo, autonomía y confianza a las bases campesinas y

contrarrestar las lógicas de subordinación academicista que se expresan en el desarrollo de los procesos de investigación y de práctica social.

Es importante indicar que esta orientación hacia la constitución de escenarios de empoderamiento de las comunidades buscaba favorecer las condiciones para la comprensión micro y macro de la realidad histórica, así como potenciar la acción cotidiana y de blindar la experiencia de construcción de saberes en favor de la creación de agendas de trabajo común y de todo espacio autónomo de acción política expeditivos para la autoconstitución de sujetos con capacidad de actuar políticamente en el devenir histórico que los circunscribe.

La apuesta de trabajo popular del Frente Cultural estuvo sin duda prescrita a los propósitos de constitución de escenarios vinculantes de formación (horizontales y dialógicos) orientados a promover relaciones de confianza como factor movilizador de los procesos de formación política que, en el caso analizado e interpretado hasta ahora, fue posible gracias a la convergencia con las necesidades de existencia y sentires culturales de las bases.

Es importante decir que todas estas apuestas de trabajo popular que desarrolló el Frente Cultural estuvieron influenciadas por las tesis de trabajo popular allegadas del Maoísmo, especialmente de aquella tesis que sitúa la producción de saberes a partir del entendimiento sincrónico y abierto con la cultura popular de las bases, así como desde su propio desenvolvimiento cultural, y sin que haya un método o instrumento científicista que cohesione el trabajo de creación, restitución o devolución sistemática de saberes.

Sin duda la influencia del Maoísmo en el trabajo popular del Frente Cultural fue incuestionable, puesto que las formas en que se fueron desarrollando la experiencia práctica de trabajo popular, se articulaba a la tesis o “línea de masas” y al método de



trabajo educativo y cultural, así como a las estrategias de movilización del Maoísmo, el cual definía técnicas y prácticas basadas necesariamente en el principio o línea de acción “de las masas, a las masas”, la cual expresa que en todo trabajo de producción de saberes es imperioso

... recoger las ideas (dispersas y no sistemáticas) de las masas para sintetizarlas y transformarlas mediante el estudio, para luego llevarlas a las masas, difundirlas y explicarlas, de modo que las masas las hagan suyas y perseveren en ellas y las traduzcan en acción, y comprobar en la acción de las masas la justeza de esas ideas. Luego, hay que recoger y sintetizar las ideas de las masas y a llevarlas a las masas para que perseveren en ellas, y así indefinidamente, de modo que las ideas se tornan cada vez más justas, más vivas y más ricas de contenido. Tal es la teoría marxista del conocimiento (Mao Tse-tung, 1972)

Frente a lo señalado y desde estos principios, el Frente Cultural consideró como necesario rechazar toda aquellas “técnicas inasibles” propias de la racionalidad académica y empirista a la hora de la producción y socialización de los conocimientos, así como de proyectar escenarios para la asimilación. Esta asunción conllevaría al Frente Cultural a distanciarse de cualquier espacio de sectarismo o vanguardismo intelectualista –fácilmente rechazable por las bases– y que pudiera afectar de manera profunda el propósito de que sean las mismas bases populares las encargadas de develar su naturaleza histórica y cultural. De modo que dicho distanciamiento posibilitó conjurar una serie de interacciones horizontales y procesos de diálogo consensuado de saberes, aceptado y asentido tanto por las bases como por los integrantes del Frente Cultural.

Por tanto es sugerente relacionar la experiencia de trabajo popular del Frente Cultural con la hipótesis de formación política de masas del Maoísmo, la cual también considera como decisivo para los proyectos de formación política de masas, la utilización de la cultura, el arte y la literatura de las bases como herramientas vitales para llevar a cabo procesos de concientización y de acción política colectiva, las cuales se han de adecuar y estar en función de la satisfacción de las necesidades propias del colectivo popular. Esta hipótesis de formación política también situaba como clave que todo trabajo que se realizara para y con las masas debía partir de las necesidades de estas y no del buen deseo de un individuo, es decir que se debía realizarse para las masas y según las necesidades reales de estas, “de los deseos y las decisiones que toman ellas mismas, y no las que tomamos nosotros en su lugar” (Mao Tse-tung, 1972, pág. 187).

Dicha propuesta de formación, según la “línea de masas: unidad, crítica y educación” del maoísmo, determinaba que todo aquel conocimiento social e histórico que fuera pensado en ser devueltos a las bases popular como ejercicio y proyecto político-formativo, debía emplear las herramientas y los recursos culturales propios de las masas populares (arte y literatura), así como de estar dados a partir de los códigos y lenguajes cotidianos de expresión de las masas, con el objetivo de que los conocimientos se vuelvan accesibles y se alcance una eficacia real en la comunicación tanto escrita, auditiva como visual, y sin que esto lleve o refleje “las pautas frecuentes de arrogancia, alejamiento elitista y monopolio de la jerga técnica que provienen de las prácticas académicas y políticas normales conocidas, incluidos ciertos elementos ideológicos hoy dominantes en los discursos corrientes” (Fals Borda, 1997, pág. 123)

Cabe señalar que desde los principios maoístas, todos aquellos que hicieran trabajo popular se convertía en “trabajadores de la cultura”, los cuales debían actuar y

estar en sinergia con las necesidades e intereses de las bases populares, así como de saber y reconocer en las bases la capacidad que tienen de sistematizar, crear conocimientos y de participar plenamente en todo el proceso sucesivo de análisis y de devolución de saberes. De modo que es importante acentuar que el Frente Cultural se constituyó de alguna forma en esto que señala el Maoísmo como “trabajadores de la cultura” gracias al ejercicio proyectivo, práctico e ideológico de acción formativa emplazados y determinados desde la metodología de la IAP y según las condiciones de co-creación y producción artística.

Como “trabajadores de la cultura”, el Frente Cultural buscaba impactar ideológica y políticamente las mentes y el alma colectiva de las bases populares con los elementos culturales propios de los campesinos, con el fin de asentar en ellos un espíritu organizativo que conllevara a una toma total de conciencia de la realidad para que pudieran pensarse y proyectarse a su vez como cultores de sus propios relatos e historias.

El Frente Cultural, pensado como base de apoyo y de movilización, estuvo proyectado como parte de la propuesta política–organizativas de formación de *frentes únicos* para el trabajo cultural y educacional de las masas que provenían del programa comunista del maoísmo, el cual señala que en toda coyuntura política de tensión y lucha revolucionaria, se hace necesario un tipo diferente de producción cultural y un nuevo tipo de intelectual, así como de diferentes prácticas y concepciones de trabajo cultural que conlleven a entender a las bases y sus proyectos de transformación, para así aportarles mayores claridades políticas y unidad en medio de la diversidad de miradas que pueden expresarse en un escenario de acción política de larga e intensa duración (Mao Tse-tung, 1972).

De ahí que este frente único de trabajo cultural buscara ser un frente de lucha tanto ideológico como político en favor del desarrollo del movimiento organizativo campesino y útil al conjunto de las luchas populares del campesinado por medio del desarrollo de prácticas educativas.

Es importante señalar que para la Fundación del Caribe era clave que todo aquel que trabajara con la formación política y cultural de las bases populares debía asumir una “posición de clase” definida, es decir, hacer parte de las bases, en posición y actitud, e imbuirse en los deseos y necesidades de estas.

Asumirse desde una posición de este tipo tenía como propósito central llegar a ganar un mayor reconocimiento entre las bases, así como ir trascendiendo los orígenes de clase, en palabras de Mao: “en un cambio de sentimientos, un cambio de una clase a otra” (Mao Tse-tung, 1972, pág. 85).

Todos los elementos señalados anteriormente, buscaban que todas las expresiones o apuestas artísticas y literarias debían “encajar como un componente de la totalidad de la maquinaria revolucionaria, y funcionen como armas poderosas para unir y educar al pueblo y para atacar y destruir al enemigo de clase” (Mao Tse-tung, 1972, pág. 178).

El Frente Cultural entendió que, desde los principios maoístas, todo trabajo artístico o literario que hable y esté en favor de las luchas y las necesidades de las masas debe convertirse en un arma cultural, bien sea orientados hacia y desde la acción propagandista, o desde la búsqueda y creación de un nuevo uso de los recursos artísticos y literarios, útiles y necesarios para la formación de la conciencia colectiva.

Para llegar a esta cristalización de principios, el Frente Cultural precisó desde sus objetivos praxiológicos, aplicar la “Línea de Masas” en el desarrollo del trabajo popular como línea fundamental del método de trabajo, la cual tenía como objetivo redefinir la práctica, la táctica, así como la estrategia de trabajo para llevar a cabo

procesos de organización y movilización de las masas. Esta línea de trabajo tenía como base de acción la aprehensión y asimilación de las ideas y el bagaje cultural que dominan los discursos identitarios de las masas, que están dispersos en las tradiciones y en las múltiples formas populares de expresión cultural, pero sustenta y configuran la existencia de las masas. En resumen, la línea de trabajo del Frente Cultural se apoyaba en la necesidad de tomar como base toda la producción simbólica y cultural inscrita en las diferentes expresiones populares y que determinan la existencia de un ser social histórico, con capacidad de construir y dominar diferentes relaciones sociales, tanto políticas como culturales.

Frente al ejercicio de aprehensión y asimilación necesaria de la experiencia cultural de las masas, con sus intereses y necesidades de existencia, es importante señalar un aparte del discurso de Mao Tse-tung que habla exactamente de lo que hemos venido señalando frente al desarrollo del trabajo popular y la acción política formativa comprometida y puesta en juego a partir de la aprehensión de la experiencia histórica de las masas, Mao Tse-tung (1972):

“es necesario enseñar a cada camarada a amar a las masas populares y escucharlas atentamente; a identificarse con las masas donde quiera que se encuentre y, en lugar de situarse por encima, sumergirse en ellas; a despertar a las masas y elevar su conciencia política de acuerdo con su nivel del momento, y ayudarlas, ciñéndose al principio de plena voluntariedad, a organizarse gradualmente y a desplegar paso a paso todas las luchas necesarias que permitan las condiciones internas y externas en un tiempo y lugar determinado” (Pág. 58).

A nuestro modo de ver, la referencia a la *escucha* está relacionada a la necesidad de buscar nuevos escenarios para el diálogo de saberes; la *identificación*, a la idea de que debemos ir a las masas y aprender de ellas, que hay que “ser alumno de ellas antes

de ser su maestro”, de tomar una posición con y para con ellas; la referencia de: *despertar a las masas y elevar su conciencia política*, hace mención a la necesidad de dinamizarlas y concientizarlas a partir de sus necesidades, apuestas y deseos políticos, y en lo relacionado con *sumergirse en ellas*, hace alusión al deber de inmersión a los saberes y sentires de las masas, cuyo saberes se han de reconstruir, sintetizar y sistematizar para después ser devueltos de acuerdo con el nivel de formación y necesidades de las propias bases y así ir direccionando nuevas apuestas y directrices para las acciones colectivas.

A partir de estas comprensiones podemos señalar que los artistas e intelectuales del Frente Cultural –trabajadores de la cultura– al identificarse y adentrarse de manera indisoluble con las masas campesinas, fueron entendiendo el papel decisivo de la plena participación con los campesinos, de la importancia de las apuestas dialógicas y la convergencia entre los saberes producidos tradicionalmente y los saberes populares, asimismo de entender el desafío que determina estar, pensar y actuar en coherencia con las necesidades y deseos de cambio de los sectores populares campesinos.

Pendientes de encontrar esa convergencia, el Frente Cultural dispuso que la construcción de la experiencia formativa rebasara todos los esquemas tradicionales de socialización de los saberes a partir de la construcción de un ambiente favorable para la asimilación de los discursos como son todas las manifestaciones del arte o las expresiones artísticas, culturales, musicales y literarias. Esta convergencia de saberes, o diálogo de saberes tenían entre sus intenciones llegar al establecimiento de nuevas formas de socialización, más horizontales, dialogantes y sensitivas con el mundo campesino, así como estar orientadas hacia la reconfiguración de nuevas subjetividades como producto de la conexión permanente entre la identidad, el reconocimiento mutuo, la interacción consciente, los procesos históricos y las manifestaciones culturales y

artísticas, entendidas como mediaciones didácticas con las que los sujetos pueden llegar o acercarse más natural o emotivamente a la comprensión de la compleja realidad social e histórica.

Toda esta experiencia de trabajo popular convertida en práctica de educación popular, se orientó hacia el reforzamiento de los componentes ideológicos e identitarios de los campesinos, los cuales hacen avanzar el proceso de creación de una nueva cultura y dentro de la cual se desarrolla el saber popular. Este reforzamiento también conlleva al desarrollo de procesos de desaprehensión y reaprehensión histórica y política que se han de encaminar hacia la reinterpretación de la misma realidad histórica y cultural de los pueblos. Por tanto, dicha experiencia de trabajo popular no solo se ha de expresar desde los planteamientos metodológicos del enfoque investigativo de la IAP, sino que se sitúa y se expresa en ser una apuesta práctica de educación popular definida a partir de la configuración de prácticas artísticas, elocuentemente desarrolladas para la formación política de las masas.

De ahí que la experiencia de trabajo popular del Frente Cultural se pueda ver como una experiencia práctica de educación popular comprometida con la formación política de los sectores excluidos (campesinos) y proyectada hacia la defensa y autonomía del mundo popular, que rechaza y hace frente al carácter injusto del orden social capitalista y del sistema de pensamiento hegemónico imperante en ese orden social, así como objetivamente preocupada por la producción de saberes desde los contextos propios de las bases y guiadas a la creación de nuevas apuestas de inserción y trabajo popular orientadas hacia la búsqueda de nuevos escenarios alternativos de formación que lleven a viabilizar las esperanzas de transformación y cambio que la sociedad necesita (Mejía, 1992).

De modo que la experiencia de trabajo popular del Frente Cultural vista desde el marco de la Educación Popular se caracterizó por la creación de escenarios de socialización y reproducción de saberes comprometidos y tejidos en la medida de las necesidades del campesinado. Dicha experiencia desarrolló un proceso de integralidad formativa dirigidos hacia la *concientización y subjetivación política* de los sujetos en condición de subordinación y exclusión.

Es importante entonces ubicar en estos apuntes finales que el Frente Cultural y su práctica de educación popular se desarrolla a partir de diferentes prácticas dialógicas y de encuentros subjetivos, armonizados solidariamente e incorporados a unos variados marcos de involucramientos reflexivo y de acción coherentes con los proyectos de las clases populares (Torres Carrillo, 2010).

En relación con la experiencia de trabajo popular que analizamos es importante ubicar lo que señala Torres Carrillo (2018) que tanto la IAP como la Educación Popular, busca reconocer “el potencial de las sabidurías ancestrales y populares, los saberes gestados desde las prácticas de resistencia y la acción colectiva; las prácticas artísticas y estéticas; el conocimiento técnico y científico y los diversos modos de pensar crítico” (pág. 110). Dicho reconocimiento no es más que la búsqueda de un proceso dialógico o de diálogo de saberes, es decir, del encuentro con diferentes visiones de vida, sentimientos, deseos y voluntades, así como de lecturas de mundo que favorecen la constitución de nuevas y tensionantes formas y modos para comprender y aprender de la realidad y transformarla.

Este proceso dialógico de reconocimiento tiene como finalidad implicar y enlazar múltiples subjetividades políticas, planteamientos éticos y miradas cognoscitivas que conlleven a su vez a replantear nuevos desafíos epistémicos direccionados a la problematización y revalorización de los conocimientos y de los



valores éticos, tanto de los escenarios académicos como los populares, con el objetivo de ubicarlos, en tiempo y espacio, a disputar sentidos y nuevas experiencias, a reconocer verdades e instituir otras, dentro de los marcos organizativos y políticos de las comunidades y actores sociales en lucha y, por tanto, promover en ella la búsqueda de decisiones políticas que se han de desplegar en las diferentes acciones colectivas (Torres Carrillo, 2010).

En relación a lo anteriormente señalado podemos manifestar que la experiencia de trabajo popular llevado a cabo por el Frente Cultural buscó visibilizar y reconocer, desde una gama amplia de pensares necesarios para llegar a relaciones paritarias, es decir, desde una *acción dialógica*, las voces y las experiencias históricas, culturales e identidades de los actores populares en un escenario horizontal y solidariamente construido desde una experiencia investigativa y educativa popular, el cual permitió que se desarrollaran una serie de intercambios recíprocos de saberes, así como de construcción, apropiación y resignificación de otros nuevos por parte de las bases campesinas, con el fin de que estos saberes enuncien nuevos sentidos, acciones, estrategias, así como nuevos y vivaces proyectos de construcción de conocimiento.

Sin duda alguna la experiencia colectiva (artística y literaria) orientada a la construcción y socialización de saberes, llevada a cabo por el Frente Cultural y desarrollada sobre la base de la edificación de espacios para la aprehensión de saberes y de escenarios para la escucha activa de las experiencias culturales y políticas históricas de lucha de las bases campesinas, a nuestro modo de ver se fueron reconfigurando como prácticas pedagógicas porque ubicaron en el centro del quehacer práctico al sujeto campesino iletrado y su espacio de vida, y al que se le reconoce su experiencia, prácticas y saberes culturales que pueden ser útiles para llevar a cabo nuevos y transgresores momentos de formación de una subjetividad implicada.

De ahí que el objetivo central de las prácticas populares de formación del Frente Cultural estuvieran ubicados a partir del interés de afectar las dinámicas subjetivas inscritas en un cumulo de conocimientos históricos y prácticas culturales propias de las bases campesinas. Por tanto, el propósito era actuar sobre la subjetividad popular para “crear las condiciones subjetivas para un cambio decisivo en la relación de los sectores populares en el tener, el saber y el poder” (Torres Carrillo, 2010, pág. 22), ya que como lo hemos señalado, la razón de ser y existencia del Frente Cultural, estaba precisamente emplazada en asumir la tarea de socialización de saberes producidos en un marco de encuentro dialógico con el campesinado para que dichos saberes, resultado del reconocimiento de capacidades y posibilidades en los sujetos populares, logaran incidir en la realidad social y política del contexto del momento.

Esta búsqueda por el reconocimiento de la existencia social de estos actores sociales, así como de sus múltiples y valiosas sabidurías culturales ancestrales, enraizadas en prácticas históricas de resistencia, demarcó sin duda las finalidades y las dimensiones práctica-formativas del trabajo popular del Frente Cultural.

Estas acciones dialógicas no solo conllevaron a que los campesinos logaran reconfigurar su subjetividad, sino que llevó a que redescubrieran los elementos transgresores potenciales de transformación en su propia historia y potenciarlos políticamente a partir de la relación con las líneas de acción política de las instancias organizativas campesinas.

Es importante reseñar que los ejercicios de investigación y las prácticas artísticas de la Fundación del Caribe, fijadas desde una construcción dialógica de saberes, colocaron en tensión la asimétrica dualidad del sujeto y objeto de conocimiento, las condiciones de neutralidad y objetividad en la producción de saberes, así como los intereses científicistas del investigador, que llevan a que se desarrollen muchas veces

una monopolización del saber y se limite de manera tajante tanto el sujeto como el objeto de la investigación, lo cual conduce a que las comunidades no tengan una plena identificación con los saberes producidos y por tanto, no contribuyan a las metas de conocimiento e intereses populares de esas mismas comunidades. Esta situación sin duda se logró reducir gracias a una praxis investigativa concebida como un “diálogo entre personas intervinientes que participan conjuntamente de la experiencia investigativa vista como experiencia vital, utilizan de manera compartida la información obtenida, y prepararan y autorizaran la publicación de los resultados en forma táctica y útil para las metas de los movimientos involucrados” (Fals Borda, 1997, pág. 46).

De modo que los ejercicios de práctica investigativa, asumidos desde los marcos dialógicos, de co-aprendizajes; apreciativos y respetuosos de los saberes populares, experiencias y necesidades de los campesinos, posibilitó el quebramiento de la verticalidad y de la dualidad marginal del sujeto–objeto en la investigación y a llevar a escenarios para el reconocimiento de la pluralidad de dimensiones que configuran los procesos históricos, así como “las diferentes visiones y sentidos de los actores que los protagonizan. Por ello, estas investigaciones parten de los saberes, lenguajes y formas de comprensión propias de los actores sociales participantes, a la vez que involucra otras perspectivas provenientes de los estudios sociales, el arte y las sabidurías ancestrales y populares” (Pérez-Wilke, Ampudia, Torres Carrillo, & Cabezas, 2020, pág. 84). De ahí que estas prácticas o praxis investigativas buscaran que todas las voces y reflexiones de las comunidades o actores sociales emergieran de forma reelaboradas y como condición de posibilidad para la transformación.

Por eso para la Fundación del Caribe era significativo comprender que todo ejercicio investigativo o proceso de producción de conocimiento a partir de la línea de acción de la IAP y las prácticas populares de formación de la Educación Popular, debían

desembocar en prácticas participativas como garantía de posibilidad para la emergencia de los sujetos y sus saberes, revalorizados y problematizados hacia la configuración de saberes transgresores (Fals Borda, 1997).

Bajo este horizonte, la acción dialógica se situó en un lugar de trascendencia en los procesos de investigación–acción y de práctica de formación popular de la Fundación del Caribe, ya que posibilitaban la constitución o emergencia de nuevas narrativas y saberes producto de las experiencias históricas de sujetos, las cuales estaban determinadas según las formas de agenciamiento y articulación que tenían con las necesidades y proyectos políticos y organizativos del movimiento campesino. En efecto, la acción dialógica potencializó y le dio protagonismo a los sujetos y a sus saberes históricos, permitiendo crear nuevos sistemas de enunciación colectiva que han de generar nuevos escenarios de tensión y de disputa de sentidos con el propósito puesto en dar paso a agencias políticas.

Frente a estas apreciaciones es importante comprender que la acción dialógica no solamente hace referencia directa con tensionar ese diferencial sujeto-objeto de conocimiento que hemos señalado, sino que hace referencia a la posibilidad de generación de nuevas formas de producción de saberes, así como de otras prácticas y concepciones que pueden llegar a dar cuenta de la realidad social y las posibilidades de transformación de la misma, por tanto, han de generar nuevas aperturas *intersubjetivas* (políticas) tanto en el investigador comprometido –que explora, a partir de las técnicas dialógicas y participantes el saber cultural y popular, para aprender de él y potencializarlo y potencializarse– así como el de las bases populares que actúan en favor de los proyectos colectivos emancipatorios, que co-emergen a partir de los mismos procesos de investigación, determinados y visionados desde el carácter participativo y dialéctico que exige el diálogo de saberes, de discusión y consensos,

desde esquemas que priorizan los análisis cualitativos por encima del cuantitativo, desde “la lógica afectiva del corazón y el sentimiento que el de la cabeza... con miras a obtener la información necesaria para la acción... no solo desde la lógica formal y efectiva, sino también con la lógica dialéctica” (Fals Borda, 1997, pág. 108).

De modo que la *acción dialógica* desarrollada en los escenarios prácticos de intervención y acción formativa, la hemos comprendido eminentemente como producto de las acciones intencionalmente orientadas a ampliar las diferentes formas de entender y comprender el mundo, así como resultado del reconocimiento de situaciones, condiciones, relaciones y modos de pensar que coexisten y circulan en diversos ámbitos sociales y en diversas formas tanto culturales como políticas (Freire (2005)

El Frente Cultural proyectó su quehacer a partir de estas líneas de acción y, en razón, de reivindicar el potencial subversivo del saber popular en la construcción de saberes y en la asimilación de los mismo, ya que como lo hemos señalado es en la cultura y en el saber popular donde se cimientan el rol transformativo de los sujetos, que finalmente no solo han de determinar escenarios para el autorreconocimiento sino los procesos de transformación social.

## **5. Bibliografía.**

Abela, J. (2002). *Las técnicas de Análisis de Contenido: Una revisión actualizada*. Granada: Fundación Centro de Estudios Andaluces. Obtenido de mastor: <http://mastor.cl/blog/wp-content/uploads/2018/02/Andreu.-analisis-de-contenido.-34-pags-pdf.pdf>

Alva, M., & Perez, E. (2022). *Investigación-acción y educación popular*. Lima: Fondo Editorial de la Universidad Nacional de San Marcos.

ANUC. (1971). *Plataforma Ideológica de la ANUC*. Bogotá.

Archila, M. (Noviembre-Diciembre de 2002). Colombia en el cambio de siglo: actores sociales, guerra y política. *Nuso*(182), 77-89.

Cendales, L., & Mejía, M. R. (2013). *Entretejidos de la educación popular en Colombia*.

Centro Popular de Estudios. (1973). *Manual para cursillos campesinos*. Montería: Centro Popular de Estudios.

Chalarka, U. (1985). *Historia gráfica de la lucha por la tierra en la Costa Atlántica*. Montería: Fundación del Sinú.

Cotes, J. (2009). *El Movimiento Estudiantil de 1971: Entre la Homogeneidad y la Heterogeneidad*". En *Una historia inconclusa, izquierdas políticas y sociales en Colombia*. Bogotá: CINEP.

Fals Borda, O. (1971). *Ciencia propia y colonialismo intelectual*. Bogotá: Nuestro tiempo.

Fals Borda, O. (1975). *Historia de la cuestión agraria en Colombia*. Bogotá: La rosca.

Fals Borda, O. (1978). *El problema de cómo investigar la realidad para transformarla. Por la praxis*. Bogotá: Tercer Mundo.

- Fals Borda, O. (1985). *Conocimiento y poder popular*. Bogotá D.C: Siglo XXI.
- Fals Borda, O. (1997). *El problema de cómo investigar la realidad para transformarla. Por la praxis*. Bogotá: Tercer Mundo.
- Fals Borda, O. (1997). *El problema de cómo investigar la realidad para transformarla. Por la praxis*. Bogotá: Tercer Mundo.
- Fals Borda, O. (2002). *Historia doble de la Costa IV. El retorno a la tierra*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Banco de la República, El Ancora Editores.
- Fals Borda, O. (2009). *Experiencia teórico-prácticas*. Bogotá: Siglo del Hombre Clacso.
- Fals Borda, O., Bonilla, V., Castillo, G., & Libreros, A. (1972). *Causa Popular, Ciencia Popular. Una metodología del conocimiento científico a través de la acción*. Bogotá: Publicaciones de la Rosca.
- Freire, P. (1985). *La naturaleza política de la educación*. Barcelona: Paidós.
- Freire, P. (2005). *Pedagogía del oprimido*. Ciudad de Mexico: Siglo XXI Editores.
- Garcés González, J. (4 de Abril de 2015). La oralidad caliente de Sánchez Juliao. *El Espectador*, págs. 1-6.
- Ghiso, A. M. (2016). Conversaciones con los maestros Freire, Illich, Fals Borda, Gutierrez, Zemelman: entre el legado de los que me preceden y mi quehacer educativo. *Revista de Educación de Adultos y Procesos Formativos*, 3-38.
- Gramsci, A. (1986). *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*. México: uan Pablos Editor.
- Herrera Farfán, N., & López Guzmán, L. (2012). *Ciencia, compromiso y cambio social. Textos de Orlando Fals Borda*. Buenos Aires: El Colectivo - Lanzas y Letras-Extensión Libros.

LeGrand, C. (1988). *Colonización y protesta campesina en Colombia(1850-1950)*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Mao Tse-tung. (1972). *Obras Escogidas*. Pekín: Ediciones de Lenguas Extranjeras.

Medina Gallego, C. (2009). *FARC-EP. Notas para un historia política*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Mejía, M. R. (1992). *Educación Popular Historia, actualidad, proyecciones*. Santo Domingo: CEAAL.

Merchán, F. A. (2023). Las canciones de la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos y la producción musical del campesino costeño durante la reforma agraria. *Cuadernos de Música, Artes Visuales y Artes Escénica*, 12-27.

Molano, A. (2009). La gente no habla en conceptos, a menos que quieran esconderse. *Revista anthropos* , 1-6.

Mota Neto, J. C. (2016). *Por uma Pedagogia decolonial na América Latina. Reflexões em Torno do Pensamento de Paulo Freire e Orlando Fals Borda*. Curitiba: CRV.

Negrete, V. (2013). *IAP. La Investigación Acción Participativa en Córdoba*. Montería: Ediciones Universidad del Sinú - Elías Bechara Zainum.

Ortega, P. (Julio-Diciembre de 2009). La Pedagogía Crítica: Reflexiones en torno a sus prácticas y sus desafíos. *Pedagogía y Saberes*(31), 26-33.

Ortiz, M., & Borjas, B. (Octubre-Diciembre de 2008). La Investigación Acción Participativa: aporte de Fals Borda a la educación popular. *Espacio Abierto*, 17(4), 615-627. Recuperado el 4 de 4 de 2023, de <http://redalyc.org/articulo.oa?id=12217404>



- Parra, E. (1983). *La Investigación-Acción en la costa atlántica. Evaluación de La Rosca 1972-1974*. Cali: FIDES, Fundación del Sinú.
- Pérez-Wilke, I., Ampudia, M., Torres Carrillo, A., & Cabezas, D. (2020). *La producción popular del saber: claves latinoamericanas*. Buenos Aires: Riosal.
- Quintar, E. (2018). Crítica teórica, crítica histórica. En F. Cabaluz, A. Guelman, & M. Salazar, *Educación popular y pedagogías críticas en América Latina y el Caribe: corrientes emancipatorias para la educación pública del Siglo XXI* (págs. 15-39). Buenos Aires: CLACSO.
- Rappaport, J. (2020). *El cobarde no hace historia: Orlando Fals Borda y los inicios de la investigación acción participativa*. Bogotá: Universidad del Rosario.
- Rappaport, J. (Junio de 2018). Visualidad y escritura como acción: Investigación Acción Participativa en la Costa Caribe Colombiana. *Revista Colombiana de Sociología*, 41(1), 133-156.
- Salazar, M. C. (1992). *La investigación-acción participativa: inicios y desarrollos*. Bogotá: Cooperativa Ed. Magisterio, CEAAL.
- Torres Carrillo, A. (2010). Educación popular y producción de conocimiento. *La Piragua: revista latinoamericana de educación y política*, 32, 8-26.
- Torres Carrillo, A. (2011). *Educación Popular, trayectoria y actualidad*. Caracas: Universidad Bolivariana de Venezuela.
- Torres Carrillo, A. (2018). Pedagógicas emancipadoras y nuevos sentidos de comunidad en América Latina. *Praxis Pedagógicas*, 106-120.
- Torres Carrillo, A. (2019). *Pensar epistémico, educación popular e investigación participativa*. Ciudad de México: Editora Nómada, IPECAL.

Torres Carrillo, A. (2019). *Pensar epistémico, educación popular e investigación participativa*. Ciudad de México: Nómada, IPECAL.

Zabaleta, I. (2017). *El vallenato de "protesta": la obra musical de Máximo Jiménez*. Bogotá D.C, Colombia: Universidad Nacional de Colombia. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Zamosc, L. (1985). *Campesinos y sociólogos: reflexiones sobre dos experiencias de investigación activa en Colombia*. Bogotá: Instituto de Estudios Rurales. Pontificia Universidad Javeriana.